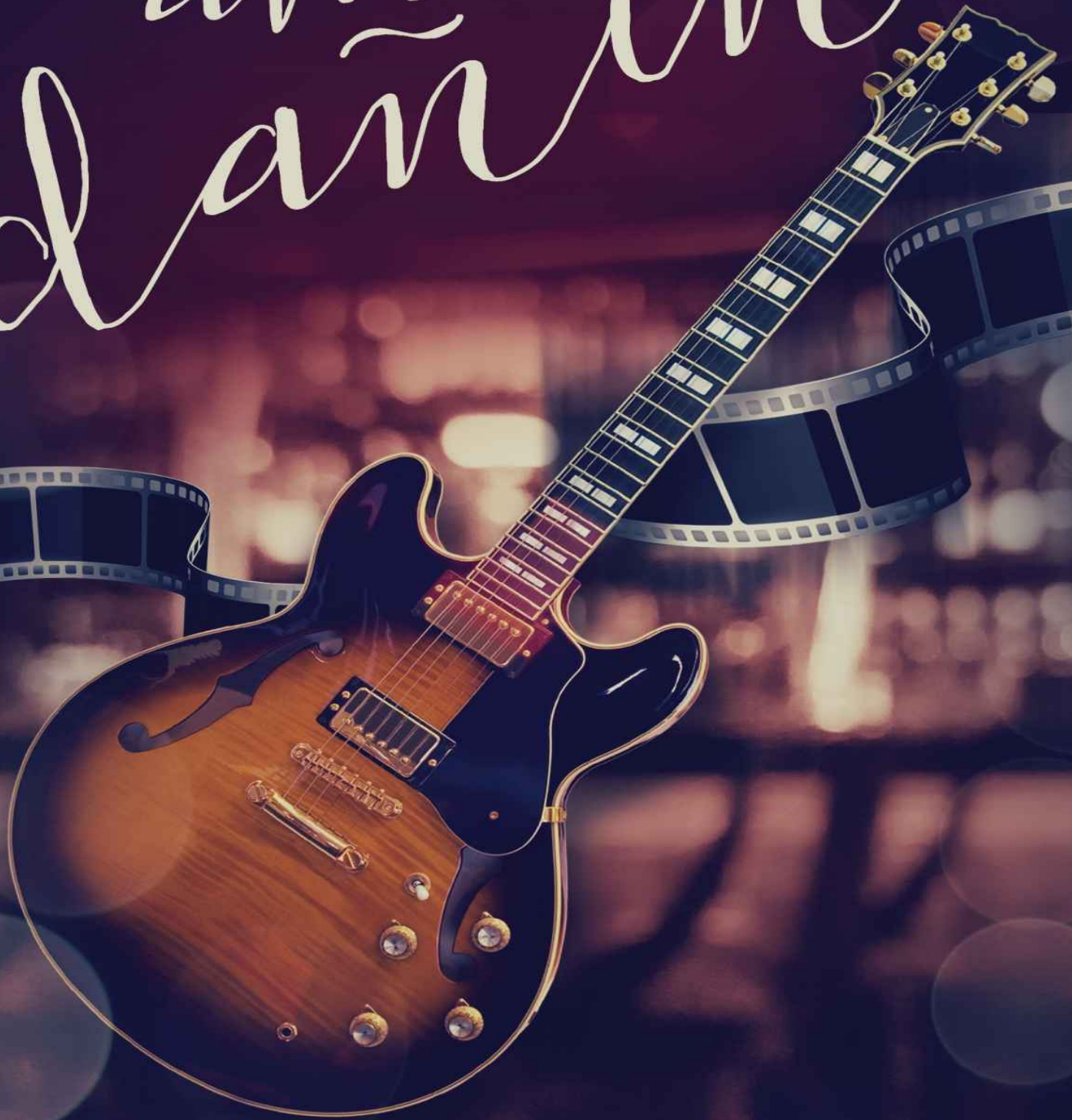


amor  
d'animò



IVONNE VIVIER

*amor  
dañino*

IVONNE VIVIER

Título: *AMOR DAÑINO*.

© 2020, Ivonne Vivier

De la edición y maquetación: 2020, Ivonne Vivier

Del diseño de la cubierta: 2020, Joan Bakker

Primera edición: Febrero, 2020

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir,

escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

# AGRADECIMIENTOS

Una vez más comienzo con mi familia y mi marido porque son mi apoyo, me dan ganas de seguir y se alegran con mis logros. Ellos me hacen sentir orgullosa.

Gracias por seguir ahí, en las buenas y en las malas, a todas horas y a pesar de todo R. M. Madera y Begoña Medina, no sería lo mismo sin ustedes.

Esta vez mis lectoras cero fueron: Laura Duque, que me alegró posicionando esta novela entre las mejores 3 (de las más, claro está); Laura Hernandez mi lectora incondicional; Yolanda Bordoy Ariza la que más me mimó y Flavia Farías la que más se emociona.

Punto aparte para Joan Bakker y todos sus estados de ánimo porque son los que lo hacen ser él. La sinopsis de esta novela no sería la misma sin sus consejos y tampoco tendría esta portada.

Y siempre tienen el importante final ustedes: mis lectores, los que me hacen feliz leyéndome y eligiéndome cada vez.

¡¡¡Gracias!!!



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

SOBRE EL AUTOR

LOS LIBROS DE IVONNE VIVIER

MIS OTROS LIBROS Y SUS SINOPSIS.

## SINOPSIS

Cuando tu madre te roba la dignidad y lo único que te queda es un futuro idealizado, ¿buscas el amor o juegas a enamorarte?

Emma cambió de trabajo, pero sus objetivos siguen firmes: olvidarse de su corazón vacío y su placer negado para encontrar a un hombre con una cuenta bancaria abultada. Nada va a interponerse en su camino. Ni nadie...

Pero el amor llega sin avisar...

Cuando conoce a Alan, ese hombre capaz de adorar todas sus imperfecciones y enseñarle el placer del cuerpo que sus experiencias le negaron, deberá decidir.

¿Se arriesgará o dejará un corazón roto a cambio de lujos?



# Capítulo 1

Emma se apoyó en la barra mientras observaba a Maite y a ese tal Di... Di... algo, ya no recordaba el apellido. No soportaba a esa mujer, era tan poca cosa, tan simple... ¿Qué le había visto ese hombre? Ni tetas tenía, pensó acomodándose su vestido justo a la altura del escote por demás generoso del que era dueña. La vio socializar con simpatía, no podía negar que tenía una sonrisa resplandeciente la muy estúpida. No era para menos.

No solo era la mujer que la había despedido de su trabajo en Rose's Boutique sino quien había logrado lo que ella anhelaba, y sin ningún esfuerzo, además. No había tenido que desnudarse ante un hombre que le producía arcadas ni fingir deseo. Maite se había enamorado y había conquistado a un caballero apuesto y adinerado que le cumplía todos sus sueños, y lo había conseguido llegando casi a los cincuenta años, si mal no recordaba. Volvió a refunfuñar por lo bajo, si sus treinta y dos le pesaban demasiado no quería imaginar los cincuenta.

Necesitaba cumplir sus metas en tres años, no más. Debía lograr esa seguridad económica que tanto necesitaba y si era posible, la afectiva también. Cumpliría los treinta y cinco en todo lo alto, siendo una «esposa de...», no le importaba de quién, a esta altura no estaba siendo exquisita. No podía darse ese lujo.

Desvió la vista hasta su acompañante y el asco le subió por la garganta al imaginarlo desnudo. Mucho más no podía negarse. Ya había utilizado la excusa de la infección urinaria y más adelante la de «esos días». Todavía tenía alguna que otra en la manga, por ejemplo, la del dolor de cabeza, pero era arriesgar demasiado. No quería que Julio, el admirado abogado y exjuez, notase sus intenciones. Parecía buena gente y, aunque le doblara la edad, era divertido y tenía una energía envidiable.

Julio, en la distancia, se sintió observado y le guiñó un ojo al notar que lo miraba, recibió como respuesta una sonrisa... falsa, lo sabía. Esa muchachita le inspiraba ternura, además de lujuria con toda esa carne en exhibición, aun así, no intentaría nada con ella. No era tan tonto como para no darse cuenta de que ella no estaba interesada en él sino en su dinero y su forma de vida. No había sido la única, también tenía sus mañas y gustos, para qué negarlo. Disfrutaba tanto de esas compañías como la de las señoras bien. Era de esas personas que pensaba que la vida era una sola y demasiado corta como para desperdiciarla, pero también era un caballero... y tenía su orgullo. De nuevo se interesó en la conversación sobre las acciones de aquella empresa que lo tenía intrigado y dejó de lado los pensamientos sobre Emma. Ya hablaría con ella más tarde, para qué dilatarlo más.

Emma desvió la vista y volvió a acomodar la copa sobre la barra después de terminarse el último trago de *champagne*, que se le atragantó al ver a Maite siendo abrazada con cariño por el tal Di... algo. La garganta se le amargó al tragar la envidia.

Se giró con brío para pedir más *champagne*, el *barman* la ignoró. Su furia iba en aumento, pero se distrajo observando al joven que trajinaba entre vasos y botellas. Se dispuso a analizarlo, le llamaba la atención ese aspecto... raro, inexpresivo, hasta parecía ausente, y se movía como por instinto, como conociendo de memoria sus movimientos, tal vez por haberlos aprendido por repetición. Sobre la ropa no podía decir mucho, era un uniforme barato de trabajo, como el de todos: pantalón y chaleco negros acompañados por una simple camisa blanca. Lo diferenciaba la desfachatez con la que se había recogido las mangas que no estaban simétricas, una estaba más

baja que la otra y tampoco tenía corbata, el resto de empleados sí. Era enérgico y estaba concentrado en su tarea. Los movimientos eran simples, nada alborotados sino firmes y decididos. Ponía un líquido y otro con una seguridad aplastante y Emma se encontró pensando en que ese hombre, definitivamente, sabía lo que hacía.

Se detuvo en sus manos huesudas y luego su vista viró hacia un torso igual de delgado, se podía adivinar aún debajo de la ropa que era flaco. Le encantaba criticar y adivinar (o inventar) la vida de la gente y adivinaba que ese chico era aburrido y soso. Su imagen no estaba demasiado afin con el resto de los camareros. Todo a su alrededor destilaba elegancia, glamour, dinero, lujo... menos él. ¡Y ese pelo...! Era espantoso ese corte. Emma no podía creer que en una fiesta tan exclusiva contratasen a alguien con ese aspecto. Tenía los costados del cabello rapados a cero y el resto peinado hacia atrás hasta atarlo en un nudo apretado con una goma. No estaba despeinado, precisamente, pero ese corte...

Por escasos segundos se vio observada por él, y descubrió unos ojos claros de un color que no pudo definir por culpa de las luces del lugar, parecían maquillados, seguro que era por la cantidad de pestañas que tenía, que no eran largas sino tupidas. El insuficiente bigote y esa barbita que solo le cubría el mentón se le antojó casi graciosa. Como si fuese de un joven que quería impresionar con vellos en la cara, unos pocos y delgados vellos.

—Llénala de *champagne* —ordenó extendiendo la copa y el muchacho volvió a ignorarla, aunque esta vez le dirigió un movimiento de cabeza en señal de que esperase su turno.

Emma bufó contrariada y reparó en los carnosos labios del tipejo ese que le sonreía a una mesera, que mantenía una bandeja donde él cargaba algunos vasos con líquido de diferentes colores.

«Tiene labios femeninos y nariz gorda», pensó y, antes de reír por su propia idea, golpeó la barra con la base de la copa, mostrando así su impaciencia.

—Llénala de *champagne* —repitió.

Alan ignoró por tercera vez a la mujer que lo estaba escrutando con interés, como si fuese un perro en exhibición o una cosa rara que debía ser observada con detenimiento. ¿Qué se pensaba?, ¿que dejaría todo para atenderla a ella? ¿Es que no veía cómo estaba de ocupado atendiendo los pedidos para las mesas? Maldijo en silencio a Roque y sus asuntos personales, hacía una hora ya que lo había dejado solo con todo el trabajo. Esperaba que volviese a darle una mano porque esa jauría de leones sedientos le estaban consumiendo la energía.

Puso sobre la bandeja del segundo mesero los dos vasos con *scotch*, del bueno, en esa fiesta solo se tomaba lo mejor (ya se daría el gusto de probar algo), y afirmó con la cabeza respondiendo que estaba listo el pedido. Se dispuso a guardar el hielo triturado y ojeó a la mujer que ya parecía un poco irritada. Bien merecido se lo tenía por maleducada. Seguro que era una prostituta, de las caras, eso sí. No tenía pinta de ser esposa o novia de alguno de los hombres presentes.

Sí, estaba prejuizando, pero le gustaba hacerlo. Era curioso y chismoso, un defecto que había conseguido con su trabajo silencioso y solitario por momentos. Poco entendía él de prendas caras, sin embargo, ese vestido no combinaba con lo distinguido de los atuendos femeninos que veía, por lo general, en ese tipo de eventos. Y el tamaño no combinaba con el cuerpo que lo confundaba, de eso sí entendía.

«Mucha curva para tan poca tela», pensó. Ajustaba demasiado, mostraba más y tapaba menos de lo necesario.

La vio acomodarse por enésima vez el escote, ya le había visto los pechos unas... Había



dejado de contar a la quinta vez. Hizo un repaso de la fiesta con la vista y suspiró aliviado. Era el momento del baile y eso los mantendría alejados del bar por varios minutos.

Ya iba siendo tiempo de responder la demanda de la mujer nerviosa. Sonrió para sí mismo al ver la cara de asco que ponía al mirar más allá del tumulto de gente que se despedía a la salida del salón y echó un vistazo también en aquella dirección. Lo dicho: era curioso y chismoso. Pudo ver a la simpática mujer que le había dado una generosa propina por servirle una copa del mejor Malbec, así le había pedido con guiño de ojo incluido y una sonrisa radiante. No tenía ni idea de quién era, debía ser importante porque todos habían comenzado a cuchichear al verla entrar.

Su puesto era estratégico, veía todo y escuchaba todo. Le encantaba esa parte del trabajo, lo hacía más divertido.

—¿Entonces? —preguntó la mujer, ya con una carga de enojo bastante expuesta.

Alan se sobresaltó, se había entretenido observando a la gente. Por ahí caminaban empresarios y famosos que salían en revistas, por ejemplo, el dueño de una de las navieras más importantes del país. ¡Le encantaban esos barcos impagables! Y también las piernas de algunas mujeres que sabían lucir zapatos altísimos, para qué negarlo.

—Lo siento. *Champagne*, ¿cierto? —preguntó de modo retórico y tomó la botella para servirle en la copa. Negó con la cabeza y ocultó su sonrisa al verla lidiar una vez más con el escote del vestido. «Qué poca distinción», pensó. Y abrió los ojos a más no poder, mordiéndose el labio para no soltar la carcajada, al escucharla gruñir un «¡perra odiosa!» en un tono más alto del que, seguramente, quería utilizar. Entonces, y solo por molestar, preguntó—: ¿Perdón?

—No es para ti —aclaró ella, y extendió la mano para tomar la copa.

No podía negarlo, tenía una manicura impecable. Alan sabía que eso era una crítica constante entre las mujeres, además de la marca de los zapatos y el diseñador del vestido, entre otras cosas.

—Entonces, adivino que es para la acompañante de Luca Di Pietro.

—¿La conoces?

—No —dijo cortante y sincero, la verdad era que lo conocía por eventos en los que había trabajado y algunas fotos de revistas... Y a ella igual, pero menos, parecía una pareja reciente—. Pero ella, esta noche, fue muy amable y generosa conmigo —reconoció en voz alta.

Le encantó ver la cara de asco que le iba desfigurando los rasgos a su oyente, por eso se extendió en la respuesta. Le intrigaba saber quién era esa mujer y con quién había asistido al ágape. Ahora dudaba de haber acertado en sus conjeturas: no era una prostituta, parecía una simple ¿señora o señorita? que quería parecer lo que no era o insertarse donde no pertenecía. ¿Cuántos años tendría?

Mientras tanto, Emma seguía con la vista perdida en las burbujas de la copa. Lo de ser una trepadora no le estaba dando resultados, tal vez no hacía las cosas bien. ¿Y si el muchacho tenía razón y debía mirar un poco más las revistas? Tal vez, en internet encontraría más información sobre dónde buscar el candidato justo. ¡Qué tonta! No lo había pensado, eso haría, quizá.

—¿No te gusta el *champagne*? Es de los buenos —aclaró Alan al verla tan seria y mirando el líquido como si fuese veneno. Ya quisiera él darle un buen trago.

—¿Cómo?

—Lo pregunto por tu cara de asco.

—Es aquella mujer la que me da asco —susurró. No quiso decirlo para que él escuchase, la verdad, pero no pudo retener la idea tampoco. ¡La había despedido, pero no hundido!

La envidia le ardía en el pecho, ¿por qué esa mosquita muerta podía cazar a un millonario y ella no? Volvió a acomodarse el vestido. Mala idea había tenido al comprar una talla menos.

Levantó la vista y se encontró con los ojos del chico clavados en sus senos. Sin disimulo alguno, la respuesta de él fue elevar las cejas y sonreír. Era un atrevido.

—¿Qué miras?

—Tus... movimientos. ¿Todo bien? —preguntó señalándole el pecho con el mentón.

—Solo una mala elección.

—Opino igual que tú. —Al ver la cara de furia que la señora le dedicó, prefirió explicarse. Estaba aburrido, no había nadie pidiendo bebidas y ella le estaba dando algo de entretenimiento, uno inesperado, por cierto. En ese tipo de fiestas no abundaban mujeres como ella—. No te ofendas, es que muestras todo. Me gusta imaginar.

—No te ofendas, es que poco me importa lo que a ti te gusta —apuntó con seguridad y algo de desprecio—. Intentaba agradecerle a otra persona.

—Entiendo. —«Lo que pasa es que a esa *otra persona*, si es de este ambiente, le agradan otro tipo de prendas. Tal vez con un poco menos de exhibición y un poco más de elegancia», pensó—. Si mostraras menos...

—¿Y tú qué sabes? —murmuró ella, menospreciando al chico.

¿Qué podía saber un «poca cosa» como él? Pero en sus fueros íntimos le daba la razón. Por eso, y por estar muy fastidiosa, estaba manteniendo una conversación con el *barman*, ¡qué bajo había caído!

—Soy observador. Con esa pinta parece...

—¿Una prostituta cara? —preguntó enojada. Ya estaba molesta con la actitud desafiante del mocoso. Lo era, seguro que no llegaba ni a los veinticinco años, poco sabía todavía de la vida.

—No iba a decir eso. «Cazadora» era la palabra que estaba por utilizar.

—Y lo soy. Cuando crezcas entenderás la importancia de saber cazar.

—¿Cuando crezca? Creo que lo hice ya —casi escupió. Si estaba a dos años de cumplir los treinta, ¡por Dios!, qué arrogante había sido ese comentario. ¿Quién se creía...? Ya no le caía nada bien esa mujer. ¡Y qué carajos hacía conversando con una desconocida!, él, que solo utilizaba diez palabras por día como mucho. No era del tipo conversador.

—Pareces menor de edad —lo pinchó ella, observando que él parecía molesto con su comentario. No le importaba demasiado tampoco. Giró sobre sus talones dando por finalizada la plática y vio venir al abogado.

Julio, al llegar a su lado, le sonrió con ternura y, pidiéndole un trago a Alan, le abrazó la cintura. Ella se dejó hacer y le besó la mejilla.

Mantuvieron una charla insustancial sobre la fiesta y la comida servida. A ella poco le importaban las amistades de su compañero, no obstante, debía parecer interesada, por eso le preguntó con quién había estado y escuchó con atención lo que Julio le respondía. Era un hombre amable y educado, le caía muy bien. Así había sido desde el primer día.

Emma se había quedado sin trabajo de un momento a otro, pero no era tan inútil como creía su madre. Por eso se afanaba en demostrárselo, para hacerle saber que estaba errada en sus apreciaciones, aunque pareciese que nunca daba en la tecla: jamás la conformaba. En dos días consiguió un puesto en un hotel de lujo como recepcionista de uno de los tres restaurantes que tenía. Había sido gracias a una mujer que conocía, aparentemente, era amiga o pariente del gerente, tal vez el dueño. No le importaban los pormenores, el caso es que tenía el puesto y cobraría un buen salario.

Allí, una noche cualquiera, había conocido a Julio Roca. Este no escatimaba las miradas a sus caderas o sus pechos, claro que ella le coqueteaba e insinuaba la mercadería que ocultaba

debajo del uniforme ajustado que debía lucir. ¿Acaso era tonta? Claro que no. Si ese hombre era asiduo al restaurante era porque tenía dinero para pagar la abultada cuenta que significaría cenar allí.

Su instinto no falló y unas cuantas noches de sonrisas y piropos después, fue invitada a tomar una copa fuera del horario laboral. Luego, fue un café; más tarde, una cena y otra más. Julio, de a poco, fue acercándose y tomándose libertades con su cuerpo: besos y caricias, algún manoseo incluso y entonces, Emma tuvo que maniobrar con las excusas. No podría concentrarse con un hombre como él.

Tenía que ser realista, no podían tener sexo sin haber consolidado la relación de alguna manera. El sexo era el dulce con el que los tentaba, un dulce que, a ella, le sabía demasiado amargo. Necesitaba entrar en confianza para poder mantener algún tipo de actividad más íntima, debía conocerlo un poco más, porque precisaba estar segura de poder fingir sin que se le notase. Para eso convenía saber qué hacer. Era un trabajo de investigación el que hacía, además de dilación... Ya, de por sí, le costaba hacerlo y más si era con un hombre mayor, barrigón y sin ningún rasgo atractivo para sus ojos. Solo le gustaba su simpatía y eso no alcanzaba.

Emma era ese tipo de mujer que aparentaba ser una *comehombres*, sin embargo, el sexo la intimidaba. No por la acción en sí, tampoco le tenía miedo a los hombres o vergüenza de su cuerpo, nada que ver. Era algo más profundo lo que la vulneraba. Una angustia que no la liberaba, que iba más allá de la razón, que la obligaba a simular y a desplegar sus dotes de actriz... y no lo era.

Obnubilado por ese cuerpo y la audacia de la mujercita sensual que lo provocaba, Julio decidió invitar a Emma a esa fiesta. Quería ver cómo se desenvolvía. Estaba acostumbrado a mujeres de paso, a aventuras sin sentido. Era muy consciente de que su corazón estaba ocupado y nunca se desocuparía, jamás; sin embargo, su cuerpo necesitaba todavía un poco de alegría y se la daba con gusto. Si podía elegir, ¿por qué no hacerlo bien?: jóvenes, rápidas, con iniciativa, con creatividad y energía, incluso con un poco de ambición... Esas eran las que más le divertían. Por eso puso el ojo en Emma y no lo defraudó, le gustaba su compañía, lo que no le gustaba era su negativa. No la haría perder tiempo ni lo perdería él tampoco.

—¿Nos vamos, muñeca? —le dijo, besándole la mano y ella asintió. La notó tensarse de pies a cabeza, tal vez pensaba que la quería llevar por fin a la cama, pero su idea era muy diferente.

El dueño del hotel lo interrumpió cruzando unas palabras con él, otra vez, Emma quedaba relegada. Al ver que ambos hombres comenzaban un diálogo sin incluirla, se sirvió un poco de agua de una jarra de cristal que había en una esquina de la barra (donde todavía estaba apoyada), dispuesta a esperar. Aburrida... como toda la noche.

Alan no podía creer lo que Roque le decía al teléfono. El viejo Saúl estaba enfermo y quería cerrar el bar, se lo había contado, a su amigo, en secreto para obtener una primera reacción, y así luego hablar con él al respecto. Eso significaba que se quedaría sin trabajo estable. No era mucho lo que le pagaba, aun así, le alcanzaba, además le brindaba ese lugar para vivir. Si cerraba el bar, ¿qué haría? ¿adónde iría? Ese altillo era cómodo, limpio... y pequeño, sí, aunque suficiente para alguien como él que solo lo pisaba para ir a dormir unas pocas horas por día.

—Necesito encontrar un trabajo urgente. Si el viejo cierra me quedo en la calle, Roque. No lo sé... Lo hablamos en la noche. Pásate por casa y vemos, pero mi respuesta seguramente es no... Porque tres son multitud —dijo antes de cortar la llamada y miró a la mujer que no le quitaba los ojos de encima. No estaba de humor para lidiar con ella y sus aires de gran dama—. ¿Qué?

—Escuché que necesitas empleo. Perdón, es que no estabas susurrando precisamente. Trabajo en este hotel —dijo extendiendo una tarjeta de las que siempre llevaba en su cartera—, de recepcionista en el restaurante de la planta baja, para ser más exacta. Hasta ayer estaban buscando gente para el bar, si te interesa, pásate por allí. Puedes decir que te recomendé, me llamo Emma.

No lo hacía por buena ni porque ese muchachito le cayese en gracia, sino para aliviar la carga horaria de trabajo de alguno de sus compañeros que, inevitablemente, tenía consecuencias en su propio horario laboral.

## Capítulo 2

Emma entró a la habitación de su madre intentando ser silenciosa para no despertarla. Prescindía de la enfermera cuando ella podía cuidarla porque ya no se lo podía permitir. Estaba tapada de deudas.

Julio ya no formaba parte de su vida y esa esperanza remota y, tal vez inútil, que se había hecho murió antes de lo imaginado. Necesitaba un esposo o un benefactor, alguien que le ayudase a lidiar con su vida de miserias, con sus gastos, con sus necesidades y con su futuro incierto por el momento.

¿Dónde y cómo terminaría? No quería ni imaginarlo. La hipoteca impaga; los gastos médicos comiéndose su insuficiente salario; los viáticos cada vez más altos con sus idas y venidas al trabajo, los consultorios médicos y el sanatorio; el refrigerador cada vez más vacío y la vieja casa cayéndose a pedazos... No podía con todo. Al final debería reconocer que su madre tenía razón y no servía para nada, que solo estorbaba y jamás lograría ser *alguien*.

Odiaba sentirse tan vulnerable como en el último tiempo, y es que estaba tocando fondo. Si creía que su madre tenía razón es que estaba hundida en el lodo.

Hubo un tiempo en el que había sido una mujer (joven, para ser más precisa) cariñosa y amable. Hubo un tiempo en que también creía que era bueno serlo, ya no. No era necesario para lograr sus nuevas metas, aunque no tan nuevas, ya llevaba algunos años buscando ese futuro que no llegaba. Pero no desistía, la necesidad no se lo permitía.

Tal vez, su madre, con sus comentarios había tenido la influencia justa para que Emma tomase la decisión de cazar un marido. Cada día le hacía saber, con sus malos modos, qué tan inútil era, el desprecio que le ocasionaba verla trabajar de algo tan banal y sin importancia como ser secretaria, empleada de una *boutique* o recepcionista (como era el caso actual). Y es que tampoco había tenido la posibilidad de estudiar... Hubiese querido gritárselo más de una vez, pero no tenía el valor. Sí, su madre le daba miedo.

Era una mujer hiriente, dañina y mala, al menos con ella, y sabía por qué. Esa malvada mujer se lo había dicho desde muy pequeña, tenía un motivo para odiarla como lo hacía, a pesar de ser su propia hija. Pero ese corazón blando que una vez tuvo la hacía pensar que algún día ese odio se convertiría en cariño o, quizá, en simple agradecimiento por todos los cuidados recibidos.

Alguna vez había soñado que su madre le decía que todo ese rencor volcado en ella era parte de una enseñanza, dura sí (porque la vida lo era), aunque enseñanza al fin y que lo hacía para formarla y para que fuese más fuerte ante la adversidad, pero que todo había terminado por fin y que la amaba más que a nada en el mundo. Y entonces, ella se despertaba llorando en silencio, abrazada a la almohada, imaginando que era el cuerpo débil y delgado de su progenitora y al mirarla esbozaba una sonrisa que no le había visto jamás.

Esa utopía había nacido al ver como la mujer dejaba la vida y la fortaleza en esa cama vieja y dura. De verdad creyó que la enfermedad diagnosticada la haría recapacitar y ver en su hija un ser bondadoso y solidario que le entregaba las pocas horas libres y el dinero que ganaba para que ella pudiese estar más confortable y mejor atendida.

Eso nunca había pasado, los años sí.

Su madre seguía igual o peor, y ella se había convertido en lo que era: una mujer altanera que

camuflaba sus miedos e inseguridades, tanto como sus necesidades, tras un velo de agresiones y malos modos. La soberbia que la caracterizaba no era nata, era aprendida a arañazos e insultos.

—Necesito un baño —exigió la débil (solo lo era cuando le convenía) mujer postrada.

—Mamá, ¿estás despierta?

—Te dije que necesito un baño.

—Ya lo estoy alistando. Después te comerás la sopa que he preparado.

—No quiero sopa.

—Mamá, es lo que hay. No he cobrado y no tengo dinero. La semana que viene compraré pescado y algo de carne.

Con toda la delicadeza de la que era capaz pasó la esponja enjabonada por los brazos y piernas de su madre, cada vez estaba más inmóvil y delgada. No sabía cuándo quedaría totalmente inerte o siquiera si eso ocurriría, la enfermedad era degenerativa e imprevista. Eso decían los médicos.

Emma hubiese preferido no saber. No quería imaginar el sufrimiento que padecería su madre o el trabajo que le daría a ella misma el tenerla así de enferma, tampoco quería pensar en cómo resolver la escasa entrada de dinero. Dadas las circunstancias, cada vez necesitaba más y tenía menos.

El alarido exagerado de su madre la sobresaltó, tanto que no reparó en los rasguños de su brazo que ahora veía sangrantes. Tal vez, el agua le había caído en un ojo o la espuma no había sido retirada del todo en su hombro, ¡así de grave era lo que le había hecho!

—¿Qué hice mal ahora, madre? —dijo bufando y limpiando sus lastimaduras para evitar ensuciar el agua del baño. Su madre no golpeaba, pero rasguñaba y humillaba como nadie.

—Siempre haces algo mal, ¿por qué te extrañas?

—Lo siento.

Suspiró al decirlo. Ya estaba cansada de todo, incluso de su propia docilidad, no obstante, estaba agradecida, o eso quería creer, para no convertir su amargura en odio. Conocía su propia historia, contada infinidad de veces por quien se creía la más damnificada de todos. La misma persona a la que le cambiaba el pañal cada vez que se orinaba encima y le daba su medicina para que no empeoraran sus molestias. Sabía que había sido concebida por error por un hombre inmaduro y una mujer enamorada. Él había abandonado toda responsabilidad al enterarse y ella la habría abortado o regalado si no hubiese mantenido la esperanza de verlo volver un día.

Su madre le había gritado esa historia el mismo día que le había contado que el chulo del barrio la quería como protegida para prostituirla. Así, con esas palabras directas, la mujer la había puesto en conocimiento de todo lo que consideraba que la niña debía saber, justo el mismo día que cumplía los diecisiete años.

¿Cómo no convertirse en una persona apática o poco empática, incluso antipática, ante semejante declaración maternal? Desde entonces su cambio fue acrecentándose, mientras la persona que la parió sin ganas le exigía que fuese una hija agradecida porque le debía la vida, ella se transformaba en la culebra venenosa que se consideraba. Una que mordía a su presa sin sentirse culpable. Una que dañaba con pocas palabras, que buscaba escapar de su pequeño y sucio mundo a como diese lugar, y si era pisando cabezas no lo dudaría. La misma que soñaba con encontrar un pobre infeliz que la mantuviese a ella y a su moribunda mala madre y las sacase de la miseria. No quería morir sin saber lo que era vivir bien, sin miedos de lo que le deparara el mañana, sin problemas que resolver, sin cuentas que pagar, sin tener que trabajar de sol a sol para cobrar dos monedas con cincuenta y que no le alcanzara ni para comer, sin tener que convivir con la hedionda humedad de las paredes originada por los caños rotos que no podía arreglar...

—¿Hay algo que necesites de mí, mamá? Quiero bañarme y acostarme —dijo, después de

darle la cena y un poco de puré de manzana de postre.

—De ti no necesito nada.

Esa fue la respuesta que recibió en vez de: no, gracias. No le extrañaba, así era todas las noches.

\*\*\*

Alan suspiró frustrado, entendía al viejo Saúl, pero no desistiría de convencerlo.

—Saúl, puedo hacerlo —aseguró, ya casi preocupándose de no lograr que desistiera de esa nefasta idea de cerrar el bar. «En el hotel solo trabajaré los días de entre semana y aquí los fines de semana. Puedo buscar un reemplazo para esos días, de todas formas, con los chicos estaremos cubierto. No hay mucho movimiento de lunes a jueves y si lo hay es tranquilo, puedo enseñar a alguien», pensaba, analizando opciones, mientras el viejo refunfuñaba—. Además, ¿si cierras el bar qué comerás? Es una entrada de dinero segura.

—Una entrada de mierda, Alan.

—Es cierto, pero te alcanza, y a mí también.

—No te prometo nada. No tengo ganas de seguir trasnochando, haciéndome mala sangre con los pagos de los proveedores y...

—Yo hago eso, Saúl. No te victimices, viejo —dijo abrazándolo por los hombros y Saúl le dio unos golpecitos en la espalda.

Alan vivía en el altillo o, mejor dicho, en una habitación pequeña acondicionada para él a un lado del altillo que Saúl utilizaba como depósito sobre el techo del bar de mala muerte del que era dueño desde que tenía casi treinta y cinco años.

En ese bar trabajaba Alan desde hacía ya diez, primero limpiando los pisos y vasos, luego sirviendo las cervezas y, de a poco, se fue formando en el oficio de *barman*. Estudió por internet los nombres de los tragos más conocidos, los ingredientes de cada uno y las cantidades justas, fue ensayando hasta que le salieron bien y, convenciendo al viejo, se fue haciendo de un buen surtido de bebidas para atraer a más gente promocionando el famoso *after office*. Todavía sonreía recordando la cara de Saúl al decir esas palabras que ni sabía pronunciar.

El viejo gruñón hacía todo lo que ese muchacho le decía. Alan tenía el poder porque se había convertido en el hijo que Saúl nunca tuvo y el chico lo trataba como el padre que le había faltado. Al verlo tan solitario y desprotegido, Saúl le había dado el trabajo (inventado solo para él) por una paga que hasta vergüenza le daba, pero más no podía ofrecerle. Alan no se quejó, aunque le pidió un lugar dónde dormir. «Solo un catre», había dicho, «o un par de mantas donde tirarme a descansar y no pasar frío».

A los dieciocho años, Alan era muy delgado y ojeroso, apenas hablaba, observaba todo y sonreía poco. Sin padre a la vista y con una madre alcohólica a la que había abandonado en un pueblo lejano, después de intentar recuperarla en vano tantas veces como la había bañado para quitarle el olor a vómito, decidió echar raíces en alguna ciudad. Un trabajo y una cama era lo que necesitaba y eso le había brindado, sin pedir nada a cambio, ese hombre solo y de camisetas manchadas que escupía tabaco y gruñía en vez de decir no. Se propuso hacer de ese bar espantoso y poco concurrido uno más limpio y que la gente quisiese visitar, más de una vez a ser posible.

Alan no tenía estudios, pero sí ganas de trabajar y buenas ideas. Le gustaba aprender, buscaba todo en internet. Así había aprendido a hacer buenos tragos, a llevar una contabilidad simple y a tocar la guitarra.

Lo del *after office* dio resultado, la gente disfrutaba de pasar el rato tomando y riendo,

conversando a los gritos y bailando si alguien se animaba. No era un bar de moda, era más bien uno de barrio. Los días de semana comenzaba el movimiento cerca de las cinco, con los hombres mayores que pasaban las tardes jugando cartas y conversando sobre tiempos mejores. Cerca de la noche, los más jóvenes se acercaban en grupos y copaban las mesas quejándose de jefes exigentes y trabajos agotadores. Casi siempre era una mujer divertida la que inauguraba la pista de baile, que por lo general estaba vacía, eso ocurría los fines de semana.

Saúl estaba contento con el resultado, nunca había sido bueno en eso de dirigir un negocio, pero otra cosa no sabía hacer. El chico había sido una bendición. Sin embargo, ya era momento de intentar vender esa pocilga. Por más que lo intentasen, el bar, llamado El 35 (porque a esa edad lo había abierto), ya no daba tanto dinero como para vivir sin hacerse problemas y sus años no colaboraban, mucho menos sus huesos. No era justo que el muchacho siguiese intentando lo imposible y, aun así, lo hacía. No había dinero para renovar las instalaciones y la gente prefería tomar nuevos rumbos.

Alan se negaba a que El 35 desapareciese, era un bar emblemático en el barrio, todos lo conocían y hasta lo utilizaban como punto de referencia para indicar direcciones. Entendía que Saúl no se quisiese arriesgar a pedir un préstamo al banco y él no podía, no tenía garantía que ofrecer. Pero Alan era de los que no renunciaba, no perdía las esperanzas y sabía que un día algo se le ocurriría.

«Mira que eres obstinado», le decía Roque, su vecino y amigo.

«Eres un terco», le repitió siempre su madre, «eso no te llevará a ningún lado».

—Está bien, por ahora no lo pongo en venta. Te doy seis meses, nada más —dijo Saúl, golpeando la barra de cedro con la palma de la mano, a ver si así sonaba más determinante.

—Un año —replicó Alan con seriedad, implacable.

—Un año, un año... ¿Cómo dice Roque? Sí, ya recordé... ¡mira que eres obstinado! —Alan sonrió aliviado, había ganado un año para intentar resucitar ese bar muerto.

Volvió a tomar la guitarra, necesitaba pensar y tocarla lo ayudaba. Por lo menos, había evitado ir a vivir con la parejita feliz. Negó con la cabeza al recordar a Roque y a Theo obligándolo a mudarse con ellos si Saúl vendía el bar.

«Tres son multitud», susurró.



## Capítulo 3

Emma se alisó la falda y sonrió, las mejillas se le tensaron tanto como los labios. Estaba nerviosa. Era la primera vez que veía a Julio después de cortar la supuesta relación, sin nombre, que habían tenido. Habían pasado casi dos semanas desde aquel día en que, con mucha amabilidad y ternura, le había dicho que ella era demasiado joven y hermosa como para perder tiempo con un viejo panzón y aburrido.

Verlo era lo esperable, el hombre, después de todo, era un cliente recurrente del restaurante.

—Hola, muñeca —dijo él y le besó la mano, como era su costumbre. Entonces, ella aflojó los hombros y se dio cuenta de que sus nervios eran infundados. Por un momento pensó que la ignoraría o la trataría con indiferencia.

—¿Cómo se encuentra, señor Roca? ¿Cuántos son para comer?

—Hoy, solo tres. Gracias, Emma.

Tomó tres menús del taburete donde se guardaban y les pidió que la siguiesen. Eso hicieron los tres hombres y le dedicaron un buen vistazo a su prominente cadera, que enfundada en esa falda ajustada se veía muy tentadora. Por lo menos, eso pensaban los caballeros. Una vez que los instaló en la mesa que les correspondía emprendió su camino de vuelta a la entrada del local y entonces lo vio.

Alan estaba acomodando su lugar de trabajo. Le gustaba mantener un orden y necesitaba tener el control de todo para no perder tiempo al momento de atender a sus clientes. Contabilizó los vasos largos y alineó las copas donde se servía el *Sweet Martini*, el trago especial del lugar.

—Hola. ¡Enhorabuena! Conseguiste el trabajo —dijo Emma, acomodándose sobre el taburete giratorio más cercano a la entrada, no quería perder de vista su atril por si alguien llegaba.

—¿Perdón? —Alan levantó la mirada y se encontró con una espectacular mujer que le sonreía y lo miraba como si lo conociese—. ¿Nos conocemos?

—Soy Emma. Te recomendé el puesto... La fiesta aquella de...

—¡Claro!, perdona. No te reconocí —dijo y calló el resto.

Alan no creía que le cayese bien el comentario de que parecía más joven y hermosa en ese momento que cuando estaba producida para gustar. Eso hacían las mujeres en una fiesta, ¿no? Se arreglaban para verse más bellas, sin embargo, en la tal Emma eso no había ocurrido.

Así, con su uniforme de falda azul y blusa celeste, con una simple coleta en el cabello y un maquillaje sencillo, estaba deslumbrante. Eso pensaba el muchacho, y sus ojos se dirigieron a los tres últimos botones desprendidos del pronunciado escote que la mujer sonriente tenía.

A su memoria llegaron las palabras de Roque: «A esto le llamo yo *una mujer*». Su amigo decía que una fémica sin curvas no era una hembra que se preciara de tal, textuales palabras utilizaban para alabar ese tipo de cuerpos bien formados. A Roque no le gustaban las mujeres, era gay hasta la médula, pero de mirar para el otro lado, como decía, lo haría para observar ese tipo de *redondeces*. Era el único gusto que compartían.

Con disimulo reparó en el femenino rostro de rasgos marcados, aunque no bonitos, pero el conjunto era armonioso y atractivo en algún punto o, tal vez, lo eran esas cejas depiladas y

peinadas que endurecían una mirada encantadora, literalmente lo era, Alan estaba como encantado y no podía retirar la suya.

—No hay problema. ¿Entonces...? ¿Estás conforme con el trabajo?

—Sí —susurró y tuvo que callar al ver al hombre que sí reconoció como el acompañante de Emma—. ¿Le sirvo algo, señor?

—Dos Fernet, por favor. Emma, ¿me los haces alcanzar a la mesa?

—Por supuesto, señor Roca.

Alan elevó una ceja a modo de pregunta, tratar de señor a una pareja no le sonaba muy común. Podría estar desactualizado con los noviazgos, hacía ya un par de años que no tenía uno serio, pero no creía que las cosas hubiesen cambiado tanto.

—¿Ese hombre no es tu pareja? —quiso saber, por eso de la curiosidad que no podía mantener a raya.

—Fue un intento de algo. Ya no.

—Cierto... tu presa. —De pronto se le vino el recuerdo a la cabeza, ella dijo ser una cazadora, no obstante, parecía que recordarlo en voz alta no le había gustado a su interlocutora. Le restó importancia a la mirada asesina que le dedicó y se puso con el pedido.

Cuando Emma vio que la camarera, a quien le había encargado la tarea de llevar los tragos, se retiraba con la bandeja en mano, suspiró y apoyó los codos en la barra, justo frente a Alan.

—Mira...

—Alan —dijo él, adivinando que con ese silencio quería saber su nombre.

—Alan. Soy una mujer que dice las cosas de frente, soy orgullosa y puede que pendenciera si me conviene, envidiosa, crítica y rencorosa. Puedes agrupar todo en la palabra «bruja», no me molesta.

—Todo un caso de mala junta —susurró Alan al borde de la risa, no lo intimidaba y tampoco le importaba. No tenía ni idea de dónde quería llegar con ese comentario o presentación. ¿Eso sería, una presentación?

—Tal vez, por eso deberías mantenerte lejos.

—Seguro exageras —agregó, solo porque le pareció bien provocarla. Parecía muy enojada y no entendía el motivo. Él solo había dicho un par de palabras.

—Quisiera decirte que tienes razón, pero no es el caso —concluyó Emma, girando sobre sus talones, le dio la espalda y se alejó.

Alan se quedó quieto, con los ojos entrecerrados y dirigidos al vaivén de cadera que parecía seguir el ritmo hipnotizador de un taconeo.

—¡Hey, Emma! —casi gritó para que lo escuchase. La nombrada giró con petulancia y puso los brazos en jarra mostrando una vez más el escote generoso, además de enojo. Alan sonrió de lado, echó un vistazo general y negó con la cabeza. «¡Qué buena que está!», pensó y dijo—: No, nada.

Emma no podía creer que ese niño la pusiese en evidencia de esa forma, ¡si apenas la conocía! «Desagradecido», pensó. Claro que recordaba que ella misma le había dicho que era una cazadora o trepadora, no recordaba la palabra y no importaba, daba igual, pero suponía que lo había hecho por obra y gracia de las copas de *champagne* que se había tomado en solitario, aburrida por la poca actividad social que había tenido en esa estúpida fiesta; y él debería haber borrado esa información de su cerebro. No se lo había contado para que se lo echase en cara en la primera oportunidad. Bueno, tampoco pensó que lo volvería a ver. Y sí, ella misma le había dado la tarjeta para que pidiese ese puesto de trabajo y no, no había estado pensando en la

conversación mantenida con anterioridad al hacerlo. Seguramente estaba sufriendo un castigo por haber obrado como una buena persona que no era, ¿desde cuándo ayudaba a desconocidos?

Miró el reloj de su móvil y sonrió. Alan y su comentario desafortunado quedaron relegados al darse cuenta de que su turno había finalizado. Al mirar hacia afuera, inspiró profundo y retuvo el aire para después soltarlo con lentitud, podría liberarse de la carga que llevaba en sus hombros y olvidarse hasta de quien era esa tarde, lo necesitaba.

Detrás de la cámara fotográfica era libre y feliz. Por eso, cuando salía temprano, como ese día, y podía disfrutar de la luz del sol, recorría las calles sacando fotos. Creaba, inventaba, soñaba y se divertía con esas imágenes una vez que las revelaba en el pequeño baño en desuso que había transformado en cuarto oscuro. En esos químicos y películas era en lo único que derrochaba el dinero, porque era lo único que la hacía feliz.

«No es dinero malgastado», se decía, «es bien invertido». Eso pensaba, con una enorme sonrisa, cada vez que se encerraba en ese pequeño cuarto y ponía en color cada imagen.

La cámara tenía muchos años, era más bien vieja y no tenía idea de hasta cuándo aguantaría sin que le fallase algo. Incluso le costaba conseguir esos cartuchos de negativos que parecían haber desaparecido del planeta. La máquina había sido de su vecina ya fallecida. La hija de esta se la había entregado con una carta de la señora en la que le decía que se la heredaba, para que pusiese en práctica las clases que le había dado. Para entonces estaba buscando trabajo y, a falta de uno mejor, cuidaba ancianos y niños. La verdad era que esa mujer no era una anciana, pero estaba enferma y su hija no podía atenderla a todas horas, entonces, mientras esta trabajaba, Emma cuidaba de la madre. Había sido una fotógrafa profesional, y entre charlas y charlas le había enseñado cómo sacar fotos artísticas y también sociales.

A Emma le gustaban más las artísticas, mostrar esas pequeñas cosas, esos detalles que pasaban desapercibidos y opacados por ser, tal vez, más intrascendentes que otros, pero no por eso menos hermosos.

Emma no era consciente de que detrás de esa lente ella mostraba su esencia, su bondad oculta, su ternura disimulada; era sincera y ninguna máscara se interponía para plasmar la belleza de lo cotidiano, de lo simple y mundano, de lo que a veces, el ojo no retenía por ser tan fugaz, ese momento efímero que valía la pena detener.

Porque por más que ella no lo supiese, esa maldad inventada a fuerza de castigos verbales era superficial. Su sensibilidad se exponía en ese arte que ella desconocía tener. Las lágrimas no derramadas se podían adivinar mezcladas con colores brillantes en las caras de niños felices jugando en los parques, corriendo de la mano de sus madres y hermanos. Capturaba, con solo apretar el obturador, el amor sincero en la mirada de una pareja de ancianos de una forma tan cruda que hasta dolía y producía envidia, o la pasión que quitaba el aliento de un simple beso de dos jóvenes que se encontraban frente a la puerta descascarada de una casa vieja y abandonada.

A través de la pequeña ventanita de su vieja cámara, Emma disfrutaba de las cosas simples de la vida, las que ella se negaba a vivir por estar presa de una meta trazada con rencor y envidia insana, las apreciaba en silencio, más bien, en secreto.

Alan había terminado su turno bastante satisfecho. Las propinas habían sido muy generosas y el ambiente de trabajo era agradable. «Salvo por la loca esa...», pensó recordando a Emma por un instante. Estaba agotado, ese restaurante sí que atraía gente, reconoció, no como El 35. No podía comparar la clientela de uno y otro lugar, pero sí podía decir lo que era tener el bar lleno y desear ser un pulpo para tener más manos.

Fue directo al *sex shop* que Roque y Theo tenían en el espacio lindero al bar. Por eso los

conocía, porque eran vecinos. Theo había vivido ahí desde siempre. En el fondo, además de su moderno apartamento donde ahora vivía con su pareja, tenía su pequeño estudio de filmación. Era productor de vídeos porno gay. Roque atendía el negocio y, cuando él lo necesitaba, trabajaban juntos en las barras de las fiestas privadas, cuando los contrataban. No era porque Roque necesitara el dinero sino porque él necesitaba un compañero de confianza que no gustara de beber en el trabajo ni ligar con las invitadas, ni robarse las bebidas sobrantes.

—¿Qué tal el trabajo nuevo? —le preguntó Roque al verlo entrar.

—Bien —respondió él, utilizando pocas palabras como de costumbre.

Roque terminó de acomodar una mercadería en la estantería y lo miró a los ojos, lo primero que hizo fue criticarle las ojeras oscuras y luego comenzó con las preguntas. Conocía a Alan y sabía que funcionaba así, si no le preguntaba no se enteraría.

Terminaron riendo cuando le contó la conversación con su compañera, la misma que le había conseguido el trabajo, y se pusieron serios cuando le describió cada curva y contracurva que poseía.

—Entonces no le agradeciste.

—No pude. Se fue enojada y no la volví a ver.

—¿Quieres llevarle algo de aquí de regalo?, tal vez lo necesita —sugirió Roque en broma.

Alan se despidió al rato. Quería descansar y ver a Saúl, además de interesarse por la actividad del bar. No esperaba tener mucho que hacer, siendo día entre semana era poca la actividad, lo que le daba tiempo para tocar un poco la guitarra y terminar de darle la vuelta a la idea que tenía para una canción. Se había animado por fin y ya tenía un par de estrofas que le gustaban.

Desde que Saúl le había dicho que quería cerrar el bar y tenía la cuenta regresiva en marcha, Alan no había podido dejar de pensar en algo que modificase la realidad de El 35. No se consideraba buen músico, pero conocía un grupo que le gustaba y había hablado con ellos para incluirse como segundo guitarrista y compositor. Tenía varias ideas que quería transformar en canciones y en eso estaba.

Si todo salía como imaginaba, le presentaría la propuesta a Saúl. La música en vivo siempre atraía gente y más si tocaban tan bien como esos chicos que había escuchado. Solo esperaba que el viejo y su mente anticuada lo apoyaran, después de todo, el bar era de él.

El segundo paso que quería dar consistía en proponer una noche semanal de karaoke, pero para eso necesitaba el equipo, que se compraba con dinero, uno que no tenía y pensaba juntar con las propinas de su nuevo trabajo y algún socio silencioso que le tendiera una mano. Podía contar con Theo para ese tipo de préstamos, lo sabía porque se lo decía cada vez que relataba sus penurias económicas y, por primera y única vez, aceptaría.

Volvió a tocar esa nota que se le resistía y estiró los dedos. Tomó el último trago de cerveza de su botellín y comenzó otra vez. No podía dejar de practicar si quería que saliese bien cuando se la presentase al grupo. Solo tenía dos semanas para prepararse.

Era cierto que Alan era terco, como le decía su madre de pequeño. Lo que no era cierto era que con esa actitud no llegaría lejos porque todo lo que tenía, poco o mucho, era producto de su tesón y esfuerzo. Uno que había nacido de la necesidad de comer y dormir sin pasar frío. Necesidades que su madre no supo o no pudo satisfacer. No la culpaba, jamás lo hacía. Para él, el alcoholismo era una enfermedad como cualquier otra, muy difícil de curar y más si no se contaba con la mínima intención de hacerlo. Como había sido el caso de su madre. Su terquedad, esa que ella le criticaba, lo había obligado a intentar una y otra vez la imposible tarea de mantener sobria a una persona que no quería serlo. Pero esa «terquedad» tenía un límite.

Alan no solía pelear contra dragones, sabía hasta dónde llegaban sus fuerzas, por eso prefería la palabra «obstinado», que usaba Roque. Lo definía mejor. Era muy razonable a la hora de elegir sus batallas y solo había perdido una, contra su propia madre. A pesar de eso, no sentía frustración ni culpa porque lo intentó con furia, con determinación y sin descanso.

Llegó el día en el que tuvo que poner en una balanza su vida y la de una mujer que renegaba de la propia. Prefirió responsabilizarse por la que pesaba más, por la que tenía esperanzas y ganas de avanzar. Se eligió por sobre todas las cosas y no se arrepintió jamás. A pesar de pensar, alguna vez, que fue egoísta.

Ahora estaba muy orgulloso de sus triunfos. No tenía dinero ni bienes, pero tenía amigos; la compañía de un hombre al que quería como a un padre; un negocio que no era suyo, pero como si lo fuese; un hogar pequeño y limpio, y hasta había tenido un amor. ¿Qué más podía pedir?

Al terminar el ensayo que se obligaba a realizar cada noche, decidió que era tiempo de descansar. Se daría un baño antes, lo necesitaba. Se quitó la camiseta con la que había reemplazado la camisa celeste de su nuevo uniforme de trabajo y se desabotonó el pantalón azul. Este cayó a sus pies de inmediato, sin frenarse en la cadera. Era lo que tenía usar una o dos tallas más grandes de las necesarias.

No pudo huir de la tentación de tirarse unos minutos en la cama y así, boca abajo, su cuerpo reconoció el cansancio y se aflojó ante la comodidad del colchón. Su mente, en cambio y sin estímulos aparentes, decidió repasar con diapositivas rápidas las horas del día y en la recapitulación apareció, sin querer, la imagen de Emma, su enojo sin motivo y ese cuerpo tan escultural. Alan sonrió ante el recuerdo de esa pose pendenciera con la que se despidió, y susurró: «Loca».

Entonces, sí tomó el valor necesario para ponerse de pie y dirigirse a la ducha. No sin antes dejar dentro del cajón de la mesita de noche su cuaderno de canciones. Quedaría ahí, bien acompañado por los regalos que recibía de Roque. Entre muestras y novedades, él mismo podía poner un *sex shop* o vender los productos por internet y sacar un buen dinero. Cualquiera diría que también era coleccionista de condones de diferentes características.

Una risa silenciosa le hizo vibrar el pecho. No era de contar sus andanzas sexuales, cuando las tenía, lo que no significaba que sus amigos no intentasen indagar en ese aspecto de su vida. ¿Y qué les diría? ¿Qué, últimamente, se masturbaba bajo la ducha, un poco por escasez de sexo compartido y otro poco por deporte?

Sus energías estaban a tope en El 35, en verlo transformado en aquel bar que alguna vez fue y para eso necesitaba dinero, que se conseguía trabajando.

—¡Ni ganas ni tiempo tengo de andar jugando al galán! —dijo poniendo una mano entre las piernas y la otra sobre los azulejos mojados de la pared de la ducha.

## Capítulo 4

Tres semanas después, Emma no parecía la misma. Su madre estaba cada vez más irascible, por no decir insoportable. Apenas se movía y no colaboraba comiendo lo suficiente o dejándose bañar sin ofrecer resistencia o dar pelea. Las agresiones verbales habían llegado a un extremo indignante y aunque Emma intentase hacer oídos sordos, no podía dejar de pensar en que cada palabra dicha era un sentimiento profundo que esa mujer, que debería amarla incondicionalmente, tenía hacia ella. Y esos sentimientos no hablaban de cariño, precisamente, sino de todo lo

contrario. Y dolía, claro que dolía. Nunca había podido acostumbrarse a la locuacidad cruel, agresiva y sin filtros que salía por esa boca dañina.

Una vez más, Emma lograba sentirse mala mujer. Ya no discutía con su inconsciente, se había creído todas y cada una de sus mentiras. Se consideraba egoísta, actuaba como tal y promocionaba tal característica de su persona. Por eso, encontrarse pensando que necesitaba que su madre muriese de una vez, no la sorprendió. Lo sorprendente fue descubrir un par de lágrimas cayendo por sus mejillas y la cara de compasión de Alan al verla.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. Mi madre tuvo una recaída —dijo y sonrió sin ganas. Le era imposible poner sus verdaderos pensamientos en palabras

Alan era buen oyente, no interrumpía y apenas conocía a nadie en el restaurante. Miraba con ojos sinceros y tendía la mano para ofrecer ayuda. No obstante, Emma no necesitaba ese tipo de ayuda, pero una vez, sin darse cuenta, solo por sentirse abrumada y escapando de la realidad que habitaba en su vieja y destartada casa, se encontró sentada en un taburete frente a la barra pidiendo una copa de «algo rico con alcohol que quieras prepararme», esas habían sido sus palabras. Y con una sonrisa silenciosa, el delgado muchacho de dedos huesudos le preparó una mezcla deliciosa de la que se tomó tres copas, grandes copas.

Esa noche, tarde ya, caminaron juntos y se sentaron en un banco de un parque cualquiera y por primera y única vez, Emma desnudó su alma, mostró su verdad y lloró apoyada en un pecho desconocido.

Alan entendió que esa mujer chillona y malvada, que criticaba a todos sus compañeros y miraba por encima del hombro, era sensible y tenía problemas más graves que los de él. No podía auxiliarla, solo escucharla y acariciarle el brazo con afecto, cuando se dejaba abrazar. Pero se compadecía de ella, ¿cómo no hacerlo si una vez estuvo en un lugar similar?: con una madre enferma que poco colaboraba para estar mejor.

Desde ese día, Emma se sintió más cerca del muchacho. Algo similar a una amistad había nacido entre ellos y la sinceridad primaba en la relación. Alan no concebía otra cosa, no sabía mentir ni disimular. Se le notaba en la cara. Por eso, cuando Emma hablaba de querer llegar a tener ese tipo de vida que ni siquiera conocía de lejos, él sonreía y murmuraba: «Sueña en pequeño, Emma».

Pero Emma soñaba en grande. Había aprendido a hacerlo porque creía que era su única esperanza y se había aferrado tan fuerte a ese sueño, que ya no podía imaginarse sin él. Era como su tabla de salvación en un mar revuelto y estaba tan lejos de la orilla..., tan desesperada...

—¿Necesitas algo? —le preguntó acariciando su mejilla para secarle la lágrima rebelde.

—No, gracias.

Alan la miró a los ojos y le creyó. Esa mujer parecía no necesitar de nadie, nunca. Si no conociese su vida, contada por ella misma, creería toda esa sarta de mentiras con la que se había presentado. Era verdad que era mala y provocadora, incluso egoísta, pero él veía más que eso en ella y le gustaba, todavía no podía creerlo..., le gustaba mucho.

Emma se retorció en su dolor, lo hundió bien adentro de su corazón seco y miró de mala gana a una compañera de trabajo que ella juzgaba de estúpida. La verdad era que le parecía tan responsable y educada, tan buena persona, que le daba asco y bronca.

No se daba cuenta de que la envidiaba.

—¡Es tan creída...! —exclamó, con la voz limpia de cualquier amargura y Alan tuvo que parpadear varias veces para creerse el cambio

—¿De quién hablas?

—Esa... Rita, Rosa... como se llame. Todos sabemos que tiene novio y anda detrás del jefe de mantenimiento todo el día.

—Es Raquel y hace dos semanas cortó con el novio —murmuró Alan. Esa era la Emma que no le agradaba, con la que renegaba y por la que debía mantenerse alejado y convenciéndose de que no le gustaba todo de ella, solo su cadera... y el resto del cuerpo y esa mirada... y la sonrisa que a veces dibujaba solo para él... además de la fragilidad que ocultaba. No todo.

—Siempre estás al tanto de los chismes, ¿cómo lo haces?

—Cuando veo algo raro, intento averiguar la realidad, no me creo mi fantasía como si fuese la verdad absoluta, como haces tú. Te encanta señalar con el dedo, Emma, y no mirarte al espejo para descubrir que tú también tienes «tus cositas para criticar» —dijo Alan, casi sin respirar, eran muchas palabras y no estaba acostumbrado a hablar tanto, solo ella lo lograba.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que dije.

—Eres insoportable y muy arrogante —dijo, y lo dejó solo.

—Si tú lo dices.

Emma se alejó enfadada con él y con ella misma. Odiaba sentirse vulnerable ante Alan y más odiaba esa sinceridad que lo caracterizaba. Le molestaba la naturalidad con la que aniquilaba sus defensas vestidas de impertinencia, que ella había inventado hacía tanto tiempo que ya ni recordaba ser de otra manera. Necesitaba creer que todo el mundo erraba, que eran tan o más imperfectos que ella misma. De esa manera, se sentía normal y pertenecía al montón de personas que no servían para nada, como su madre le decía una y otra vez, día tras día.

Por supuesto que ese mecanismo de defensa era inconsciente y Emma, sin reconocerlo ni para sí misma, sufría por ello.

—¿Te gusta? —escuchó que le preguntaban con una voz demasiado dulce. No podía ser otra que Rita... Raquel.

Se dio cuenta que no había retirado la mirada de Alan y que estaba absorta en cada movimiento que él realizaba.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Alan? No, no, simplemente, observaba a un idiota.

—Es guapo y tiene esa carita de bueno... —murmuró la chica, ignorando sus palabras.

—Ve a trabajar —exigió Emma sin tener la autoridad suficiente para hacerlo. Esa chica lo tenía todo, hasta bonita era.

Otra vez, llevó su mirada hacia el rincón donde Alan acomodaba las botellas. ¿Le gustaba? Tal vez, pero la sacaba de su zona de confort demasiadas veces y de la peor manera: exponiéndola.

Murmuró por lo bajo otra vez, la culpa era solo suya. No podía mantenerse callado. Con ella no podía. Necesitaba hacerle ver que... ¿Qué? Ella sabía cómo era y le gustaba serlo, se lo había dicho tantas veces... Aun así, no quería creerlo, no podía.

Levantó la vista para observarla y ahí estaba otra vez..., simplemente, ella, con esa presencia que lo embrujaba, lo entorpecía y lo enojaba, con esa mirada que se le metía en la cama cada noche y lo hacía suspirar sobre la almohada, con ese cuerpo que lo obligaba a recordarla. Con ella no podía disimular su cara de tonto y no podía evitar hablarle, aunque fuera para mirarla a los ojos, para acercarse y volver olerla así podía pensarla mientras volvía a casa.

Tomó su cuaderno de canciones, ya no lo guardaba en su mesa de noche porque lo acompañaba allí donde iba, y agregó un par de frases a la estrofa inconclusa. Esa noche tocaba ensayo con el grupo.

Hubiese querido invitar a Emma a El 35 el viernes. No obstante, y pensándolo mejor, abandonó la idea. No quería escuchar burlas o críticas sobre su lugar de trabajo o su gente. Y eso era lo que esperaba de ella, ya había tomado a broma su sueño de cantar en un escenario cuando se lo había contado.

Los jóvenes de la aquella banda habían aceptado la propuesta de Alan de forma inmediata. Un lugar para tocar no era fácil de conseguir y fue justo lo que él les propuso, con eso los convenció. Después, les mostró las dos canciones que había compuesto y no pudieron decir que no. Estaban bien, pero las modificaron un poco. Alan no puso pega alguna, sabía que era inexperto y quería aprender. Además, no podía negar que los arreglos eran geniales. Estaba encantado con su inminente futuro.

Saúl estaba tan cansado de remar contracorriente en ese bar que dijo a todo que sí. Confiaba en el muchacho. Había escuchado a la banda, para él era solo ruido, sin embargo, algunos clientes decían que sonaban bien. Confió en ellos también. El viernes sería el día del debut.

\*\*\*

Alan no podía quejarse del fin de semana. Estaba feliz. Si pasaba esa felicidad a números, se alegraba más todavía: más clientes que de costumbre, más recaudación, cinco canciones y un bis por día, hasta el número que tiraba el tensiómetro de Saúl era bueno. El pobre venía con una mala racha de salud. Y como si todo eso fuese poco, podía sumar a la jovencita que le había regalado dos orgasmos fabulosos.

Se estiró en la cama, todavía agotado, pero quería disfrutar del día, bajar al bar para organizar la semana y visitar a sus vecinos. Tenía que comentarle a Roque su nueva decisión. Cerró los ojos por un momento, recordando a la exuberante mujer que había dejado su perfume en la almohada.

*Era linda, no hermosa, pero ese cuerpo suyo lo había atraído desde el escenario. La muy atrevida clavó su mirada en él y respondió con una sonrisa al guiño de ojos que él le dedicó, solo para comprobar que esa mirada estaba destinada a provocarlo. Las curvas enfundadas en un vestido corto, negro y con alguna transparencia parecían luces de neón en cada movimiento que ella hacía al compás de la música que su grupo tocaba.*

*Ni bien terminaron la presentación se acercó a ella con una sonrisa pícaro y quince minutos después de una charla insustancial se dieron el primer beso. Fue ella la que lo intensificó acariciándole los labios con la lengua. No necesitó más, era la invitación perfecta para invadirle la boca con un beso apasionado y luego, otro más.*

*A Alan no le gustaba dar esa imagen en público, era más bien reservado, por eso le tomó la mano y se la llevó hasta la oficina improvisada al fondo del salón, detrás de la barra. Ahí, sin tanta música y bullicio, pudo cruzar algunas palabras con ella. Sin embargo, la chica parecía que solo estaba interesada en sus besos... y algo más. Pudo notarlo cuando lo acarició por debajo de la camisa. Él se desabrochó un botón para darle más espacio, mientras le acariciaba el trasero con una mano y la otra bajaba camino hacia el prominente pecho izquierdo que la muchacha había elevado con ese sostén apretado. Su cadera, por inercia, se pegó a la de ella.*

*Un gemido femenino le hizo recobrar la cordura. A Saúl no le gustaba que él hiciese esas cosas en la oficina y era muy respetuoso con las palabras y solicitudes del viejo. En un instante, y sin previo aviso, se alejó de la morena curvilínea y le besó la punta de la nariz.*



—Lo siento, debo trabajar y si seguimos así... ¿Me esperas? Podemos continuar en un rato, en casa. ¿Estás sola?

—Con unas amigas, puedo convencerlas de que me dejen y esperarte a que termines.

—Nada me gustaría más —dijo, besándola otra vez y acariciando sus pechos para dejarle claro lo que la invitación incluía. Al parecer aceptaba porque una de las piernas le trepó la cadera y entonces ella se restregó contra su erección, que, obviamente, estaba presente desde hacía varios minutos.

Sonrió recordando más de la noche que habían pasado entre esas mismas sábanas que ahora lo tapaban. Debía cambiarlas y ponerlas a lavar. Lo haría después de una buena ducha y el almuerzo con Saúl.

Cumplió con todo lo que se había propuesto, incluso hizo el pedido de mercadería e incluyó un par de licores de los caros para esos tragos que le gustaba preparar. Una vez terminadas sus obligaciones laborales, pasó por la casa de sus amigos.

Entró por la puerta linderera al *sex shop*, esa era la entrada directa a la vivienda, atravesando un pasillo muy bien decorado por el dueño de la casa. Encontró a la pareja terminando de limpiar los trastos de un almuerzo tardío y lo invitaron a tomar un café. Mientras esperaba, pudo observar, una vez más, lo parecidos que eran. Ambos tenían una tupida y muy cuidada barba, la de Theo estaba un poco manchada de canas y mientras él, cansado de luchar con la calvicie inminente, se afeitaba la cabeza; Roque todavía no se animaba y acomodaba sus cuatro pelos castaños hacia atrás. Ambos se vestían de forma casual, siempre andaban con camisas y mostrando sus vellos del pecho, sus *muchos* vellos del pecho, con orgullo. Pensaban y actuaban de forma parecida y sus consejos eran también similares. La única diferencia radicaba en que Roque era abiertamente chismoso y Theo lo disimulaba un poco.

Alan admiraba la complicidad y afinidad que tenían. Él no la había tenido con su novia, debía reconocerlo, tal vez eso los llevó a la ruptura. No obstante, no se arrepentía de nada: ni del noviazgo ni de la disolución del mismo.

—Roque, nos llamaron para trabajar en una fiesta. Será en dos semanas, pero creo que no aceptaré —dijo.

«Si dejo lo comenzado en el bar, Saúl me mata y, además, parece que fue una buena idea lo de la banda en vivo», pensó después.

—Ya sabes que no necesito ese trabajo, lo acepto para darte una mano. Y tú tampoco lo necesitarás más. Fueron exitosas las noches del viernes y sábado. Muy exitosas a juzgar por tu compañía, la vi mientras subías la escalera hacia tu ático —dijo Roque elevando las cejas varias veces.

Alan siempre se reía de la palabra ático. Su amigo era demasiado exagerado y, a veces, un poco *snob*. Su espacio era más bien pequeño y muy simple para esa palabra tan refinada, eso le parecía a él.

—Ya sabía yo que no me lo dejarías pasar.

—Deja a Alan en paz, cariño. Que nos lo cuente cuando quiera.

—¿Nunca? —preguntó en tono de broma ante las palabras de Theo—. Solo para que dejen de molestar: no quedamos en volver a vernos y tampoco me interesa. Tengo otras ocupaciones y no necesito una mujer en este momento de mi vida.

—Te lo dije, Theo —murmuró Roque, y Alan soltó la carcajada negando con la cabeza. Era muy consciente de que su vida amorosa, o sexual, era la conversación preferida de sus amigos—. Entonces, volviendo al tema de las fiestas, no te preocupes. Ya tienes suficiente con dos trabajos, Alan.

\*\*\*

Emma había tenido un sábado de locos y un domingo endemoniado.

Al llegar a casa, el viernes por la noche, su madre estaba insoportable, con un mal humor terrible. Hasta la enfermera había desistido de darle la comida y bañarla. Además, tenía un poco de fiebre por lo que había preferido no desnudarla. El sábado, esa temperatura había subido lo suficiente como para preocuparse. El médico, al que le consultó telefónicamente, le recomendó llevarla al hospital. Eso hizo, con todos los inconvenientes y gastos que implicaba mover a su madre, porque requería, obligadamente, una ambulancia para hacerlo. Allí recibió la muy mala noticia de que debía dejarla en observación, o sea, internada, más gastos... más deudas.

No se atrevía a llorar, no podía debilitarse ni quería. Su fortaleza debía mantenerse intacta, porque de ella dependía para subsistir.

Mientras cuidaba de la mujer enferma y supuestamente débil, recibió quejas y gritos varios. Su madre había adquirido recientemente la habilidad de insultarla groseramente y lo hacía tan bien que esos insultos atravesaban sus defensas. No podía mantenerse inmune a ellos porque al decirlos, la cara de desprecio de su progenitora prometía sinceridad. Su madre la odiaba, se lo demostraba y decía sin reservas.

Su sensibilidad estaba a flor de piel y aprovechaba esos momentos para hacer fotografías. Cuando podía escabullirse de la habitación del hospital, deambulaba, fotografiando por instinto imágenes que su mente elegía. El resultado de ese día había sido nefasto, los retratos eran casi dolorosos de ver. No había conseguido atrapar más que sufrimiento en cada disparo del obturador.

El domingo, amaneció entumecida, habiendo dormido en un sillón duro y desgastado no era para menos. Aparentemente, su madre debía permanecer internada porque padecía de una infección urinaria y, dado su estado precario, así lo preferían los médicos. A Emma le resultó placentero, por un lado, escuchar eso, así podría descansar bien en su casa después del trabajo; no obstante, era un cero más que se agregaba en su deuda. A esas alturas, ya impagable, eso suponía.

El lunes, su aspecto era desastroso, por tercera vez fue al vestuario de empleados para arreglarse el maquillaje y, como si sus problemas quisiesen competir entre ellos, manchó su blusa celeste con *rouge*. El gerente del hotel era un hombre muy pulcro y exigente con el aspecto del personal, por eso debía desaparecer esa mancha sí o sí. Se quitó la prenda con furia e intentó mantener a raya las lágrimas de impotencia.

Era frustrante no poder tener un día de descanso, uno solo sin tener que pensar en la mierda en la que se había convertido su vida. Bufó sonoramente mientras trajinaba con la mancha, ya casi salía. Cuando lo hubo logrado encendió el secamanos que tiraba aire caliente y allí debajo puso la blusa. No oyó el sonido de la puerta al abrirse.

El vestuario era mixto ya que no se utilizaba para cambiarse ni ducharse, ella no lo sabía, casi no iba por allí.

Alan sí lo sabía, solía ponerse la camisa del uniforme cuando llegaba a destino, para no arrugarla o ensuciarla en el camino. Entró dando las buenas tardes al notar una presencia y se paralizó al levantar la vista y reparar en el torso casi desnudo de la escultural mujer que lo tenía loco. Ese sostén de encaje no ocultaba nada, si al menos fuese negro y no blanco... No se privó de observarla, le encantaba esa mujer, muy a su pesar.

—Hola. Disculpa, mi blusa se manchó —susurró Emma, dándole la espalda.

No era una buena idea, a Alan le gustaba también esa cadera prominente resaltada aún más

por la estrecha cintura que la falda dibujaba. Intentó retener un suspiro para poder responder sin que se notase su falta de aire.

—Las disculpas las pido yo. ¿Quieres que me vaya? —preguntó solo por compromiso, y entonces la miró a la cara, justo cuando ella la giró para sonreírle y decir no—. ¿Estás bien? Pareces estar a punto de llorar.

Alan se acercó a ella para darle consuelo en caso de necesitarlo. Ella dudó en responder y al no encontrar palabras cerró la boca, no quería mentirle, tampoco contarle, porque quería olvidarse de todo por un momento.

Alan bajó su mirada a los labios pintados de un rojo suave, su visión alcanzaba a divisar un poco de ese pecho abultado y precioso que tenía cerca, tan cerca.

—¿Me besas? —pidió Emma. Por una vez en la vida quería dejarse llevar. Alan le gustaba, jamás lo reconocería en voz alta, pero eso pasaba. Un beso, de esos que hacía tanto tiempo que no le daba a un hombre que de verdad le atraía, era lo que necesitaba para borrar de la memoria su espantoso fin de semana.

Alan no habló, dudó un segundo, uno solo, y luego, atrapándole la nuca con una mano y abrazándole la cintura con el otro brazo, lo hizo. La besó con un deseo que lo tomó por sorpresa. El gruñido le salió de lo más profundo de su pecho en el mismo instante en que sintió la tibieza de la piel femenina atravesando la fina tela de su camiseta.

Emma enredó sus dedos en la coleta que ataba el cabello de Alan y acarició con las palmas el cuero cabelludo desnudo. Su lengua se movía de forma descarada acariciando la de él. El aire se estaba poniendo espeso y caliente, como su propio cuerpo. Era una sensación maravillosa que extrañaba, no había sabido cuánto hasta ese instante.

—Tócame —rogó, casi al borde del llanto.

Alan lo hizo sin pedir explicaciones. Apoyó sus manos en la espalda descubierta y la recorrió con maestría. Luego, hizo lo mismo con los senos. El gemido de Emma lo encendió más de lo permitido estando en su lugar de trabajo. ¿Qué demonios estaban haciendo?! No se distrajo, su deseo era superior a su responsabilidad. Con un dedo deslizó la tela para liberar esas dos cimas que pedían su atención, y se la dio, apretándolas y retorciéndolas. Otro gemido, delicioso y estimulante, lo invitó a seguir.

Emma necesitaba más. Una nueva sensación estaba desatando su cuerpo, una necesidad nunca experimentada con un solo beso y un par de caricias, y quería confirmar que podía. Con urgencia tomó el cinturón de Alan y se dispuso a desabrocharlo. Entonces, él reaccionó.

Alan detuvo cualquier movimiento propio y evitó los de ella tomándola por las muñecas.

—Esto no está bien, Emma —dijo jadeante y mirándola a los ojos.

Nunca había visto a Emma así de encendida, sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios más apetecibles. Su pecho, descubierto ahora, subía y bajaba y se ganó su mirada otra vez. Quería seguir, claro que sí, la deseaba con locura, pero no podían, no ahí.

Emma tomó a mal esas palabras. Le sonaron a rechazo, justo en el momento en el que por fin su cuerpo necesitaba un placer que jamás pedía. No reparó en el lugar, solo en el momento, en las palabras, en las manos de él frenando las suyas... y lo odió.

Había podido vivir sin satisfacer esa exigencia carnal y seguiría haciéndolo.

—Es cierto. Solo fue un momento de debilidad. Hace tiempo que no... Olvídalo —dijo, intentando sonar despreocupada, y volvió a encender el secador de manos.

—Emma, mírame.

Pero ella no lo hizo. En silencio y con rapidez se puso la blusa y huyó. No se enfrentaría al rechazo de nadie, le sobraba con el de su madre, no necesitaba uno más y mucho menos el de

alguien que no tenía nada para ofrecer.

Nada le salía bien. Estaba tocando fondo. Necesitaba escapar de su realidad.

Llegó a su atril y vio entrar a dos hombres. Con una sonrisa radiante, uno de ellos le pidió una mesa para dos. Emma escudriñó la mano izquierda en busca de un anillo o marca de alguno y no encontró nada.

Acababa de sellar el destino posible de ese hombre, lo convertiría en su presa, en su vía de escape, en la solución de sus problemas.

## Capítulo 5

Hacía solo cinco meses que Alan conocía a Emma y ya podía confirmar que se había enamorado de ella como un estúpido.

Nunca consideró que enamorarse fuese doloroso o molesto siquiera.

Había disfrutado estándolo: mirar embobado a su novia; compartir momentos, proyectos y amigos; besarse en cualquier lugar y solo porque sí; abrazarse por la calle o caminar de la mano; incluso las riñas le traían lindos recuerdos. Sin embargo, con Emma todo era diferente. No entendía de dónde nacía ese enamoramiento.

Ella no lo trataba de la mejor manera, a veces se mostraba antipática y hasta histérica, nunca sabía qué podía esperar de ella y, por momentos, era cruel por su sinceridad, porque no era de las que cuidaba las palabras al dirigirlas a otra persona. Parecía que todo eso se esfumaba cuando la mujer lo miraba o mantenía con él una conversación cordial y ni hablar si ella le sonreía de verdad, mostrando una felicidad que aparecía de forma tan efímera que hasta podía pensar que era su imaginación. Esos instantes eran gloriosos y lo hacían pensar que ella también se sentía atraída por él. Luego, aparecía coqueteando con ese riquillo que la frecuentaba desde hacía un tiempo y entonces moría de celos, se ponía furioso y otra vez se preguntaba los motivos que tenía para estar tan prendado de ella. ¡Se sentía tan tonto...!

Emma no negaba querer ser una explotadora de maridos. Jamás había cambiado su discurso de presentación y tenía los objetivos tan claros que a Alan le producían asco. Aun así, cuando esos ojos tristes se ponían llorosos y ojerosos, la volvía a amar. Parecía no tener razones válidas para adorarla de esa forma, de todas maneras, lo hacía.

Conocía la realidad que Emma vivía en su casa con su madre enferma y malvada, y le había contado también sobre las deudas que la estaban tapando. Nada la justificaba, pensaba Alan. Él había pasado por algo parecido y no se convirtió en una persona despreciable como parecía querer ser ella. No podía entenderla y lo peor de todo era que tampoco podía entenderse a sí mismo.

Volvió a dar un último vistazo hacia el atril de recepción donde Emma estaba de pie, preciosa y sonriente, tomando la mano de ese hombre que le sacaba tantos años que hasta podría ser su padre, y bufó negando con la cabeza. No quería ponerse de mal humor. Tenía ensayo y necesitaba concentración porque el viernes presentarían un tema nuevo, uno escrito por él.

El 35 estaba resurgiendo de sus cenizas. Estaba contento con ello, y ni Emma y su desinterés por él podían empañar la satisfacción de los logros alcanzados. El bar, ahora se llenaba los fines de semana, no obstante, todavía tenían que trabajar en ideas para el resto de los días. Para eso, ya tenía reservado el dinero, como lo había pensado en su momento, compraría el equipo de karaoke para organizar noches divertidas. Los miércoles le parecían un día ideal, seguía analizando propuestas e ideas.

Pensando, exclusivamente, en el bar, llegó al negocio de Roque. Lo encontró abriendo una caja de productos nuevos. Jamás hubiese imaginado la cantidad de «juguetes sexuales» que existían.

—¿Qué te parece hacer una noche sexi? Exponemos algo de aquí y exigimos vestimenta provocativa. Ponemos música sensual y oscurecemos el bar...

—Y matamos de un ataque cardíaco a Saúl —afirmó Alan, interrumpiendo la palabrería sin sentido de Roque.

—Entendí, no es buena idea. Yo sigo pensando. ¿Cómo estuvo tu trabajo hoy?

—Igual que siempre.

—¿Emma?

—Igual que siempre —respondió Alan, elevando los hombros.

Se había sincerado con su amigo, solo porque la borrachera de una noche de sábado (el sábado posterior a enterarse de que Emma tonteaba con ese hombre mayor y adinerado) le bajó las defensas y quedó expuesto. Él sabía que ese individuo era el nuevo «proyecto de marido» de Emma y le dolía saberlo. Más le dolía no tener armas para luchar. El amor no era una que ella aceptase, Alan lo intuía. Para estar del todo seguro debería hablar con ella y no lo haría. Si un beso en el vestuario la puso agresiva y esquiva, no podía imaginar lo que pasaría si se le declarase.

—Si hoy ensayan, voy a verlos y me tomo una cervecita con mi chico —señaló Roque para aflojar el ambiente. No quería ver a su amigo sufrir por una mujer que no lo valoraba. Y estaba seguro de que esa arpía no lo hacía.

\*\*\*

—Si me esperas media hora... —susurró Emma, dejando el final en suspenso para que Miguel aceptase hacerlo. Su voz era seductora y su actitud provocadora, sabía cómo encantar.

—No puedo. Hoy no vengo a buscarte, Emma.

Miguel Pineda era divorciado desde hacía tantos años que ya ni los recordaba. De ese matrimonio, lo único rescatable eran sus tres hijos. Algo bueno hizo como padre si hoy elegían estar a su lado y no viviendo a más de diez mil kilómetros de distancia, cerca de donde estaba su madre. Claro que ya eran dos hombres y una mujer de bien, casados y alguno con hijos. Era abuelo y uno muy feliz de serlo, por cierto. Cincuenta y ocho años era los que tenía y, además, bien llevados, gracias a la buena vida que se daba con las ganancias de la fábrica de lácteos que fundó y vio crecer, y las muchas hectáreas de campo heredadas de sus abuelos.

Aquella lejana noche en la que Emma le había contoneado la cadera para llamar su atención, se dijo que iba siendo hora de probar eso de mantener una relación amorosa con una jovencita. No se animaba a bajar su vara demasiado, si estaba entre los treinta y cuarenta parecía suficiente. Emma no le atraía, además, apreciaba la sencillez y la elegancia femeninas, y esa mujer no tenía ni lo uno ni lo otro, no obstante, no repararía en ese detalle porque para sus intenciones servía.

No le fue difícil concretar una cita, la muchacha parecía estar esperando la invitación... o provocándola, tampoco repararía en eso. Ni en el hecho de que pronto le cayera tan bien y pasaran momentos tan agradables como para comenzar a hacerle promesas futuras de viajes y algún tipo de relación más seria. No se había equivocado en su selección.

Emma estaba viviendo momentos impensados. Miguel era caballero, divertido y hasta guapo. No le gustaba mucho, solo lo suficiente como para no rechazar sus besos y no tener náuseas al sentir su lengua rozándole los labios. Peinaba canas y sufría de las cervicales, eso le agradaba menos. Ser enfermera de un viejo con achaques no estaba en sus planes, ya tenía suficiente con serlo de su madre. No obstante, el dinero pagaría una asistente muy buena y certificada para ambos. Si el dinero sobraba, el resto no eran problemas. Se volvía todo solucionable con un par de billetes, de eso estaba tan segura como que Miguel los tenía en cantidades. Bastaba con ver el coche, las marcas de su ropa y zapatos, su reloj... y el color de su tarjeta de crédito.

Con tantas atenciones, y sabiendo que había acertado en la elección de su trofeo, casi olvidaba que Alan la había besado despertando su cuerpo de un letargo que parecía eterno... Casi, porque ahora, esa insatisfacción que desconocía como propia la despertaba por las noches y la volvía errática y resentida, además de vulnerable. No podía mirarlo sin sentir ganas de rogarle que le acariciase los pechos otra vez, para recrear esa sensación que cosquilleaba en su vientre solo por recordarlo. Tan necesitada estaba, de ese fuego vivo que había sofocado su cuerpo por escasos minutos, que estaba dispuesta a entregarse a Miguel. Dejaría las excusas de lado.

Por primera vez, desde hacía más de doce años, si no recordaba mal, se acostaría con un hombre que no le gustaba lo suficiente como para hacerlo.

Cierto era que había tenido alguna *cosita* con sus amantes, fueron toqueteos y demás, pero sexo, como tal, nunca. Tampoco tuvo una relación duradera como para habérselo planteado siquiera y con sus excusas pudo mantenerlos alejados mientras tanto. Sin embargo, el tonto de Alan y sus caricias la obligaban a cavilar una idea que todavía no la convencía.

Al verlo salir, después de advertir cómo la observaba con esa cara de bueno y el corte de pelo espantoso, pudo dejar de sonreír.

Miguel se despidió besándole los nudillos, no podía acercársele más estando en el trabajo. Debía cuidar su puesto, por las dudas de que nada funcionase como pensaba.

El hombre tenía un viaje de negocios programado y no lo vería por varios días. Ese tiempo sería el que Emma se tomaría para meditar y analizar opciones. Además de trazar una estrategia segura para atrapararlo sin darle posibilidades de escapar. Ya se le agotaba el tiempo.

Al llegar a casa se encontró con una ambulancia en la puerta y a su madre siendo ingresada en ella. La mujer estaba con los ojos cerrados y tenía la piel del rostro tan blanca que asustaba. La enfermera que la estaba cuidando llorisqueaba aterrada y, al verla, la abrazó. Temblaba.

—Emma, tu madre se descompuso, tuvo convulsiones y perdió el conocimiento.

—Tranquila, Lupe. ¿Cómo está? Es mi madre —expuso ante el enfermero que se acercaba hacia ambas para contarles los pasos a seguir.

—Un gusto, señorita. Su madre está estable ahora, pero débil y sus signos vitales...

—No me explique más, no perdamos tiempo.

—Entiendo. La ayudo a subir. Va con ella, imagino.

Se despidió de Lupe, prometiendo llamarla con más respuestas, y tomando la mano que le tendió el enfermero subió a la ambulancia. Durante el viaje acarició la fría piel de su madre, todavía le daba placer hacerlo, siempre que esta estuviese dormida o sedada, y sonrió con ternura y tristeza.

Sin saberlo ni pensarlo, Emma necesitaba la aprobación de la única persona constante en su vida, nada menos que su progenitora, quien la parió con dolor y la trajo al mundo. La misma que le había reprochado ese dolor incomparable y pedido, al mismo tiempo, el agradecimiento por haberlo hecho muy a su pesar. Para Emma ese pedido había sonado a exigencia y deber. Estaba cumpliendo su obligación con creces, soportando lo indecible con aguante y perseverancia.

Tres días de internación y otra cuenta de varias cifras tuvo como resultado la agonía de su madre. Emma pensó que por fin descansaba en paz, eso especulaba, eso quería, eso había soñado tantas veces... Quería creer que, estuviese donde estuviese, sonreiría, dejaría de quejarse y olvidaría el hecho de haberla tenido como hija, acumulando un odio insano. Era muy consciente de que esa enfermedad que la había aquejado tantos años era producto de una dañina debilidad emocional.

«La gente no puede pasar por la vida enojada, sin sueños y cargando odios», reflexionó, analizando la pobre existencia de la mujer que se había ido en una fría cama de hospital, sin

embargo, jamás advirtió que esa frase debía susurrársela hasta entender que ella misma cargaba con esa cruz.

Esa tercera tarde que no fue a trabajar estuvo firmando papeles y decidiendo, más con el bolsillo que con las ganas, la forma de despedir a quien la había traído al mundo.

El dolor por la pérdida estaba dentro, claro que sí, y agujereaba su alma más aún de lo que ya estaba. Aunque, debía reconocer que el alivio de sentirse libre quitaba esa losa que la aplastaba contra la angustia y el desconcierto de encontrarse deseando una muerte que debería querer retrasar por siempre. Esos pensamientos la hacían sentir una mala persona.

Su jefe le dio unos días libres, pudo darse el lujo de hacer el luto deambulando por su casa en camisón y con los ojos hinchados. Deshacerse de todo lo que le perteneció a su madre la hizo tomar consciencia de que esa casa pronto debía ser vaciada, incluso, de sus propias pertenencias. Ya no podía costearla más y tampoco necesitaba la habitación extra o la cocina grande para pasear una silla de ruedas... Otra vez las lágrimas interrumpieron sus pensamientos pragmáticos, necesitaba ser racional, definir su futuro inmediato. Esa palabra: futuro, le trajo a la mente a Miguel. Le envió un sencillo mensaje de texto contándole lo sucedido y pidió que le avisase el día de su regreso.

Por más que no le gustase reconocerlo, necesitaba una palabra de cariño, alguien que le ayudase a secar sus lágrimas, que la abrazase por eternos minutos acariciando su espalda... y Miguel se estaba ganando un bonito lugar entre las personas que sabían mimarla.

Ya era bastante tarde, no había notado el paso de las horas. Se dio una ducha larga y reparadora, se puso crema en el cuerpo y comió un sándwich de lo que encontró en casa. Ya casi siendo la hora de dormir, el timbre la sobresaltó. No esperaba a nadie.

Alan, al ver el atril vacío aquel primer día, supo de inmediato que algo había pasado. Al segundo día, ya se puso nervioso y, por no querer alarmar a nadie, prefirió hablarlo con su amigo.

—Llámalo intuición —rumió al teléfono, Roque no quería confiar en su presagio.

—Pregúntale entonces —ordenó su amigo. Y eso hizo con un mensaje de texto, por cobardía no quiso llamarla por teléfono.

Y tres días sin respuesta eran todo lo tolerable. Alan estaba asustado y preocupado. ¿Acaso nadie más lo estaba en ese maldito restaurante?! Parecía que no. Intentó averiguar con sus compañeros sin lograr ninguna información, hasta que esa tarde, por fin, su móvil vibró con la llegada de una respuesta.

Se enteró de que Emma había pasado sola por todo lo que significaban una internación, una posterior muerte, el velorio... y el luto... Necesitaba verla, quería contenerla y hacerle saber que contaba con él para lo que fuese que necesitara. Si es que necesitaba algo. Siendo ella, no podía asegurarlo.

Al principio, se lo impidió. Una simple respuesta, que sonaba muy a su estilo, lo mantuvo inmóvil: «Necesito estar sola», había escrito y el respetó ese pedido por unos días más.

El gerente fue difícil de convencer, sin embargo, le dio la dirección de Emma. El hombre no sabía qué tan sola podía estar esa mujer. Él tampoco, pero lo intuía. Lo único que esperaba era no encontrarse con ese nuevo amigo: el vejestorio.

—¿Qué haces aquí? —fue la pregunta de Emma, al abrir la puerta, largada casi con enojo.

—Lo que hacen los amigos. —No esperaba un recibimiento más acogedor de parte de ella, pero sí un saludo. Bufó y entró a la casa, no aprendía... no aprendía. Ella era así y él no quería reconocerlo—. ¿Cómo estás?

—No lo sé —respondió ella. Era cruelmente sincera y eso alejó el enojo de Alan. Al verla



tan vulnerable, la abrazó con fuerza y sintió la tensión al principio, luego notó cómo se relajaba al calor de su pecho. Era una delicia poder consolarla, olerla, acariciarla—. ¿Tienes que trabajar?

—Ya no.

—Necesito emborracharme, no me animé a hacerlo sola. Tal vez así pueda dejar de pensar, de revolverme en mi sufrimiento. Quiero anestesiar mi dolor, mis miedos, mis preocupaciones —susurró mientras ponía sobre la mesa un par de vasos y tres botellas a medio vaciar de bebidas alcohólicas baratas.

Alan supuso que con un par de tragos de cualquiera de ellas terminaría bastante mareada y al otro día la resaca sería insoportable. Prefirió graduarle la cantidad sirviéndole él mismo y estar atento. Ya adivinaría el aguante que tenía.

A las tres copas, Emma reía de tonterías y a la cuarta, sucumbió al llanto. En ese instante, Alan dijo basta y escondió las botellas cuando ella anunció que iba al tocador. Sus propias cuatro copas también estaban haciendo estragos en sus frenos. Ver las piernas de Emma al desnudo no era sano para su juicio, que estaba velado por la desinhibición del alcohol y animado por el amor y el deseo.

—¿Me sirves otra? —susurró Emma desde atrás, y luego se dejó caer sobre el sofá, apoyando su cabeza sobre las piernas de Alan.

El camisón se levantó lo suficiente como para dejar ver una ropa interior muy bonita, eso pensó Alan. Sin embargo, se distrajo teniéndola tan cerca, la observó a conciencia y se dejó observar. Mimó el cabello largo y despeinado y con los nudillos le acarició la mejilla. ¡Era tan atractiva!

—Tu boca es rara —murmuró Emma. Estaba absorta estudiando en detalle cada rasgo del rostro masculino, ¿siempre había sido tan guapo?—. Es bonita, mejor dicho, es perfecta, casi parece de mujer. Podría pintarte, un día, esos labios tan lindos.

—A mí, lo que me gusta es tu mirada —susurró Alan y no mentía, adoraba sentirse observado por ella—, es inquietante y si la dejas sobre mis ojos más de cinco minutos se me pone dura.

Emma sonrió con picardía, nunca había escuchado a Alan decir una palabra malsonante o burda, tampoco hablar tanto y, mucho menos, sobre sus partes íntimas. Era más discreto a la hora de dialogar. Ella era siempre la que terminaba parlotando, por eso se había sorprendido al escucharlo. Le gustaba verlo sonrojado. Tal vez, se arrepentía de semejante declaración, porque lo era, y le gustaba.

Alan sintió que su sinceridad estaba demasiado fuera de lugar y momento, no obstante, Emma parecía haberla recibido con gusto.

—Y a mí, tu forma de caminar... es tan despreocupada... caminas casi con descaro. Parece que nada te importa, tu seguridad es aplastante —suspiró al decirlo, recordando ese ir y venir que la ponía nerviosa y adivinando lo que ocultaba debajo de esos pantalones enormes y esas camisas mal arremangadas.

—Si hablamos de formas de caminar, la tuya es abrumadora —le replicó él al oído. El juego se estaba poniendo peligroso, pero definitivamente, no sería él quien lo dejase a medias. «Tu llegada impresiona con todas esas curvas, la lentitud con la que te mueves y esa cadencia que tiene cada uno de tus pasos, y cuando te vas...», pensó, pero solo pudo decir—: No puedo sacar la mirada de tu cadera. Me robas suspiros. Me dan ganas... —el silencio y el recorrido de sus ojos siguieron con la frase muda.

Cada centímetro de las piernas de Emma fue mimado con los destellantes ojos de Alan. Una mano cobró vida propia e imitó el camino. Las yemas de los dedos de Alan eran suaves y despertaban

sensaciones maravillosas en ambos.

Emma cerró los ojos volviendo a disfrutar esa espera deliciosa, la corriente que surcaba su columna una y otra vez, la involuntaria agitación de sus latidos... y entreabrió los labios.

—Ponte de pie, quiero verte —pidió Alan y se mordió el labio inferior al percibir que ella obedecía con cara de pícara. Las cartas estaban echadas, eso parecía.

Emma se mostró ante él. Estaba en una nube de deseo de la que no quería bajar. Ese hombre le gustaba más que lo que era capaz de reconocer. De cualquier manera, su camino estaba muy alejado del de él porque su realidad se imponía y superaba cualquier anhelo de felicidad que en ese instante nublaba su juicio. Era muy consciente de ello y también de que su angustia estaba anestesiada como quiso desde ese primer sorbo de licor, lo que no había tenido en cuenta era que su libido estaba desenfrenada por la misma causa.

Cerró los ojos al percibir las caricias subiendo por sus piernas, por la parte de atrás, hasta llegar a sus nalgas y el apretón fue inesperado, deliciosamente inesperado. Soltó una risa seductora que a Alan le produjo más morbo. La giró sobre su eje y, sin pedir permiso, amasó ese trasero que le quitaba horas de sueño. Su tentación fue a más y se dejó llevar.

—¡Auch!, me mordiste.

—Perdón, no pude resistirme. Te dejé los dientes marcados —murmuró, acariciando la zona y sin despegar la mirada de esa tanga preciosa, aun sin detalles ni encaje. En dos segundos se puso de pie y se apoyó en ella, necesitado de contacto. Quería creer que su suerte era real y no otro de sus sueños húmedos. Inspiró sobre el cuello de Emma al sentirla sobre su cuerpo y se guardó el suspiro—. Voy a cumplir una de mis fantasías, ¿lo sabes?

Emma sonrió engreída. Ser su fantasía era la propia. Sentir las manos de Alan justo ahí, en sus pechos, retorciendo, apretando, pellizcando... invitándola a tener ese festín de sensaciones que le resultaban tan ajenas, tan lejanas y, a su vez, tan ansiadas. Se le escapó un gemido y no le importó no disimularlo. La piel se le erizó al completo al sentir los dientes en el lóbulo de su oreja y el aire tibio de una respiración indiscreta. Los ojos comenzaron a picarle, no quería ese tipo de emociones, necesitaba otras: más carnales, más instintivas, menos intensas.

—Hablas mucho —rezongó en un murmullo. Le bajó el pantalón, mientras él mismo se ponía un condón. Con un empujoncito lo sentó y se posicionó sobre él, de espaldas, solo quería sentir y no mirar. Exclamó al aire su satisfacción al sentirse unida a un cuerpo que le daba lo que pedía el suyo.

—¡Ah! —jadeó Alan, no lo esperaba tan rápido, pero lo disfrutó como un condenado a muerte. Era más de preliminares, de besos y caricias, sin embargo, no se quejaría de ir directo al grano—. Eres una diosa, sí.

Emma estaba eufórica, sus vaivenes se volvieron erráticos por estar sumida en una gloria que no esperaba así de vertiginosa.

Alan lo percibió y, en un ligero movimiento, la recostó sobre el sofá y se acomodó sobre ella. Quería no perder de vista ese sensual rostro y advertir el momento en que sus estocadas obraran magia. Volvió a hundirse en ella, en silencio. Emma respondió ofreciéndole sus pechos cubiertos por la fina tela de un camisón feo. Deslizándolo un poco, Alan pudo descubrir la piel y humedecerlos con su lengua, morderlos y jugar a buscar respuestas en la mujer que parecía un témpano de hielo, pero solo en apariencia. Podía ver la pasión con la que vivía su placer: los ojos se le cerraban, los labios se le abrían, las piernas le trepaban por la cintura pidiendo más, los brazos le apretaban la espalda rogando esa cercanía que no le negaba. No podía más.

Ella tampoco.

Un inesperado calor agobiante la dejó muda y casi sin aliento. Su cuerpo explotó en un

placer silencioso que le pareció hasta sorprendente cuando se evidenció en un gemido lastimero. Una solitaria lágrima recorrió su mejilla hasta desviarse para terminar cerca de su oreja, giró la cara para disimular.

Alan lo vio todo, incluso esas otras lágrimas que amenazaban con salir y estaban siendo retenidas en las comisuras de los ojos cerrados y apretados. Las secó con dulzura, con besos suaves.

Y entonces, una última estocada los llevó al cielo, o al infierno, ya lo averiguarían.

Los segundos que pasaron después fueron mudos, los cuerpos recobraron sus funciones normales, incluso la de pensar.

El cuerpo tenso de Emma seguía inmóvil bajo el del único hombre que no esperaba ahí. O, mejor dicho, que no podía permitirse ahí.

Con las manos bien abiertas, Alan le acarició la cara, la miró a los ojos y le sonrió. La adoraba, no había vuelta atrás, estaba enamorado hasta las trancas.

—¿Estás bien? —supo al instante de preguntar que ella buscaba espacio y se puso de costado, dándosele.

—Enseguida vuelvo —susurró ella en respuesta, sin mirarlo siquiera. Solo se permitió besarle los labios y mantenerse pegada a él unos largos segundos, en un arrojito que, seguramente, le aportaría un arrepentimiento inmediato.

Alan le sonrió y asintió dándole más sitio para moverse, no podía ponerse de pie tan fácil, tenía los pantalones enredados en los tobillos y el calzado puesto. La miró alejarse. Un miedo imprevisto se le acomodó en el pecho, agitando sus latidos. No permitió que eso le estropease el placer de verla con ese caminar tan presuntuoso, incluso vestida, o casi desvestida, con ese raído camisón.

En silencio, se dijo que era injusto que ella fuese así, se vistiese de esa forma tan insinuante, sonriese de esa manera y lo mirase con esos ojos vivaces. Susurrarle sin otra intención más que comentarle algo, coquetearle sin ser consciente, provocarlo solo por aparecer frente a su mirada... mostrarle ese contoneo peligroso que ponía su cuerpo torpe, deseoso, indomable... era injusto.

Emma se encontraba temblorosa frente al espejo, analizando sus emociones, desconocidas y desconcertantes, cabe aclarar.

—¿Era esto? —le preguntó a la mujer que se reflejaba acalorada, con las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y una sonrisa boba que no sentía dibujar intencionalmente. Sus recuerdos no le habían hecho justicia a la realidad.

Conocía su cuerpo, sus reacciones, esos lugarcitos que producían cosquillas y sus orgasmos. Sabía tocarse, estimularse, llevarse al éxtasis, pero sus finales eran explosivos y cortos, nada acalorados y a veces un poco frustrantes. También sabía que solo los lograba cuando la estimulación provenía de sus dedos, no de un hombre.

Ahora reconocía, muy a su pesar, que eso pasaba cuando el hombre era «cualquiera». Jamás hubiese adivinado que Alan tenía el don de satisfacerla como ningún otro, de desenmascarar esa verdad que ella se había obligado a creer por mucho tiempo y se ocultaba en sus temores, en sus malas experiencias, en un pasado que se repetía: no tenía ninguna disfunción sexual como había jurado tener, no era ni frígida ni padecía anorgasmia, ni siquiera tenía afanasis.

Por supuesto que había investigado sobre el tema, cobardemente, claro. Nunca había tenido el valor de acudir a un médico para un diagnóstico, por miedo, no quería escuchar lo que ella había adivinado. Sin embargo, en el salón contiguo estaba su respuesta. No era enferma, no tenía ninguna anomalía... Solo se había tratado de malas elecciones.

Se tapó la boca con la mano, quería reír a carcajadas y llorar a gritos.

El placer había sido extremo. Había alcanzado un goce sin precedentes, uno que le había abrasado el cuerpo y se lo había entregado a él, vencida y curiosa. La piel le ardía con solo recordarlo. Por fin, había sido satisfecha. Ahora quería más, mucho más placer de ese que le había resultado tan esquivo.

Se asomó para observar, sin ser vista, al hacedor del milagro. Mantenía esa cara de niño bueno incluso con su cabello alborotado. Sonrió al verlo desnudo y pensativo y su cuerpo se estremeció al recordar que esa cadera golpeaba con una eficiencia implacable.

Una lágrima se deslizó silenciosa, atormentándola. Alan no estaba destinado para ella y si lo estaba, desafiaría al destino. Su vida tenía un camino trazado y, si debía transitarlo sin placer, así sería. Había podido vivir sin él todos esos años. Al menos, ahora sabía que era solo cuestión de encontrar a un hombre que supiese tocarla bien, moverse bien... tal vez Miguel también sabría cómo.

—¿Estás bien? —preguntó Alan al verla llegar, incorporándose para acomodarse la ropa. Ella afirmó con la cabeza y sonrió. La mirada de Alan se cargó de lujuria y pillería otra vez. Emma era, según él, ese tipo de mujer que se degustaba en varios mordiscos, de diferentes maneras y en distintas intensidades—. ¿Te gustaría que nos diésemos un baño juntos?

—No, lo siento, Alan. Por si no te diste cuenta, estoy de luto. El alcohol es traicionero. Nos hace confundir y cometer errores imperdonables. —Emma lloraba por dentro, pero la única manera de liberarse de Alan era siendo sincera, había cometido un gran error. Tal vez, el peor de su vida.

Él atajó el golpe con destreza, estaba acostumbrándose a esa mujer que mostraba una cara y al segundo, la otra. Estaba muy seguro de que esa noche, él había conquistado ese cuerpo, lo había doblegado, se había adueñado de él y no había sido solo sexo. Recorrió ese camino de piel deleitándose en cada una de las curvas y, al final, se estrelló con una ternura que pocas veces vio en ese rostro, una fragilidad invisible que se había mostrado solo para enamorarlo más y, al mismo tiempo, lo había espantado.

Emma no estaba buscando un amor, buscaba una presa a la que hincarle los dientes y amarrarlo para exprimirlo. ¡Se lo había dicho tantas veces!, las mismas que él lo había puesto en duda. Pero ya no más. Ahora estaba seguro de que ella era una arpía que estaba dispuesta a todo por salir de una supuesta miseria, atrayendo otra más peligrosa: la infelicidad. De eso también estaba seguro.

## Capítulo 6

Definitivamente, los errores se pagan muy caros, pensó Emma al ver entrar a Alan. Un par de semanas después de aquel imperdonable encuentro íntimo (porque eso había sido, así lo había vivido), todavía soñaba con sus besos, con sus manos acariciándola, con su voz susurrándole que era una diosa y con el sonido de sus jadeos. Y al despertar, recordaba esa mirada abatida al sentirse rechazado por la otra Emma que habita en su interior, la que aniquila con palabras, la que se alimenta de sus necesidades y de sus temores más brutales.

La vuelta de Miguel aplacó su desconsuelo. El vestido y el par de zapatos que le trajo de regalo le robó la sonrisa más sincera que había dibujado en varios días. No era tan superficial como para ponerse feliz por tener algunas prendas de esas que salían en las revistas de moda, sino por el gesto, por recordar que ella lo estaba esperando.

La alegría se volvía amarga si advertía la mirada vigilante de Alan a la distancia, desde aquella barra que alguna vez había sido testigo de sus charlas. Quería volver a ser la misma con él, a tener esa especie de amistad que le parecía hasta necesaria, porque era realista: ella no tenía amigas y se lo ganó a pulso. Con su antipatía, egoísmo, envidia y malos comentarios a nadie le gustaba. Solo a Alan. Volvió a dirigir la vista hacia él, que ya se estaba acomodando en su espacio de trabajo, y le guiñó el ojo. Él respondió con una sonrisa fría.

Alan había meditado mucho, tal vez demasiado. Aquella noche, que parecía tan lejana, fue una de las peores que tuvo que sobrellevar. Con la frustración cargando sobre los hombros se había puesto de pie y, con dos comentarios que quiso que sonaran naturales, se marchó de esa casa destartada.

Volver al trabajo a la tarde siguiente, le pareció fácil en teoría, hacerlo fue lo difícil. Se le complicaba disimular su dolor y el retorno de ese hombre, el tal Miguel, no colaboraba.

Los días ayudaron a cambiar la perspectiva, y verla cada vez más lejana lo desesperaba. La extrañaba. Quería verla caminar hacia él en busca de una copa con algo «rico para tomar» y admirar ese «ir» tan delicioso. Aunque, si tenía que ser sincero, lo que más extrañaba era verla sonreír cuando se quejaba de que sus respuestas eran cortas o escuchar las críticas, a veces duras, que le hacía. Le encantaba que quisiese acomodarle las mangas de la camisa y también que le guiñase un ojo desde su atril. Justo como en ese instante. La sonrisa le salió sin pensarlo, estaba dolido, sí, y mucho, por eso había sido una mueca dura.

Su terquedad, esa que Roque llamaba obstinación, la misma que estaba haciendo florecer El 35 y convirtiéndolo en un compositor, guitarrista y cantante más o menos bueno, la que lo empujaba a cumplir sus sueños se hizo presente.

Emma, para él, no solo era una mujer hermosa, también era una persona compleja que poseía un pasado perturbador y un presente complicado. Con eso y todo, él la quería igual y, de ser posible, a su lado. Si analizaba cada acción de ella, la comprendía. Era capaz de ponerse en su lugar y entender que sintiese que, de verdad, necesitaba esa estabilidad económica que perseguía, una que jamás había tenido y le había traído muchos problemas. En ella no se trataba de un capricho frívolo y tonto. Para Emma, el dinero era sinónimo de una seguridad que a Alan se le antojaba engañadora, porque lo que él pensaba era que ella necesitaba que la quisieran de verdad,

sin importar nada más.

Quería demostrarle que él era capaz de amarla, de protegerla, de darle todo lo que ella necesitase. Por eso, levantó la mirada y le volvió a sonreír, esta vez con sinceridad.

La vio caminar hacia él, como le gustaba y con la cara iluminada por una expresión de alegría que hacía días que había desaparecido.

—Hola —susurró Emma. No entendía muy bien si esa sonrisa era la forma que él había utilizado para decirle que perdonaba su mal trato. No estaba muy segura de querer disculparse por ser sincera, tal vez debería hacerlo por ser demasiado directa, sin embargo, así era ella.

—Hola. Me enteré que ya te mudaste —dijo Alan, interrumpiendo sus pensamientos e intentos de comenzar una conversación con algo inteligente.

—Sí, lo hice hace unos días.

—¿Y qué tal? —Alan deseaba observarla, estudiar su comportamiento para seguir entendiéndola. Y, de paso, admirar ese rostro que lo hacía suspirar. Mientras apoyaba los codos en la barra, la vio elevar un hombro, como para restar importancia a su respuesta. La que estaba por pronunciar sin mirarlo, para evitar que notase sus ojos llorosos.

—La verdad es que me siento rara en un apartamento pequeño y sola. A veces, escucho a mi madre llamándome.

—Supongo que es normal. ¿Necesitas algo?

—Sí, la verdad es que sí —aseguró un poco avergonzada. No quería gastar dinero contratando a nadie y no podía molestar a Miguel con eso, ya lo había pensado—. Debo mover unos muebles de lugar y son muy pesados para hacerlo sola.

—Hoy puedo ir a ayudarte, tarde, cuando salgo de aquí. Ya mañana no podré, toco en el bar. —Alan sintió tanta emoción de poder tenderle una mano, que casi le explota el pecho.

—Me parece perfecto. Tampoco podría mañana, porque pedí trabajar doble turno.

—Bien, entonces te veo luego. Envíame la dirección al móvil.

Emma volvió a repasar con la vista el reducido espacio que tenía por hogar. No le disgustaba, tampoco le encantaba. Era lo que podía pagar. Una vez muerta su madre y elaborado el duelo, asumió que tenía que tomar decisiones. Había hablado con el banco, argumentó su incapacidad de pago y tuvo que entregar la casa para que la cuenta no siguiese aumentando. Los intereses que se sumaban a la deuda del hospital eran aterradores, por lo menos, le habían elaborado un plan de cuotas. Con los servicios e impuestos atrasados no pudo hacer mucho, solo apechugar e ir pagando de a poco.

Volvió a agitar las verduras y bajó el calor del horno. Eso la hizo tomar consciencia de que estaba esperando a Alan, algo en lo que no había querido pensar. Las piernas le temblaban. Ya no podía acercarse a él sin bajar la vista a esos labios que le seguían pareciendo un poco femeninos, aunque deliciosos.

El timbre la sobresaltó y se acomodó la camiseta, luego el cabello. Se sentía insegura y tonta haciendo eso. No quería tener nada más con él. Muy a su pesar, no *podía* tener nada más con él. Mucho menos, después de haber recibido la propuesta de Miguel de mudarse a su casa.

Fue tan imprevista la petición, tan repentina, que no pudo responder. Claro que no había sido una declaración romántica sino una pregunta más bien racional.

«Tengo una casa grande, estoy allí solo y tú necesitarás dónde vivir pasados estos tres meses. ¿No quieres mudarte conmigo?», remarcó Miguel, acariciándole la mano, cuando la dejó sin palabras al preguntárselo. Ella le estaba contando en ese instante sobre el alquiler a corto plazo de uno de los apartamentos que le había otorgado el banco, de los que tenía para tal fin, para

aquellos deudores que quedaban en la calle. Como ella. En su vida había pasado tanta vergüenza como esa tarde, pero él la había abrazado con cariño y consolado como todo un caballero.

Sus intenciones de tener sexo con Miguel habían quedado en esa sola idea. Con lo de Alan rompiendo sus esquemas, luego de la muerte de su madre, más tarde la mudanza... no obstante, si aceptaba convivir con él no le quedaban más opciones que resignarse a que debería hacerlo. Le gustaba cómo la miraba ese hombre, era considerado, los ojos no se le cargaban de lujuria cuando ella coqueteaba, no perdía el tipo cuando su escote era más profundo de lo aceptado, así y todo, parecía tenerlo atrapado en sus redes. La edad, quizá, se dijo, esa era la respuesta a sus dudas, y también la caballerosidad que parecía ser natural, no aprendida. Eso se llama, se convenció Emma, respeto hacia la mujer.

Basta de pensar en Miguel, ya hablaría con él.

Abrió la puerta con una sonrisa en los labios. Se le estaba haciendo muy fácil sonreírle a Alan y eso le preocupaba mucho, tanto como esa inmensa necesidad de sentirse entre sus brazos. No lo pudo resistir y se pegó al delgado pecho masculino para sentirlo cerca.

«Es solo un abrazo como símbolo de bienvenida», se dijo en silencio, y cerró los ojos al percibir las manos de él acariciándole la espalda y besándole la mejilla.

—Bienvenido, preparé comida —murmuró, separándose y dándole espacio para que entrase.

—No era necesario —señaló él, un poco mareado por el recibimiento—. No imaginé que sabías cocinar.

—Desde pequeña mi madre me enseñó. Ella aseguraba que a los hombres se los conquistaba, entre otras cosas, por el estómago; y ella quería que yo consiguiese candidato pronto para no tenerme cerca, además, decía que no valía lo suficiente como para que me eligiesen sin servir para algo. Decía que las mujeres hacendosas se casaban bien, por eso, me obligaba a cocinar, limpiar, coser. Por buscar la aprobación de ella, me volví buena en todos los quehaceres domésticos. Nunca la obtuve, de todas formas.

Emma estaba verbosísima por tenerlo tan cerca y tan expectante de sus movimientos, la miraba como maravillado.

Alan se había sentado en una de las dos sillas que rodeaban la pequeña mesa y la observaba trastear en la cocina.

—Lo siento —masculló, y pudo apreciar el dolor de Emma en esa mirada cargada de desilusión, la había sentido alguna vez.

—No te preocupes. Lo bueno es que ahora sé hacer de todo. Estoy un poco sensible, es eso.

—¿Cómo llevas el duelo? —quiso saber, por si necesitaba consuelo. Él estaba dispuesto a dárselo de la forma que lo pidiese.

—Depende del día. A veces, siento tanto alivio que me hace sentir que soy una mala hija, una espantosa persona.

—No lo eres.

—Sí, lo soy. En muchos aspectos lo soy. Ella era muy intensa y yo... ¿Podemos cambiar de tema? —preguntó, poniendo los platos servidos en la mesa.

—Claro. Déjame decirte que esto está delicioso.

—Gracias. ¿Tú cocinas?

—Lo necesario para no morir de hambre y tampoco malgastar el dinero comiendo fuera.

Emma agradeció que Alan fuese tan condescendiente en ese momento, otras veces había sido más crítico en sus acotaciones o respuestas.

A partir de entonces, la conversación se mantuvo alejada de los temas privados y cercana a bromas y comentarios sobre el trabajo, el restaurante y algunos clientes del hotel. Ambos pudieron distenderse y olvidarse de la atracción que tenían por el otro. Sin embargo, los cuerpos reaccionaban sin permiso.

Emma parecía estar en modo gatita en celo, sus movimientos sigilosos eran sensuales y su voz parecía un ronroneo. Alan suponía que era inconsciente, y lo era, ella jamás notó que estaba actuando de esa manera. Tampoco Alan notaba cuán ensimismado miraba la boca de ella, con un deseo casi doloroso. Las evidencias, en su caso, estaban volviendo demasiado estrecha la tela de su pantalón a la altura de su entrepierna. Hasta el perfume de ella parecía estar perturbándolo, recordándole que no debía olvidar que era esa la mujer de sus fantasías.

Emma se puso a lavar los platos y Alan le acercó las demás cosas que quedaban en la mesa. Ella no pudo no reparar en el bulto que se evidenciaba en el pantalón de trabajo y él se dio cuenta.

—Es involuntario y vergonzoso —murmuró elevando los hombros, acercándose a ella para entregarle los trastos.

—Yo... no sé... lo siento... —balbuceó ella, estaba un poco atontada y a medio camino de desdeírse a sí misma. La decisión de no mantener ninguna relación diferente a la amistad era indeclinable, en su cabeza lo era, parecía que su cuerpo quería opinar lo contrario.

—Soy yo quien lo siente. No puedo dominarlo, pero sí mis ganas, no te preocupes, tengo voluntad de hierro —suspiró al decirlo. Su orgullo estaba un poco dolido todavía. La deseaba con locura, la quería cada vez más, pero ella no parecía estar dispuesta a nada, al menos, no esa noche.

—¿Y para qué necesitas esa voluntad? —preguntó confundida. No había entendido lo que quería decirle. Lo tenía a su espalda, demasiado cerca, sentía el aliento en el cuello y la piel erizada en su nuca.

—Para no besarte y olvidarme de todo lo que nos separa.

—Alan...

—No te preocupes, tengo muy claro que lo que pasó fue un error de tu parte. Pero no de la mía, Emma. Me gustas.

—Alan... —volvió a decir, intentando frenar lo que suponía un avance de él, sin embargo, se equivocó. Lo vio girar sobre sus talones y acercarse al mueble grande que dificultaba el paso, camino al pequeño dormitorio.

—Supongo que este mastodonte es el que no puedes mover. ¿Dónde lo quieres?

Emma negó con la cabeza. Él la hacía plantearse demasiadas cosas con su sola presencia. «Me gustas», se repitió esas palabras en la cabeza, habían sonado preciosas.

«Tú también me gustas, me encantas», gritó su consciencia y los ojos se le cubrieron de lágrimas.

Su propia vida y las circunstancias la habían alejado tanto de ella misma, de su esencia, que ya no sabía ni quién era en realidad. No podía discernir si lo que hacía estaba bien o mal. Poco quedaba de la joven que alguna vez fue, que quería encontrar la felicidad enamorándose; esa adolescente se escondía detrás del materialismo y la superficialidad con los que ahora lidiaba en su vida de mentiras, insistiendo encontrar la tranquilidad en un compañero que cubriese sus necesidades económicas, y desconociendo que no eran esas las necesidades que quería, realmente, cubrir. Su alma rota pedía sanar en brazos de un buen amor y ella no estaba escuchando.

—Sí, quisiera moverlo hasta esta pared. Te ayudo.



\*\*\*

Volvieron a mirarse, estaban agitados por el esfuerzo. Tirados de cualquier forma en el sofá del salón intentaban recuperarse. Un mueble y otro más; después, un par de cuadros que colgar; luego, armar una repisa barata comprada por necesidad y no por gusto... Emma no había imaginado que Alan podía hacer todo eso en tan poco tiempo. Ella hubiese tardado días en hacerlo sola.

—Gracias, Alan.

—De nada. Para eso están los amigos, ¿no? —Ella sonrió en respuesta. Creía que le debía una explicación y se la daría. Él era muy bueno con ella, no se merecía más que su sinceridad.

—Alan... Lo que pasó aquella noche... No, no, déjame hablar —le pidió cuando vio que quería interrumpirla—. Te voy a contar la historia larga, necesito que me entiendas. Cuando era una adolescente me enamoré de un vecino. Amor de esos que despiertan las hormonas y nada más, hoy lo sé. El caso es que mi madre no quería que anduviese por la calle mucho tiempo y me tenía muy controlada. Yo me escapaba igual. Una tarde, los padres de él no estaban en casa y nos acostamos. Fue mi primera vez y fue un desastre. Él me preguntaba: ¿sientes algo? y yo no sentía más que dolor y molestia. Cuando él terminó de bombear sin pausa ni calma, tuvo su orgasmo y salió de mí. Nos vestimos rápido y me acompañó a casa. Le teníamos pánico a mamá. Una semana después, lo intentamos otra vez y días más adelante, otra. Yo no sentí nada nunca, eso creo. Supongo que éramos lo suficientemente inexpertos como para hacerlo bien. Hasta que un día, lo logré. Tengo el recuerdo de esa tarde, tal vez, un poco idealizado por el tiempo transcurrido, pero fue electrificante: mi cuerpo se revolucionó y se acaloró. Era una novedad hermosa y placentera. Para entonces, mi madre comenzó a tener sus primeros síntomas. Ella trabajaba, pero empezó a cometer errores, se le caían las cosas, tropezaba y, a veces, necesitaba ausentarse por sentirse mal. Fue perdiendo un trabajo tras otro, yo tuve que ponerme a buscar algo para ayudar económicamente. El dinero comenzaba a faltar porque mamá ya tenía sus gastos de medicinas, estudios y doctores.

—¿No tenían plan médico, obra social, algo?

—No, sin trabajo estable perdió ese beneficio. Al empeorar ella, fui yo la que tuvo que ponerse firme con el trabajo. Terminé la escuela y eso hice. Te imaginarás que mi noviazgo se fue al demonio. Mamá nunca me trató bien, pero creo que, al verse enferma e inútil, me convirtió en la receptora de su dolor, de su odio, de sus frustraciones. Con el tiempo, corto tiempo, mi vida cambió radicalmente y, por desesperación, me convertí en una interesada que solo buscaba escapar de una realidad que no me gustaba. Una vez, trabajando en limpieza (en una clínica), conocí a un médico. No me gustaba mucho, pero yo a él sí. Para seducirme me regalaba parte de los medicamentos de mi madre y, en agradecimiento, acepté salir con él. Una cosa trajo la otra y tuvimos sexo. No sentí nada. Ni dolor ni placer. Me di cuenta de que no me molestaba mantener una relación con alguien sin disfrutar del sexo y descubrí también que lo que necesitaba era un benefactor. Resultó ser que ese médico estaba casado, yo no lo sabía, sin embargo, cuando lo supe no me importó. Conjeturé que esos hombres serían los más útiles para mi propósito y desde entonces salgo con señores adinerados. Aunque, actualmente, los prefiero solteros. Como te conté cuando te conocí, soy una cazadora. Ahora ya sabes cómo comenzó todo: necesitábamos dinero y yo no me consideraba una buena mujer para nadie, mi madre me hizo creer que jamás conseguiría a un buen hombre porque no valía nada. Y no valgo nada. Ni siquiera supe cómo seducir a uno de verdad, no siento placer, no soy delgada y perfecta, siempre tuve este cuerpo voluminoso. Soy interesada y no puedo ofrecer mucho, ni buen trato, porque me acostumbré a ser hiriente al hablar. Por eso te dije que fuiste un error, no soy suficientemente buena para alguien como tú.

Alan no soportó escuchar más, estaba desgarrado por dentro. No veía dolor en los ojos de Emma, solo convicción, y él no podía creerlo.

—No sabes lo que dices. Eres una mujer muy agradable cuando no te esfuerzas en ser lo contrario, eres sensual. Tu cuerpo es un monumento. Hoy pudiste verificar lo hermosa que te veo, mi cuerpo se subleva solo con tenerte cerca. Y sientes, Emma, eres caliente, apasionada. Te vi y te sentí explotar, tu cuerpo vibró debajo del mío. Lloraste de placer, Emma.

—Fue el primer orgasmo de mi vida adulta, Alan. Y me lo diste tú. Por eso lloré. Y antes de que me preguntes nada, sí, me toco y sí, me gusta. Pero no logro la satisfacción completa.

—Lo siento, esto no puede quedar así —sentenció Alan y se abalanzó hacia ella tomándola desprevenida. La besó con urgencia mientras intentaba acariciar cada parte de su cuerpo.

Emma bufaba contra sus labios, agitada. Se quitó la camiseta de un tirón y se sacó el sostén, era inútil resistirse. Puso los pechos frente a la boca de Alan y se apretó contra él, lo necesitaba. Gimíó al sentirlo. En dos movimientos estaba sentada sobre las piernas masculinas, refregando su urgencia contra la dureza de Alan.

—Espacio, espacio —pidió él.

—No, no puedo pensar. No quiero pensar, Alan —confesó entre jadeos, deshaciéndose del pantalón que se interponía entre ellos.

Alan se bajó el suyo y por fin enredaron los cuerpos. Emma lloriqueó de placer y él no disimuló el suyo.

Acoplaban a la perfección y el golpeteo era incitante. Alan amasaba los enormes pechos de Emma con deleite y ella se dejaba mientras subía y bajaba buscando ese final arisco que había soñado tantas veces desde que lo había recuperado. Su cuerpo se tensó de pies a cabeza y gritó sin vergüenza al sentirlo estallar por dentro.

Alan sonrió triunfal y se abandonó a su propia satisfacción en los últimos movimientos profundos y efectivos.

Toda la acción no duró más que unos pocos y enardecidos minutos.

Alan la abrazó contra su pecho, acariciándole la espalda y besando su frente, la sintió volver a la realidad entre mimos. Necesitaba asimilar el amor que le tenía y recrearse en un contacto que sabía que perdería en escasos segundos y, con seguridad, de una forma abrupta. Esperaba el golpe verbal, pero esta vez quería dar uno primero.

—Me gustas, Emma. Me encantas y me enamoré de ti.

—No tienes idea de lo que dices.

—Estoy muy seguro de lo que digo. Te amo.

Emma se regocijó en silencio, la sonrisa estaba oculta tras su cara de escepticismo ficticio. Así miró a Alan después de que hiciese semejante declaración, inesperada e inoportuna, por cierto. Había sido hermoso escucharlo, no obstante, no quería siquiera pensar en la posibilidad de que dijese la verdad.

Ella también... ella... No, ella nada. Ella solo tenía que contarle la decisión que había tomado ante la petición de Miguel.

Lo haría y entonces todo ese disparate terminaría, porque tenerlo entre sus piernas deseando que ese instante nunca acabase y reconocer que ese último abrazo había sido mejor que el mismísimo orgasmo, lo era. Se quería morir, otra vez había sucumbido. Y se sentía tan plena, tan feliz..., tan confundida.

—Me voy a dar una ducha, puedes esperarme si quieres —pidió con ilusión.

¡Qué necedad la suya! Quería retenerlo y necesitaba que se fuese al mismo tiempo. Se alejó con la esperanza de recobrar la cordura.

Alan no respondió, solo la observó caminar, desnuda, divina. No iba a pensar ni en sus palabras dichas sin demasiado análisis ni la falta de respuesta o comentario de parte de Emma.

—Hey, Emma...

—Dime —respondió ella al llamado.

—No, nada —murmuró y la volvió a observar. El rostro con esa pequeña carga de duda en los gestos, el pestañeo lento y sensual indicando confusión... Le encantaba contemplarla así de desconcertada, y seguir haciéndolo cuando se giraba dándole la espalda y mostrándole esa cadera... Suspiró sonoramente. «Solo quería mirarte otra vez», murmuró completando la frase que no se animó a pronunciar.

Lo que sí se había animado a decirle era que la amaba. Lo dicho, dicho estaba y tampoco es que quisiera mantener sus sentimientos en secreto. Se puso de pie, también estaba desnudo. Se asomó a la puerta del baño que estaba entreabierta y se deleitó, nuevamente con la diosa que ocupaba la bañera. Podía verla a través de la cortina transparente, era escultural.

—¿Puedo entrar?

—No —respondió ella, sin siquiera pensarlo.

A Emma se le hacía demasiado íntimo el momento de compartir una ducha, siempre lo había pensado así y más en ese instante en el que se sentía tan unida al hombre que se lo proponía, como nunca antes con ninguno. La intensidad con la que lo abrazaba, lo besaba y lo deseaba se volvía un torbellino imparable en su cuerpo y no podía pensar con claridad. Y cuando él la miraba a los ojos o la rozaba con una caricia, cuando sentía los labios tibios sobre su piel... «¡Por Dios, no! No te enamores, Emma, no lo hagas.»

Alan volvió a echarle un vistazo a la voluminosa silueta húmeda, y su sexo accionó de inmediato. No se quejaría jamás de las dos veces que pudo estar con Emma, pero él era más de hacer las cosas lentas, con tiempo y dedicación. Prefería una cama y estar desnudos desde el principio. Esa segunda vuelta bien podía comenzar en el baño, pensó, y terminar como él sabía hacer el amor: entre mimos, susurros y muchos besos. Para llegar a lograrlo, debería disimular sus intenciones, vestirlas de simple lujuria. No quería asustar a Emma.

—¿Eres de las vergonzosas que se arrepiente después de tener un rato de pasión?

—No es eso, es que me parece una acción muy íntima entre dos personas. —Estaba deseoso de seguir recreándose con esas curvas sinuosas, le provocaban apretar toda esa carne con fuerza, sintiendo como sobresalía de entre sus dedos, mientras la escuchaba gemir enredada en su cintura. ¡Demonios!, qué buena imaginación tenía.

—Hemos compartido alguna intimidad ya, ¿no te parece? Yo solo quería seguir disfrutando las impresionantes vistas un rato más.

—No son tan impresionantes —dijo ella, saliendo de la bañera y tapándose con una toalla, no por timidez sino para secarse.

—Cierto. Te dije que no eran para tanto —murmuró Alan, mirando su erección, como si hablase con ella.

—Eres un payaso. Puedes darte tu ducha ahora.

Emma huyó, supo hacerlo con maestría. Estaba acostumbrada a poner excusas. Cierto era que con Alan no había utilizado ninguna, no solo por falta de tiempo sino por falta de interés, no se había planteado siquiera la idea de excusarse. ¡Qué horror!

Estaba pletórica por haber redescubierto su sexualidad y, a la vez, aterrada por reconocer, bajo esa maldita ducha de agua fría, que podía llegar a estar enamorándose de Alan, un muchacho (lo era, tenía cuatro años menos que ella), que no tenía nada que ofrecerle. Ella no vivía de sueños y conocía los de él, eran válidos y le gustaba que los tuviese, pero a ella no le alcanzaba un

proyecto de hombre, un soñador, un donnadie con una cartera vacía.

Cuando Alan apareció en el salón, ya vestido y todavía recogiendo su largo cabello en un nudo alto sobre su cabeza, ella estaba con la boca abierta, dispuesta a sacarlo de su casa con una de sus ácidas explicaciones. No hizo falta. El mismo Alan se excusó indicándole que era tarde y que al otro día tenía mucho que hacer.

Era cierto. Los chicos de la banda necesitaban poner a punto uno de los nuevos temas, le faltaba ensayo para que sonase como querían. Todavía no sabían si lo incluirían en el repertorio de ese fin de semana, pero querían hacerlo. En él contaba su amor, por fin se había animado a volcar sus sentimientos en las letras de sus canciones. Roque había derramado una lágrima al escuchar algunas estrofas y en un abrazo apretado le había dicho que estaba orgulloso del músico en el que se estaba convirtiendo. Además, tenía que hacer un inventario, Saúl no lo había hecho, y el repartidor pasaba cada sábado sin falta.

Debajo de la lluvia tibia, Alan había inventado una estrategia. Se había dado cuenta de que Emma no levantaba sus muros si él actuaba con humor y simulaba un interés puramente carnal. Nada más lejano a la verdad, pero si eso lo acercaba al amor de su esquivia diosa, eso haría. Emma necesitaba descubrir su placer y hasta ese momento, él solo le había dado una muestra gratis. La próxima se la cobraría con un poco de sensaciones intensas.

El escalofrío que le había recorrido la espalda imaginando a Emma tendida desnuda en su cama, dispuesta a dejarse hacer todo lo que se cruzase por la cabeza, incluso utilizar esos benditos juguetes sexuales que colmaban el cajón de su mesa de noche, le había producido una rigidez en su entrepierna tan firme que hasta le había dolido. Llegaría ese día y se convertiría en el mejor de su vida, pensó mientras se secaba con la toalla húmeda con la que su futura mujer (sí, eso llegó a pensar también) se había secado.

Al salir del apartamento se sintió tonto. No hubiese estado mal darle un beso en los labios. Había optado por uno casto en la mejilla, quería demostrarle... «¿Qué?, idiota, si ya le dijiste que la amabas.» Elevó los hombros, no quería que le importase su apresurada declaración. Lo había hecho y no había vuelta atrás.

Miró el reloj, era tan tarde que ni siquiera tuvo ganas de pasar a saludar a sus amigos. Quería contarles todo, incluso sus ideas para, por fin, conquistar a Emma. Lo haría por la mañana, estaba exhausto y debía elegir los detalles que omitiría y los que revelaría. Conocía a Roque y a Theo, sabía las críticas que recibiría si decía una u otra cosa. Le gustaba la idea de contarles sobre su reciente fantasía con los juguetes que le regalaban.

Sonrió al imaginar las caras de ambos al escucharlo y se quedó dormido.

## Capítulo 7

El fin de semana pasó rapidísimo para Alan, entre las actuaciones, los ensayos y el trabajo propio del bar las horas parecían minutos. Saúl quiso que lo ayudase a contratar un nuevo camarero y también se tuvo que poner en eso.

—Mira que resultó caprichoso el viejo —murmuró Roque—. Les dije que puedo darles una mano los fines de semana. Si me la paso metido aquí dentro igual.

—Déjalo, ¿para qué contradecirlo? —Alan sabía que estaba de más intentarlo. ¡Y le decían terco a él...!—. ¿Y Theo?

—Hoy tiene filmación. El actor está como para comerlo de a bocaditos pequeños. Por eso mi chico me sacó de ahí. Se pone un poquito celoso.

—Ya me imagino —rio Alan.

—Entonces, ¿mañana comienza la fase «conquistando a Emma»?

—Sí —confirmó Alan y Roque bufó. Odiaba cuando se ponía corto de palabras.

—¿Voy a tener que preguntarte cada día o me contarás directamente?

—Veremos —respondió mirándolo divertido. Sabía que su amigo se ponía nervioso si no hablaba mucho—. Vas a tener que irte a casa, necesito dormir.

—Theo no me quiere ahí.

—Theo no te quiere en el estudio, pero puedes ir a dormir a tu cama.

—Espero no tentarme al pasar por el set. Ese muchacho es un Dios griego y tiene un...

—Ya me imagino lo que tiene, Roque, y no me interesa.

Lo vio partir entre carcajadas exageradas. Ambos se hacían bromas para molestarse. Se dio una ducha y luego comió una ensalada. Casi estaba por amanecer. Se dejó caer sobre la cama, agotado y satisfecho.

El 35 estuvo a tope el fin de semana y tuvieron gente haciendo cola para entrar antes del show. Eso no significaba que se estuviesen enriqueciendo, pero sí podían estar más tranquilos, vivir con menos restricciones. Lo que le venía bastante bien a Saúl, que andaba complicado de salud y tenía más gastos por eso.

Cerró los ojos pensando en Emma. A partir de ese instante, estaba decidido, pretendería conquistarla. La quería como pareja seria. Intentarlo, al menos, conocerse para saber si podían llevarse bien y amarse. Estaba seguro de que, si ella estaba bien con alguien, olvidaría toda esa estupidez de tener un marido de mentira.

Emma había acordado encontrarse con Miguel a desayunar, antes de comenzar su jornada laboral. Lo esperó solo cinco minutos y porque ella se adelantó. Le gustaba la puntualidad, era una formalidad que le parecía propia de la gente *bien*. Y ella soñaba ser una de esas personas impecables, con pinta de refinada, impresionante por donde se la mirase. Y para eso, también necesitaba dinero.

En lo que no reparó Emma, fue en que ella misma parecía boicotarse con su propio atuendo, si bien era el uniforme del restaurante, la talla era más bien pequeña, los aros y collar eran algo ridículos para el horario del día, los zapatos muy altos y el maquillaje exagerado. Además, estaba lo de los botones de su escote... ¡qué manía tenía de desprenderlos de más!,

pensó Miguel al verla. Tan linda, tan espectacular como era y tan errada que estaba en sus modos. Hasta la falsa sensualidad con la que pretendía engatusarlo le parecía demasiado. De por sí era sexi, ¿para qué más?

—Buenos días, mi niña preciosa.

—Buenos días —respondió ella, y se dejó besar los labios. La sonrisa de Miguel le encantaba, era sincera y se la dedicaba sin reservas. Le alegraba el día.

Emma estaba encantada con todo lo que Miguel le proponía. Su suerte, por fin, aparecía. Era cierto que el hombre hablaba como si todo fuese un negocio que resolver, no apareció la palabra matrimonio, tampoco amor o romance, ni siquiera noviazgo; sí, pareja. «Oficialmente te convertirías en mi *pareja*. Iríamos a fiestas, a viajes... No puedes negarte. Sé que es lo que siempre soñaste. No necesitas decírmelo para que yo lo sepa. Y prometo ayudarte con todas esas deudas que te aquejan.»

De ninguna manera esperaba que él estuviese enamorado, se conocían desde hacía casi seis meses. Muy poco tiempo, intenso, eso también era cierto. En esos meses, había vivido muchas cosas y, tan sensible como estaba, le contó todos sus pesares entre llantos y enojos. Le mostró varias de sus caras, incluso se sinceró ante la necesidad de una ayuda económica inmediata.

Cerró los ojos al sol, iba camino al trabajo intentando razonar todo lo sucedido. Alan apareció como un rayo en su memoria. Él sí había hablado de amor, con él también todo era intenso, incluso más que eso. Él conocía sus problemas, algunos todavía más personales que los solucionables con dinero.

«Intenta dejarlo todo en sexo, Emma», se susurró al acercarse a su atril en el restaurante. Se despidió de su compañera de trabajo y la relevó, como cada día. Ese, en particular, sería más largo de lo normal porque trabajaría doble turno. Le urgía cumplir el pago de las primeras cuotas de la deuda con el hospital.

Repasó las fotos que Miguel le envió de la casa donde vivía. Era preciosa y enorme. Tenía miedo de estar metiéndose en la boca del lobo. Él le prometía respeto, cariño, compañía, la mantendría y le daría un hogar. «Incluso te seré fiel, Emma. Tú necesitas un lugar donde vivir y yo una compañía hermosa y cariñosa como tú», había dicho. También agregó cosas como que, por una vez en la vida, ella necesitaba vivir sin privaciones, siendo feliz, porque se lo merecía; que era una mujer fuerte, pero sin posibilidad de demostrarlo y él quería convertirla en una dama admirable.

Sus dudas se reflejaron en los ojos, en sus cejas inclinadas y en el ceño fruncido. Miguel lo notó al instante. Decidió no guardarse información, era más inteligente de lo que había imaginado.

—Emma, estoy enfermo. Tengo un problema en el corazón.

—Lo siento, de verdad que sí —lo interrumpió, acariciándole las manos—, pero no quiero que me pidas esto para ser tu enfermera. Quiero más de la vida que cuidar enfermos, Miguel. Tuve suficiente con mi madre.

—No, Emma. No supe explicarme. No tendrías que cuidarme, estoy bien atendido por médicos y me tienen bajo efectivos tratamientos. No obstante, mis hijos me pidieron que dejase de trabajar. Argumentaron que ya era tiempo de disfrutar de la vida y quiero hacerlo. Voy a disfrutarla, como dicen ellos. No ir a la empresa a diario me tiene al borde de la locura, porque no sé hacer otra cosa. Lo pensé mucho y lo que necesito es una compañera, una hermosa mujer joven como tú que quiera estar a mi lado, como mi pareja; que me contagie energía, alegría, jovialidad y me enseñe a ver la vida de otra manera.

—No sé qué decir... Miguel, esto es raro, te das cuenta de eso, ¿no?

—Sí, puede parecer raro. Pero lo tengo decidido. Eres la persona ideal. Emma, no nos engañemos, no te fijaste en mí por ser guapo, sino por tener dinero. Yo te elegí por ser joven y linda, por tener una buena conversación, por querer agradar, por ser simpática y tener paciencia. Además, porque necesitas el dinero que yo tengo. La única promesa que quiero es la de fidelidad. Soy un hombre con una reputación que cuidar, mi empresa lleva mi apellido, al igual que mis hijos.

Si tuviese amigos, podría conversarlo con ellos, recibir consejos, aclarar ideas, pensó Emma. Y el único amigo que tenía no podía ayudarla con esto. Es más, a él le tenía que contar que se mudaría en tres meses a vivir con Miguel como su pareja. Ese era el trato, no desvelar el arreglo que tenían.

¡Por Dios, si hasta fiesta de presentación quería organizar su novio ficticio!

Alan llegó al restaurante cuando el movimiento de gente estaba a pleno. Tantas reservas se habían tomado que estaban trabajando con el doble de meseros. Apenas si pudo saludar a Emma. Lo que sí pudo hacer, entre preparación y preparación de sus tragos, fue mirarla. Estaba distinta. Demasiado seria, sin embargo, no se lo tomaba personal porque le había sonreído y guiñado el ojo como siempre hacía.

Esa noche, trabajaría hasta tarde, y ella saldría antes. Maldijo en silencio al recordar que Saúl lo necesitaba en el bar, para cerrar. De todas formas, quería ver a Emma a solas.

Cuando ella se acercó a despedirse, le propuso pasar por su apartamento con la cena comprada. Le anticipó que sería tarde, aun así, ella aceptó. La vio partir con el equipo de fotografía colgado del hombro y ya con ropa de calle. Estaba seguro de que algo pasaba. Ella usaba la fotografía como vía de escape.

Al llegar Alan, Emma estaba histérica. Había aceptado que la visitase con la sola intención de contarle que en pocos meses se mudaría a casa de Miguel.

No quería pensar en la respuesta de Alan, en realidad no podía imaginarla, aun así, estaba aterrada de lo que pudiese decirle. Él no callaba sus pensamientos. Nunca nadie había sido tan sincero con ella como Alan y eso la doblegaba y le dolía, porque la enfrentaba con sus errores, con sus dudas y miedos, con sus miserias, incluso.

Alan inspiró con fuerza y largó el aire mientras se daba coraje a sí mismo. Enfrentar a Emma, declarársele y pedirle oficializar una relación era toda una hazaña. Quien conociese a Emma le daría una palmada en la espalda para darle ánimos. Sonrió por sus pensamientos exagerados. Y golpeó la puerta.

Emma lo recibió con una sonrisa mentirosa y con eso, Alan confirmó que algo andaba mal. No quería darse por vencido tan pronto. Intentó distender el momento con una conversación insustancial mientras cenaban. Y lo logró, pero los nervios le estaban jugando una mala pasada.

Con la taza de café entre las manos y la mirada clavada en los ojos de Emma, se lanzó.

—Emma, ¿te gusto?

—Alan, no empecemos con esto, hoy no.

—Por favor, respóndeme. —Ella negó con la cabeza, no se animaba a mentirle dándole la cara. Sí le gustaba, casi podía decir que lo amaba—. No te creo, ¿sabes?

—¿Por qué? —preguntó con aires despectivos. Necesitaba mostrar su peor faceta en esa conversación.

—Por tu forma de mirarme, hablarme, sonreírme. Reconócelo, te gusto.

—¿Qué crees que lograrás ganar convenciéndome de reconocerlo?

—¿Lo reconoces? —Estuvo a punto de ilusionarse, pero otra vez ella salía con sus respuestas despiadadas, y dolían.

—No lo hago, Alan.

—Entiendo. Es cierto, no gano nada. Eres cruel cuando quieres.

—Depende del punto de vista —murmuró ella.

Tratarlo de esa manera le dolía más a ella misma que a él, eso creía. Sin embargo, sabía que era lo que debía hacer por el bien de él.

Emma se había convencido, desde hacía años, de que era una persona fiel a sus principios y en ellos trabajaba, por ellos luchaba hasta el hartazgo. No quería seguir siendo una pobre infeliz sin dinero y con deudas impagables. No deseaba repetir la historia de su madre, enfermado por un desamor o por la misma pobreza que la rodeaba. Cumpliría su propósito, Miguel le ponía en bandeja un futuro soñado y no podía permitirse rechazarlo por un muchacho que decía amarla. Por más que creyese que ella misma estaba aferrándose a una ilusión nueva y desconocida, además de atemorizante e incierta.

—Alan, en menos de tres meses me mudo a casa de Miguel. Vamos a convivir. Estamos saliendo, somos una pareja —dijo todo de corrido para amortiguar el golpe. Lo vio tragar saliva, cerrar los ojos con furia y sonreír con ironía.

—¿Vas a vivir con un hombre al que no amas?

—No me juzgues.

—No puedo no hacerlo, Emma. Tampoco puedo dejar de quererte, ¡maldición! —Volvió a cerrar los ojos para no verla. Se reprochaba a sí mismo el amor que sentía por una mujer que tenía demasiados puntos que no le gustaban del todo, por ejemplo, esa soberbia y el desprecio con el que a veces le hablaba. Emma era tan buena simulando esas formas, que nadie dudaban de que fuesen reales—. Por favor, no lo hagas —pidió mirándola, dejando su orgullo de lado. Esa ingrata terquedad suya lo estaba haciendo quedar como un idiota.

—No te pido que me entiendas —afirmó ella, sentándose a su lado. Su voz se volvió más suave, ya no estaba en pie de guerra—. Hace más de diez años me tracé un plan, tengo una meta y estoy a punto de cumplirla.

—¿Una meta?! ¿Te escuchas? ¿Una meta? —Ahora era él quien elevaba la voz, no podía creer que Emma fuese tan fría. Todavía tenía la esperanza de que ella recapacitase.

—¿Nunca tuviste un sueño, Alan? ¿Acaso tocar tu guitarrita de mierda en público, no lo es? —En el mismo instante que dijo esas palabras se arrepintió y el dolor agudo en su pecho le llenó los ojos de lágrimas al ver la angustia en el rostro de Alan—. Lo siento, no quise...

—No, claro. Nunca quieres —gruñó él elevando las manos y poniéndose de pie. Necesitaba golpear algo—. Nunca quieres, pero lo haces, Emma. Está bien, ya entendí. Vas a jugar a vestirme de felicidad.

—No voy a jugar, lo intentaré de verdad. No entiendo por qué no valoras mi decisión. Soy libre de elegir. —Era su turno de gritar y ponerse de pie.

—No, no te confundas. Estás presa de tus prejuicios.

—Elijo tenerlos.

—¡Mientes! Pero llegará el día que te des cuenta —aseguró, caminando hacia la puerta de salida, no tenía nada más que hacer allí—. Mientras sigues con esta mentira, engañándote, la vida sigue pasando.

—Lo sé e intentaré vivirla de la mejor manera.

Con esa frase, Emma mató finalmente las ilusiones de Alan, así sin más, sin anestesia



alguna y de un solo golpe.

Él negó con la cabeza y no dijo nada, solo la miró con lástima, se la tenía. Emma estaba cometiendo un error y por necesidad no lo veía. ¿Qué más podía hacer él? Nada. Solo intentar dejar de amarla.

Ella levantó los párpados con miedo, no quería ver la verdad reflejada en los ojos de Alan. Sin embargo, necesitaba hacerlo. El rencor mezclado con el dolor estaba ahí, en esos bonitos ojos sinceros. Inspiró profundo, esa mirada dolía, la hundía en un pozo de culpa, la hacía pensar en sentimientos olvidados en aquella adolescencia inocente que ya no existía, la obligaba a querer volver a analizar sus decisiones.

—Déjame decirte algo que una vez me dijo un viejo sabio —susurró él, recordando a Saúl, cuando hacía ya varios años le había dado algunos consejos—. Crees que tienes tiempo, pero no lo tienes. Piensa en esto mientras disfrutas de tu nueva vida: El tiempo es gratis, pero invaluable. No puedes tenerlo, pero sí usarlo; ni conservarlo, pero sí gustarlo. Y, lo peor de todo, una vez que lo pierdes ya no puedes recuperarlo. El tiempo vale más que el dinero, Emma. Podrás tener más dinero, pero no más tiempo.

Con ese pequeño monólogo, sentido y verdadero, Alan abandonó el apartamento de Emma, dejándola de pie y con el rostro cubierto de lágrimas.

«Tantos planes para nada. ¡Qué estúpido! Iluso. Estuvo todo tan claro desde el principio. No quise verlo, me tapé los ojos. Pretendí ser el príncipe azul que rescataba a la princesa en apuros y al encontrarla, resultó ser la bruja», se dijo camino a casa. Le molestaba notar cómo su corazón reaccionaba ante ella, cómo se agitaba con la sola presencia de esa mujer dañina que lo había lastimado más veces que cualquier otra. Y no se animaba a pensar en la divina sensación que lo dejaba sin aire cuando la veía estremecerse ante el éxtasis que ella misma no creía volver a sentir.

«¡Basta! Se terminó».

Emma se dejó caer en el suelo, doblada de dolor. Nunca quiso lastimar a la única persona que había logrado penetrar en su frío, arisco, además de oscuro y dañado, corazón. No era capaz de reconocer sus sentimientos porque eran incómodos e inoportunos. No se podía permitir analizar la magnitud de su amor. No sabía a ciencia cierta si sufriría o no, pero no lo averiguaría. Su mente calculadora había ensayado demasiadas veces la manera de llegar a su final ideal... no debía desviarse, no ahora. Nada ni nadie la confundiría y mucho menos alguien que la debilitaba con una sola mirada o con una bonita sonrisa. Se rodeó a sí misma recordando la manera en que su cuerpo respondía a él. Alan lo puso a funcionar de nuevo, le enseñó a vibrar, le demostró con su propia piel lo que era el calor humano, la marcó por dentro y la obligó a conocer la sensación de añorar un abrazo. Por esto último, lo odiaba. Y, *por esto último*, se convenció de que su amor no era tal, sino un mensaje erróneo que su cerebro le enviaba porque no había tenido demasiado contacto físico, del bueno, en años.

«¡Basta! Se terminó».

## Capítulo 8

Los siguientes dos meses pasaron demasiado rápido, eso pensaba Alan. La desesperación se había convertido en una amiga, una compañera inseparable, pero no una de las buenas, por lo contrario, era peligrosa, nociva y daba malos consejos. Como, por ejemplo, seguir amando a Emma, entenderla a pesar de verla llegar a trabajar de la mano de ese tipejo o enternecerse al verla sonreír mientras se subía a ese coche caro con el que, seguramente, más de una noche ella había soñado. Porque si algo se le notaba en la cara de felicidad que tenía, era que estaba cumpliendo sus sueños.

Reconocía, muy a su pesar, que ese tal Miguel no le caía mal. Era agradable con todos, incluyéndolo, y a ella la consentía. Eso era de agradecer. Lo dejaba más tranquilo saber que, al menos, la elección de Emma no era un fiasco.

Roque ya no sabía cómo explicarle que esa mujer estaba eligiendo su camino. Que era fría y calculadora, que no se merecía un amor sincero. Que nada tenía que hacer con ella, que olvidara.

«¡Qué fácil lo ve!», pensaba Alan. No la conocía como él, no sabía cuán vulnerable y sensible era, no podía entender lo que la presencia de una mala madre lograba sembrar en la mente de los hijos. En su caso, había sido positivo: ser insistente, testarudo y no bajar los brazos lo había llevado al lugar donde estaba. En el caso de Emma, no era así. Ella creía que otros debían hacer por ella, porque se había creído las palabras de una mujer ingrata. Ella servía para todo lo que se propusiese, pero no lo sabía. ¡Cómo quería demostrarle que ella valía más que cualquiera de las mujeres que andaban en coches caros y tenían maridos ricos que las mantenían!

Cerró los ojos y suspiró al verla acercarse con ese contoneo tan propio, tan hipnotizante, tan delicioso.

—Hola. —La escuchó susurrar, un poco atemorizada, como cada vez que le hablaba después de aquella discusión. «No fue una discusión, fue un anuncio que no te gustó», se dijo. Necesitaba convencerse de que amarla era un error, sin embargo, parecía boicotearse a sí mismo. No era capaz de reconocer, todavía, que tenía perdida la guerra, incluso antes de haberla comenzado. Levantó la mirada y la saludó con un gesto, sin palabras, no le salían. Como le pasaba cada vez que ella lo miraba y le sonreía de esa forma—. Quiero invitarte a mi despedida. Miguel la organizó aquí en el hotel, en uno de los salones del tercer piso. No fue mi idea, lo podrás adivinar.

Emma rio por su comentario, no era estúpida, sabía que los presentes irían a despedirla solo porque en la reunión se comería y bebería gratis o porque conocían y apreciaban a Miguel, no a ella. No quería hacer esa dichosa fiesta, si hubiese podido elegir no la haría. Muy a su pesar, la única persona que le demostró cariño sincero fue Alan y ahí lo quería, egoístamente, necesitaba verlo entre los invitados.

—¿Quieres que vaya? —le preguntó él, más indignado que agradecido por dicha invitación. Esperaba que le dijese que no, deseaba que lo susurrase por lo menos. Porque, de lo contrario, iría. Solo para verla feliz, sonriendo, hermosa como solo ella podía estar cuando lograba lo que se proponía y ¡vaya logro el que había conseguido!

—Me gustaría mucho, sí. Eres mi mejor amigo. Que hoy estemos un poco alejados no

significa que no te quiera o te necesite. Extraño nuestras charlas. Te extraño a ti. Ya nadie me prepara algo *rico para tomar*.

—Emma, no creo que vaya a tu fiesta.

Quería luchar con su propia idiotez, de alguna manera tenía que sacarla de su cabeza. Supuso que ella sabría comprender que no quisiese ir, ¿no? ¿O esperaba que mintiese y aplaudiese lo que estaba haciendo?

«Yo no soy así. Yo solo sé decir la verdad», pensó.

Ella afirmó con la cabeza, esperaba esa respuesta. Él no era como todos, él solo hacía lo que sentía, decía lo que pensaba y no agregaba nada más. Se quedaba cavilando el resto, sin agregar palabra alguna. No le importaba explicarse, solo lo hacía si era necesario; como en su casa, el día que le recitó esas frases tan ciertas y dolorosas, a las que ella decidió hacer oídos sordos.

—Yo igual te esperaré, Alan —le aseguró, dando la vuelta para dirigirse por última vez hacia su atril. Su turno terminaba en cinco minutos y ya no volvería a trabajar.

Eso no se lo había dicho para no lastimarlo más. Se le llenaban los ojos de lágrimas de solo pensar que ya no vería esa boca tan bonita sonriéndole mientras la escuchaba criticar a sus compañeras, a decir verdad, también extrañaría el ceño fruncido cuando la reprendía por lo mismo. ¿A quién le acomodaría las mangas tan descuidadamente arremangadas o le reprocharía usar un par de tallas más grandes a la necesaria en sus pantalones?

Alan exhaló el aire retenido, con enojo, porque sabía que lo que estaba por hacer aumentaba su agonía.

—¿Emma? —La vio girar sobre sus talones, su rostro dibujaba una sonrisa apenas perceptible, cargada de una esperanza que él le rompería. En esos ojos había algo de dolor, podía adivinarlo, aunque seguro que era pequeño comparado con el propio. Quiso admirarla una vez más, seguía adorando ese *ir y venir* tan armonioso y todavía disfrutaba el salto que daba su corazón cuando los preciosos ojos de ella anclaban en los suyos con esa duda, esperando lo que estaba por decirle y nunca le decía—. Suerte.

Ella murmuró un *gracias* y se alejó. Se lo merecía. Alan podía pisotear sus sentimientos tantas veces como quisiese, como necesitase, porque ella lo había hecho con los de él. Era lo justo, lo esperable, pero dolía, ¡cómo dolía!

En esos meses que pasaron, solo pensó en su futuro y analizó sus opciones. Siguió pagando las malditas cuentas. Su salario no alcanzaba para el alquiler, los alimentos mínimos para comer sano, los pagos de las cuotas del hospital, los viáticos... Pensaba en que pronto debería buscar otro lugar para vivir y no sería más económico que ese, por el contrario. No tenía más alternativas, necesitaba hacerlo, debía hacerlo. Quería respirar por fin, se ahogaba en esa miseria.

Ya en casa, mirando a su alrededor, en ese cuchitril ofrecido por un banco que se había quedado con lo único que alguna vez habían tenido (a medias, porque la hipoteca llegó más pronto que tarde) recordaba las palabras de su madre: «Nunca serás buena para nadie, no llegarás a nada» y entonces, una vez más murmuraba su mantra: «Te voy a demostrar que puedo, mamá». Después cerraba los ojos y en esa ensoñación se vestía con ropa de marca, zapatos altísimos, se colgaba en el brazo una cartera elegante y tomaba la mano de Miguel para caminar junto a él. Para acompañarlo donde quisiera ir. Ella, la pobre tonta, la inservible, la que solo había recibido quejas y agravios de la persona que más había querido en su vida.

Desestimaba, con un brusco movimiento de cabeza, la aparición de Alan, con su carita de bueno, mirándola con el amor que sabía que su propio corazón exigía en silencio, pero que ella

adrede quería ignorar. Dudaba, claro que sí. Esos abrazos todavía calentaban su alma, aunque no eran lo suficientemente cálidos como para no sentir frío en un crudo invierno sin un buen abrigo o sin el gas necesario para encender un calentador y dormir sin enfermarse. Esos abrazos no pagaban el hambre, las deudas, las enfermedades. Su gran temor oculto era enfermarse y no tener con qué comprar la medicina o pagar la consulta médica, no podría darse el lujo de requerir una intervención quirúrgica o una internación... Ella bien sabía lo que todo eso costaba.

No debía echarse atrás. Su vida requería un cambio drástico. Y por fin veía el final del camino, ese que se había trazado solo por vengar las desalmadas palabras de una madre ofensiva. No era demasiado consciente del dolor de esos recuerdos convertidos en dagas filosas, solo sabía que dolían, pero no cuán profundo se habían clavado. No podía razonar que esas decisiones nada tenían que ver con ella, sino que nacían de la misma urgencia de revancha, de la ambición de mostrarle a *nadie*, ahora, porque ya no estaba, lo buena que era viviendo. Ya no tenía a su madre para presentarle un marido amable y millonario, aun así, seguía ciega con la idea de que ese era el destino que debía perseguir.

«Te voy a demostrar que puedo, mamá».

\*\*\*

La noche se presentaba cálida, por eso, Emma eligió un vestido de tirantes, regalo del novio. Por fin, Miguel le presentaría a sus hijos. Sabía que la noticia de su existencia en la vida del padre no les había hecho mucha gracia. Miguel insistía en que era un detalle que se solucionaría. Intentó tranquilizarla diciéndole que ellos estaban celosos porque nunca lo habían compartido con nadie, tal vez, con alguna ocasional amiga y siempre con *cama afuera*.

Era un hombre muy amoroso con su familia. Eso le gustaba a Emma, deseaba integrarse y mantener largas cenas con conversaciones y risas, como las de las películas. Nunca se había animado a fantasear con esos acontecimientos y ahora parecían posibles. Con Miguel todo lo parecía. Era un hombre muy positivo, demasiado optimista y, por más que lo negase, le contagiaba las ganas.

Ya hacía una semana que, durante una cena con velas incluidas, Miguel le recomendó dejar de trabajar. No era una imposición, solo un consejo, porque los primeros meses planeaba llevarla de viaje. Riendo y con ironía, le aseguró que, si sus hijos lo querían lejos de la oficina, así sería.

«Bien lejos estaremos tú y yo, conociendo el mundo. ¿Por dónde quieres empezar?», le preguntó sonriente y pareciendo ilusionado y feliz. Ese día la había invitado a conocer el que sería su nuevo hogar. Emma creyó que él estaba bromeando con lo de conocer el mundo. Se dio cuenta de que no era así en el mismo instante que una mujer delgada y mayor se instaló con varias carpetas en la mesa del salón y les mostró algunas opciones de destinos. Nombraba países y ciudades que ella siempre vio demasiado lejanos, inalcanzables. Sus ojos se iluminaron al darse cuenta de que estaba viviendo una realidad, no un sueño, y la emoción le recorrió el cuerpo al imaginarse fotografiando paisajes maravillosos.

Los primeros invitados llegaron puntuales, y ella sonreía a cada uno, intentando recordar nombres y apellidos. A algunos los reconocía como clientes del hotel o restaurante. Los nervios la habían tomado por sorpresa, se sentía como sapo de otro pozo, como solía decir su vecina, aquella que le había regalado la vieja cámara. Ella aspiraba a ser parte de esa gente selecta, pero sin duda alguna, todavía no lo era, y se notaba. Además, se lo hacían notar. Las miradas de reojo y las sonrisas irónicas no estaban muy bien disimuladas. Podía comprender que juzgaran el hecho de ser unos cuantos años menor que su supuesta pareja, por eso intentaba que nada le afectase.

Alan no podía creerlo, lo intentaba en cada trago, buscaba la respuesta en cada fondo vacío de los botellines de cerveza y nada. Tampoco es que quisiera. Para él, Emma estaba cometiendo el error de su vida y no sabía cómo decírselo. Quería zarandearla para que entendiese que estaba apostando a una vida vacía, embustera y de apariencias. Ambicionaba hacerle entender que lo que él le ofrecía era más real, más sincero. Le dolía el cuerpo al verla con ese señor, le molestaban las sonrisas y las miradas. Lo peor era haberse enterado por otros de que ella ya no volvería a trabajar.

El primer trago fue por enojo; el segundo, por impotencia; el tercero, por dolor; el cuarto no tenía motivos; el quinto ya fue por cobardía y con el sexto comenzó a tomar coraje.

Roque estaba poniéndose nervioso por verlo tan ebrio, jamás, en todos los años que lo conocía, lo había visto tan perdido o tan triste; tampoco tan obstinado con algo, y eso sí que era mucho decir.

—A ver campeón, que ya tomaste mucho. Es hora de descansar— afirmó Roque.

—Tengo que atender el bar —dijo Alan, sin levantar la vista de la mesa donde estaba analizando la actitud de Emma (sin analizar nada de todas formas), desde hacía dos horas o más.

—A buena hora te acuerdas. Así no atenderás mi bar. Vete a tu casa —gruñó Saúl desde la barra.

Lo ahogaba el dolor del muchacho, lo quería como al hijo que nunca tuvo y por lo mismo, y por no ser padre, no sabía cómo actuar en esos casos. Una palmada en el hombro y las primeras bebidas servidas con una sonrisa condescendiente había sido su forma de mostrarle apoyo. Pero esto se estaba desmadrando. No era normal que Alan se sobrepasase con la bebida. No recordaba ya cuánto hacía desde que lo había visto tomando de más.

—Tengo que verla. Tengo que decirle... Roque quiero ir —balbuceaba en tono de súplica.

—No. En este estado no vas a ir a ninguna parte.

Alan se puso de pie, eufórico, trastabilló con la pata de una mesa y gruñó golpeándola con el puño. En dos zancadas estaba en la puerta y al llegar a la acera, inspiró profundo. Estaba decidido, tenía que verla. Decirle por última vez que la amaba.

—¡Alan! —gritó Roque, intentando detenerlo.

—Si no me llevas, me voy solo. Pero voy, Roque.

En el coche de su amigo llegó al hotel. Subió las escaleras de los tres pisos seguido de cerca por Roque. Se frenó de golpe frente a la puerta del salón de fiesta atestado de gente, negó con la cabeza reconociendo que eso no era lo que Emma hubiese querido. Sabía que no estaba disfrutando de esa velada, estaba seguro. Abrió la puerta y la buscó con la mirada. Estaba más cerca de lo que esperaba. Le tomó el codo y la guio hacia un pasillo vacío.

Roque vio a la distancia como Alan se escabullía con una mujer. Lo dejó hacer. Parecía necesitar dar sus últimos manotazos de ahogado. Con esto podría salir a flote o hundirse, no tenía idea, nunca lo había visto tan enamorado de alguien.

—Alan, ¿qué haces? ¡Suéltame! —pidió Emma, asustada. Y no solo por sentirse guiada por una mano fuerte, y casi en contra de su voluntad, sino por ver a su amigo en ese estado.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Emma?

—Es lo que necesito.

—Pero no es lo que quieres.

—Por favor, vete, Alan.

—No, no sin ti. Dime qué harás cuando quiera hacerte el amor, ¿eh? Dime, Emma. Cuando te tenga a su lado en la cama y comience a tocarte, a adorarte como te mereces, Emma —susurró

pegando la frente con la de ella, una lágrima cayó sin permiso por su mejilla y ella, al verla, cerró los ojos—. ¿Crees que él sí te dará placer? ¿Por qué él sí? ¿Será él? Si nadie pudo, ¡nadie, Emma!

—Solo tú —murmuró ella entre sollozos. No podía reprimir más la angustia que llevaba dentro. Amaba como no debía, justamente, a quien no podía amar.

—Solo yo —afirmó Alan, y le tomó el rostro entre las manos, sin alejarse de ella—. Te quiero, Emma. ¡Te quiero tanto!

—Yo también te quiero, Alan. Pero no...

—Entonces, ven conmigo. Deja esta pantomima —le rogó, interrumpiéndola, con una sonrisa, como invitándola.

—Sabes que no puedo.

—Te amo, Emma.

—Lo siento, Alan —dijo negando con la cabeza y apretando los labios—. Estoy entre la espada y la pared. No puedo dejarlo ahora. No sé si quiero tampoco. Toda la vida me pasé buscando este destino, imaginándolo, sufrí haciéndolo y por fin tengo en mis manos la recompensa. No me hagas esto, Alan, por favor.

Él se apartó y rompió todo contacto. La veía llorar, pero lastimaba más su propio dolor. Parecía que a ella poco le importaba sufrir por amor. Sabía que lo quería, estaba tan seguro como de que se llamaba Alan. Lo había sentido en esa mirada intensa, en las sonrisas y en el estremecimiento del cuerpo extasiado al tenerlo abrazado y pegado al suyo. Sin embargo, no se doblegaba. Ya nada podía hacer.

—Me duele saber que te niegas la oportunidad de ser feliz. —dijo y calló el resto, negando con la cabeza: «No quieres serlo, Emma. Aunque te amo como no recuerdo haberlo hecho, te olvidaré. Te juro que lo intentaré con toda mi energía. Lloraré, seguramente, pero te voy a olvidar», necesitaba que ella lo supiese—. Te olvidaré. ¿Sabes por qué lo sé? Porque no quiero amarte, y los que me conocen saben que soy muy testarudo. Adiós. Ojalá logres lo que buscas.

Emma enderezó la espalda, atajando con una innecesaria ironía los golpes certeros que Alan le había dado justo en el centro de su pecho. Ahí donde más lastimaba.

Lo vio partir erguido, orgulloso, como aquel que sabe que luchó la batalla con entereza y, aunque sabe que perdió, se defendió hasta el fin. Hubiese preferido un beso de esos suyos tan apasionados, un abrazo cerrado, un te quiero murmurado y tímido... en cambio, lo que había obtenido había sido una verdad lacerante: «No quiero amarte».

El cinismo, el mar humor constante, las elecciones equivocadas y una escala de valores trastornada eran el escape perfecto de Emma. Necesitaba evadirse de su realidad a como diera lugar. Una realidad que desde pequeña la había atosigado y ella había aprendido a odiar y a desconocer como propia. Tal vez, entonces también estaba huyendo o aprendiendo a hacerlo, al menos, con su pensamiento. Desde tan pequeña tuvo que eludir el desamor y la incompreensión, la soledad y el dolor de no encontrar cariño, ni aceptación siquiera, de parte de su madre y había aprendido todo mal. Huir se había convertido en su deporte favorito, uno que ella misma desconocía que practicaba, hasta que se enfrentó con el amor que tantas veces desestimó. Pero estaba acostumbrada a perder, una vez más no sería para tanto. Era una experta en eso de escabullirse y hasta sabía hacerlo de sus propias debilidades.

—Aquí estabas. ¿Estás bien? —preguntó Miguel, abrazándola desde atrás, y ella se dejó mimar. Cerró los ojos y sonrió, tenía que creer en ese maravilloso hombre que la cuidaba como nunca nadie lo había hecho—. Vi a alguien alejarse de aquí.

—Sí, un amigo vino a despedirse. Tenía que trabajar.

Roque vio salir a Alan con el semblante serio. Tenía miedo de preguntar. Lo siguió hasta el coche y lo vio ponerse el cinturón de seguridad con un tirón demasiado brusco.

—Sé que te mueres por preguntar —gruñó.

—Por supuesto, pero también sé que no quieres que lo haga.

—Roque, no quiero volver a oír el nombre Emma en mi puta vida.

Roque asintió y se dijo a sí mismo que el día que Alan quisiese contarle, lo haría. Lo veía sufrir tanto que prefería conjeturar a saber. El final era el mismo: esa mujer seguiría con el plan trazado por ella misma, ignorando el amor que Alan le ofrecía, esa era su conclusión al ver el rostro desenchajado de su amigo.

## Capítulo 9

*Tres años después.*

Theo levantó la mirada y vio bajar por la escalera a una morena altísima, de cabello corto y con ropa de noche. Eran las once de la mañana. Roque le palmeó el hombro y negó con la cabeza. Ya habían hablado demasiado con Alan en esos casi tres años (si no recordaba mal). Debía hacer algunos cálculos, pero no creía estar muy errado en el tiempo transcurrido.

Después de aquella lejana conversación en el coche, más bien esa imposición de no nombrar a Emma, Alan había dejado de sonreír. Solo a veces, soltaba un par de carcajadas exageradas para que lo viesan y escuchasen, y no estuvieran pendiente de su seriedad. Si antes hablaba poco, ahora era comparable con nada. Escasas palabras, muchos monosílabos y caras amargadas o furiosas eran sus respuestas. Eso sin no hablaban de trabajo, entonces sí se ponía verborrágico.

Hacía ya casi dos años que Roque era socio en el bar. Alan se lo había pedido al fallecer Saúl. El viejo le dejó como herencia esa propiedad y le aclaró, una noche, mientras reconocía su gravedad, que no pretendía que él siguiese con el negocio. Alan sonrió acariciando la mano arrugada del hombre y aseguró, con la voz cargada de pena, que mientras de él dependiese no dejaría de existir El 35.

El desamor lo había vuelto frío y libertino. Solo sentía pasión por su música y el negocio. Las baladas románticas, aunque siempre cantaba alguna, se transformaron en rock ruidoso y explosivo y las letras estaban cargadas de frustración, dolor y amor dañino. Así se llamaba el último éxito de la banda: Amor dañino.

Alan había tomado más protagonismo en el grupo. Ahora era el cantante y guitarrista, además era guapo y el dueño del bar, toda una tentación para las mujeres que desde hacía un tiempo acudían a El Nuevo 35. Así lo habían renombrado.

El bar era más grande, estaba modernizado y, Alan, aunque seguía viviendo en el altillo, tenía más metros cuadrados y muchas mejores condiciones de vivienda. Pidió un crédito para agrandar el espacio y se construyó un moderno apartamento con todas las áreas integradas, solo un par de dormitorios, el baño y un estudio de música que utilizaba para ensayar estaban cercados por paredes.

Casi todas las noches trabajaba hasta la madrugada, por vicio. Se había acostumbrado a hacerlo para no pensar antes de dormir. Prefería caer rendido y dormirse vestido. Ya no trabajaba en el restaurante del hotel donde conoció a Emma. Tampoco la había vuelto a nombrar, fiel a su terquedad, lo consiguió. Lo de pensarla, era otro tema. Su amor duró lo que tuvo que durar, la lloró, la extrañó, la odió y más tarde la perdonó. Eso quería creer, sin embargo, no estaba en su cabeza corroborarlo o investigar qué tan cierta era esa idea. Prefería considerarla desaparecida y feliz, viajando por el mundo y disfrutando de esa cantidad de dinero que siempre había querido tener, aprovechándose de un hombre bueno y millonario.

Alan encontró el placer en la tentación, en eso de seducir y dejarse seducir. Las chicas se lo ponían fácil, o tal vez su actitud despreocupada, y su apariencia hacía el resto. Se había cortado el cabello, su corte era un poco alocado, pero corto, bastante normal. Sus manos tenían la



costumbre de llevarlo hacia atrás más veces de las que se daba cuenta y por eso parecía siempre despeinado. Con la barba y el bigote todavía se mantenía enemistado, ese era el motivo por el que cada tres o cuatro días se los recortaba o afeitaba, según el apuro o las ganas.

Miró el caminar sensual de la chica que abandonaba su cama y suspiró, cansado, asqueado. Era preciosa, elegante, delgada, todo lo que un hombre podía desear, atrevida y sexi, además. Aun así, una más. No quería ser mentiroso ni arrogante, disfrutaba con ellas. Jugaba en la cama, era su nueva diversión. Por fin, le encontró el gusto a utilizar todos esos juguetes que Roque le regalaba. Hasta podía reconocer que ahora los necesitaba. No le bastaba un cuerpo femenino, ya no, prefería aderezarlo con otros estímulos.

Superar a Emma le había costado lo indecible, pero lo había logrado. A su manera, lo había hecho, y si para eso necesitaba de esas mierdas... «Por lo menos tengo mis orgasmos», había dicho la primera vez que utilizó un vibrador en una mujer desconocida y un par de esposas. Entonces, todavía estaba enojado con *ella* y recordaba, a la perfección, que el cuerpo espectacular de la mujer de sus sueños lloraba por no conocer el placer hasta que él se lo había mostrado.

Se puso una camiseta y un pantalón y bajó la escalera para reunirse con sus socios. Roque y Theo eran muy responsables con las cuentas y le alivianaban ese trabajo. Ya no tenía el tiempo necesario y a Roque se le daba de maravilla eso de sumar y restar.

Cada principio de mes tenía una pequeña reunión para analizar el negocio y, justo, era ese día.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Theo en un gruñido. Odiaba ver como Alan insistía en ser un amargado y un mujeriego, se había convertido en lo que nunca quiso ser, él mismo se odiaría si se pusiese a pensar. Pero eso era lo que pasaba: no pensaba y tampoco quería hacerlo.

Lo único que Alan buscaba era calentar su cama con delgadas mujeres que no le recordaran en nada al amor de su vida, a esa conclusión llegó un día en que extrañar a Emma le había arrancado un par de lágrimas. Enojado con su estupidez y atontado por su orgullo malherido, se prometió llevarse a la cama a todas las mujeres que se lo permitiesen. Aunque, las prefería delgadas, ya no quería curvas que lo hiciesen cerrar los ojos y soñar despierto con aquel cuerpo diseñado para volverlo loco.

La única respuesta que recibió Theo fue una elevación de hombros.

—Vamos a lo nuestro que hoy tengo que salir —murmuró Alan. No mentía. En unos días, Roque cumplía años y quería ir a comprar el regalo, ya que tenía poco que hacer.

Emma tomó coraje, inspiró profundo y entró al local. Era nuevo. Tendría un par de semanas abierto, vendía ropa de hombre y mujer. Suponía que allí podría encontrar trabajo. Ya se le estaban agotando las posibilidades.

Su convivencia con Miguel habría sido fabulosa, si hubiesen estado solos en una isla desierta. Eso había dicho ella alguna vez y él, en respuesta, sonrió dándole la razón.

Los hijos de Miguel eran duros de roer, no aceptaron jamás a Emma. Ella no los culpaba. Habían visto lo que era en realidad: una trepadora. Aunque el padre quiso imponerse, no alcanzó. Discutían mucho y hasta habían comenzado a controlarle los gastos. Los abogados hicieron varios cambios en los papeles de las empresas y en los títulos de las propiedades que tenían, lo que a Miguel le produjo algún problema de salud, por los nervios que eso le ocasionó. Tenían miedo de que Emma convenciese a Miguel para casarse y le *robase* todo.

Emma comenzó a darse cuenta de que el dinero no le traería la felicidad que buscaba a los pocos meses de habitar esa maravillosa mansión de siete dormitorios, numerosos baños, miles de metros cuadrados y mucho jardín. Miguel, con el correr de los días, le había dado una tarjeta de

crédito para gastos, la llevó de viaje como había prometido, le compró ropa elegante y hasta le enseñó a vestir. Le pagó varios cursos de fotografía, le regaló una cámara último modelo y hasta le ayudó a montar una pequeña exposición que no tuvo mucho éxito. Le enseñó a conducir y puso un coche de alta gama a su disposición. Se volvió su compañero, su confidente, su amigo..., pero no su amante, su novio, su pareja.

Emma vivía en una mentira, lo intuía, adivinaba que algo se ocultaba en la propuesta de Miguel, que ella había aceptado mareada con la idea del cambio esperado, pero no lo entendía. Un año tardó en abrir los ojos. Estaba dispuesta a seguir así, le gustaba esa vida, era mil veces mejor que la anterior. Para entonces, los hijos de Miguel no habían comenzado con la guerra que más tarde le declararon, todavía se estaban preparando con la artillería con la que más tarde bombardearon a su propio padre, por supuesto que comprendía que lo hacían por cuidarlo, no era tonta.

Un día, ese mismo día en el que todo su castillo de naipes se desmoronó, reaccionó. Recibió una bofetada de realidad que le dolió en el alma. Miguel estaba conversando con alguien al teléfono, nunca supo con quién, y le confesaba que lo amaba, pero que jamás podrían estar juntos y le rogaba que por fin lo comprendiese y dejara de insistir. Creyó malentender, por esa razón decidió quedarse tras la puerta y escuchar sin permiso. Ese día, el mundo se le cayó encima. Varias noches en vela, pensando, la ayudaron a tomar valor y enfrentarlo.

Recordaba, perfectamente, cómo se había inmiscuido en la habitación de su «pareja», porque no compartían dormitorio (solo ellos y el servicio lo sabían) y, más aún, dentro de su cama. Él se había sobresaltado, pero luego respondió a su abrazo y le besó la frente. Emma levantó la mirada y le sonrió, para luego preguntarle por ese amor secreto. La sinceridad de Miguel la hizo más consciente de lo que ya venía concluyendo: el dinero no era sinónimo de felicidad, como ella siempre había pensado.

Miguel estaba enamorado de un hombre que hacía años esperaba por él y, por ser quién era y tener lo que tenía, no se permitía aceptarlo. Hacía mucho tiempo que él había admitido, frente al espejo y en silencio, una homosexualidad reprimida. Sin embargo, conociendo a su familia, amigos y a la misma sociedad donde vivía y hacía negocios no podía anunciarlo. Era un hombre mayor, con hijos y una exesposa, no se animaba a averiguar si ellos aceptarían al verdadero Miguel. Aquel que había descubierto una noche cualquiera, fuera de la ciudad por un viaje de negocios, con un muchacho anónimo y con algunas copas de más. Esa madrugada, había comprendido por qué su vida siempre estaba medio llena o medio vacía, según se lo mirase. Para el amanecer del tercer día pasado con aquel hombre, se había enamorado y fue para siempre, pero jamás se animaría a vivir ese amor. Prefería la infelicidad, a la que ya se había acostumbrado, a perder a su familia.

Emma lloró su dolor, lo compartía, sabía bien lo que eso significaba. Ella conocía el sufrimiento que se padecía al tener un amor imposible de concretarse. Quiso ayudarlo, pero no pudo. Él no se dejó ayudar. Sin embargo, esa nueva realidad la había despertado y sumando la batalla que comenzaron los hijos de Miguel en su contra... No aguantó más. Una tarde dijo basta, y con el consentimiento y ayuda de su expareja a partir de ese mismo día, buscó un pequeño apartamento y se mudó.

Miguel abonó varios meses de alquiler y pasó el coche a su nombre, por si necesitaba venderlo, Emma no pudo no aceptarlo. No tenía nada. Además, le dio un dinero extra que ella tomó como préstamo y lo puso en el banco.

«Por si acaso...», dijo. El miedo a la pobreza no se perdía nunca y ella le tenía terror. No obstante, la lección estaba aprendida: El dinero no alcanzaba más que para pagar las cuentas, no

hacía la felicidad y ella era joven para negársela.

Miguel le había demostrado que tener una fortuna no era para nada lo que ella imaginaba y también le había enseñado que mentir para *sobrevivir* no estaba bien, que era el error que más caro se pagaba, que era preferible vivir fracasando y aprendiendo de cada fracaso.

La infelicidad pesaba y lastimaba, se volvía una llaga sangrante que no se curaba y ante el mínimo roce dolía, cada vez más. Miguel estaba arrepentido, pero ya nada podía hacer, ni quería. Muchas personas dependían de él y su miedo era superior a sus fuerzas. No obstante, desde hacía unos días, ella lo estaba convenciendo de darse la alegría de visitar a su amor imposible y vivir, aunque más no sea, una aventura idílica por unos días.

La campanilla de la puerta del comercio sonó y unos cuantos pares de ojos la observaron al mismo tiempo. Había procurado no vestir prendas muy elegantes, con un pantalón sencillo, un suéter fino de lana, un pañuelo de seda atado al cuello y los zapatos que no eran demasiado altos le pareció suficiente. El cabello recogido y un maquillaje sencillo le daban un hermoso aspecto juvenil que ella había aprendido a resaltar asimilando varios trucos enseñados por una maquilladora profesional.

—Buenas tardes, vengo por el aviso. Vi en un anuncio que decía que están buscando vendedora para el sector de prendas femeninas —anunció Emma, después de ser saludada por quien ella imaginaba que era la encargada.

—Lo siento, ya hemos contratado. Pero si quiere dejarnos sus datos la tendremos en cuenta para una próxima búsqueda.

Alan reconoció la voz al instante, aunque, tuvo que hacer un esfuerzo enorme para encontrar a la Emma que él conocía en esa espectacular mujer que veía a la distancia. La vio darse vuelta, abatida ante la negativa de la mujer, y saludar con cortesía. Sus pies se adelantaron solos, no pudo controlar sus pasos ni su voz al nombrarla.

—Emma —El nombre raspaba en su garganta seca. Las manos le temblaban y sin darse cuenta estaba sonriendo.

—¿Alan? ¿Qué...? Dios mío, mírate... ¡Qué gusto verte! Hola. —Las palabras le salían a borbotones, ella intentaba no pronunciar todos sus pensamientos, por eso balbuceaba.

Emma reprimió la pregunta, no debía importarle lo que él hacía ahí, tampoco debía decirle lo guapo que lo veía y apretó la tira del bolso para no acercarse, abrazarlo y refugiarse en su cuerpo tibio y acogedor. Así era como recordaba sus abrazos apretados.

—Sí, hola. Me pareció escuchar tu voz... —murmuró él y calló. Sus ojos pasearon por el rostro de ella sin disimulo. Era más hermosa de lo que recordaba, aunque en su mirada había más melancolía que antes. Y eso era mucho decir.

—¿Quieres que tomemos un café? —Se animó a preguntar ella, necesitaba conversar con él, saber qué había sido de su vida y, sobre todo, si la había perdonado.

Alan solo asintió con un movimiento de cabeza. Estaba anonadado. No quería tomar ningún café ni quería pasar un minuto más con ella, pero cómo negarse, él mismo, la posibilidad de satisfacer su curiosidad y urgencia de saber qué había pasado en esos años en los que la había perdido de vista.

Caminaron juntos unos metros y entraron en el primer café que encontraron.

—Estás muy cambiado. Te cortaste el cabello. Te queda muy bien, pareces mayor —indicó Emma, mirándolo sin vergüenza alguna.

¡Estaba tan guapo! Apenas llevaba barba y bigote y eso hacía resaltar sus labios gruesos. Ya no estaba segura de pensar que parecían femeninos, eran demasiado tentadores. El corte de pelo le sentaba de maravilla. Quería decirle tantas cosas y preguntarle otras más, pero estaba

acobardada. Él la miraba de una forma extraña y tenía miedo de que le dijera cosas hirientes como la última vez. No creía estar en condiciones de escucharlas. Estaba aprendiendo a sanar sus heridas, a responsabilizarse por sus actos y a no cometer más errores, no obstante, el proceso era lento.

—Tú estás más delgada —susurró Alan, no quería decir nada que lo hiciese arrepentir más tarde, por eso su voz apenas mostraba algún dejo de simpatía. Tuvo que aclararse la garganta para disimular.

—¿Eso es un halago o una crítica?

—Depende de quién lo diga, si el hombre o el amigo —contestó. A él, como hombre, le gustaba con más curvas. Igual estaba impresionante, no podía quitarle los ojos de encima. Como amigo no le importaba su aspecto. Si hubiese sido uno de verdad, le preguntaría cómo estaba. Aunque quería ser sincero con él mismo. «Me importa una mierda qué tan feliz está». Dolía verla, parecía estar bien, no como él que parecía un muerto que caminaba, una burla de lo que alguna vez había sido. Ahora entendía que, tal vez, no la había perdonado.

—No te entiendo.

—No hace falta tampoco. Es un comentario, nada más. Como lo es el que te veo demacrada o melancólica.

—Puede ser. Este último tiempo estuve pensando mucho y sí, puedo estar melancólica. Me mudé, vivo sola. Ya no estoy con Miguel. Nos separamos.

—Entiendo. ¿Por eso buscabas trabajo allí? —preguntó, ahora inquieto. Ya no le gustaban las nuevas noticias. La prefería en pareja, lejos, muy lejos de él.

—Lo necesito. Sí.

—Puedo devolverte el favor. Te lo debo. Si no te importa ser camarera en un bar, puedo contratarte. —Se maldijo en silencio. Al instante de pronunciar la primera de las palabras se arrepintió.

Quería devolverle un poco de humillación, era cierto que ese mal pensamiento pasó por su mente, fue como una ráfaga..., aparentemente, no tan rápida, porque ahí estaba proponiéndole un trabajo que no quería.

«¡Idiota!», se dijo a sí mismo en silencio al verla sonreír con prudencia y un poco de timidez. Alan imaginaba que era impostada, esa mujer no era tímida, lo sabía de primera mano.

—No quisiera molestarte. La última vez que hablam...

—Te lo dije, te lo debo —la interrumpió, no quería hablar de la última vez que se habían visto. Aquella vez, en la que se había convertido en un felpudo pisoteado por la mujer que amaba no era digna de recordarse. Nunca en su vida se había rebajado tanto ni rogado, con lágrimas incluidas, por algo que no le querían dar. Se había sentido muy patético.

—Me avergüenza reconocer que no tengo ni idea a dónde queda el bar. Si me das la dirección, puedo comenzar mañana mismo.

Alan tomó una de las servilletas de papel y, con un lápiz prestado por el mesero, le anotó la dirección. Se puso de pie y se disculpó por el apuro, que no tenía, y se fue abonando la cuenta completa.

En silencio se maldijo otra vez, no le gustaba lo que había hecho y más bronca le daba no poder desdecirse. Ni siquiera le había preguntado a Theo si podían costear un nuevo empleado.

«¿Qué hiciste, tonto? Espero que no tengas que arrepentirte», murmuró para sí mismo.

\*\*\*

Esa noche, Alan no pudo dormir. Las cosas no le estaban saliendo bien. Tuvo que decirles a sus socios que había contratado a alguien para servir las mesas, sin pensarlo siquiera, solo que lo había hecho. Theo, cansado ya de su actitud, le gritó algunas verdades que lo dejaron pensando. Entre otras cosas, le dijo: «¿Y ahora tomas decisiones sin consultar? ¿Qué pasa, hombre? Estás antipático, arrogante, malhumorado.»

¡Sí, carajo!, estaba así. Y hacía demasiado tiempo ya. No tenía ganas de dar explicaciones, de hacer amigos, de hablar de nada que no fuese importante, de sonreír porque sí. Y quería volver a reír con fuerza, sentirse contento o un poco feliz, entusiasmado. Lo deseaba con todo su ser. Ya ni placer físico sentía y no exageraba. Le daba lo mismo tener sexo o no, llegar al éxtasis o no. Nada le importaba lo suficiente, solo mantener el bar a flote y su música.

No quería, porque no se animaba, pensar desde cuándo se sentía tan vacío.

Hasta la madrugada estuvo mirando, sin ver, la televisión. Una película pornográfica le llamó la atención y no era por el sexo explícito, precisamente. La voluptuosa cadera de la rubia con pechos enormes de la pantalla le recordó a Emma. Suspiró furioso, pero su mente igual se la presentó en un excitante recuerdo. Los sonidos del *film* estimularon su libido, ya confundida por las imágenes en su cabeza, y se miró la entrepierna. El enojo con el que retiró las sábanas hizo volar el mando a distancia y no pudo cambiar de canal.

El primer plano de la mujer, en una posición demasiado erótica, lo hizo jadear. Se tocó su sexo erguido sin entusiasmo alguno, metiendo la mano por dentro de su ropa interior. Hubo un tiempo en el que disfrutaba de masturbarse, lo recordaba. Ya ni eso.

Lo intentó igual. Tomó unos de los tantos lubricantes que había en su cajón de la mesita de noche y se untó con urgencia.

«¡A ver si le pones ganas, carajo!», se reprendió. Las imágenes y sonidos invadieron el espacio, se dejó llevar por todas las sensaciones externas y cerró los ojos por un instante. Su mano era excelente tocándolo, ¡cómo lo había olvidado!

Aceleró sus movimientos de muñeca y entreabrió los labios para dejar escapar un gemido. Quiso dominar la duración, le estaba gustando demasiado como para que fuese tan corto, *pero la cadera de Emma se ajustaba tan bien, se movía con tanta perfección...* Abrió los ojos para distraerse con la película, no quería ver a Emma cabalgándolo. Apoyó la mano libre sobre las sábanas arrugadas a su costado y apretó el puño. Su mente perversa cambió la tela por piel, carne sudada y tibia, una tibieza exquisita...

Un insulto, que sonó a alarido, fue expulsado junto con su placer y apretó los párpados. Entre gruñidos terminó con la tarea, su cuerpo se movía involuntariamente con los espasmos propios de un final de esos grandes y recordables, mientras con la cabeza negaba su estupidez.

—No vas a volver a joderme la vida, Emma —masculló poniéndose de pie. Necesitaba una ducha.

\*\*\*

Emma volvió a mirarse al espejo y chilló contrariada. ¡No podía ser que no encontrase algo para ponerse! Se apretó el puente de la nariz y se obligó a controlarse. Inspiró dos o tres veces y largó el aire lentamente. No podía permitir que Alan la pusiese en ese estado.

—No es él, eres tú —se dijo. Volvió a colocarse la camisa floreada y el *jean* oscuro—. Esto está bien, es simple, nada sensual ni atrevido, sí, así te quedas. Se te hace tarde.

Tomó la cartera y las llaves del coche, que todavía conservaba, y partió. Una parte de ella estaba contenta por tener un trabajo, la otra estaba nerviosa porque no era uno cualquiera, y su

compañero sería Alan, ni más ni menos.

Al llegar al lugar quedó impresionada, era un bar muy moderno, si bien tenía toques retro, se notaba que esos detalles estaban bien pensados. Miró el cartel con el nombre y sonrió, comprendió enseguida que la palabra «nuevo» tenía que ver con una remodelación algo reciente. No imaginaba al señor Saúl, si mal no recordaba el nombre del dueño, siendo el propietario de un lugar así. Entró con más dudas que confianza y buscó con la mirada a Alan, o a alguien con cara de Saúl, pensó.

—Justo a tiempo —indicó Alan, apareciendo por su espalda.

Emma se sobresaltó y giró sobre sus talones. Lo vio acomodando unas mesas y limpiándolas. Su pantalón seguía siendo una talla o dos más grande de lo necesario. Emma sonrió y buscó las mangas de la camisa con la mirada. Aparentemente, se evidenció su frustración al notar que las tenía parejas.

—Aprendí a arremangarlas. Todo se supera, Emma.

Ella afirmó con la mirada. No se sentía cómoda, no quería estar ahí. Alan parecía molesto.

—Mejor me voy, Alan. Se nota que no me quieres aquí y es preferible que dejemos todo como estaba. Yo puedo conseguir otra cosa.

—No, espera. No tengo un buen día. Es eso —reconoció Alan. Ella no merecía el desaire, o sí, pero no esa vez. Él le había hecho la propuesta y no podía arrepentirse—. Belén te dará tu uniforme.

La nombrada se acercó y sonrió a Emma, presentándose de inmediato. Miró a Alan de reojo y suspiró, él nunca la había mirado como quería que la mirase y no por no haberlo intentado. Guio a Emma al sector de los baños y le dio el uniforme nuevo. A los pocos segundos ya estaban con Alan otra vez.

—¿Qué tarea le asigno?

—Va a servir las mesas. Deberás asistirle esta noche. Gracias, Belén.

—Sabes que lo que pides lo hago —le susurró, besándole la mejilla y acariciando su pecho de hombro a hombro mientras se alejaba. Alan le sonrió con coquetería y le miró el trasero. No había aceptado tener nada con esa chica porque era su empleada, pero eso no significaba que no le pareciese linda y no notase que la tenía servida en bandeja.

Emma vio la escena y tragó saliva. No era algo que hubiese querido observar. Otra vez se quería ir. Cerró nuevamente el botón que se le abría y acomodó la falda, era muy ajustada y corta, y la camisa dejaba a la vista más de lo que hubiese querido. En otros tiempos sería feliz vistiendo eso, ahora se sentía expuesta. Dio un par de pasos y la chica delgada que la había ayudado la increpó para enseñarle sus tareas, ya no pudo acercarse a Alan.

—Me gustaría conocer al dueño, presentarme al menos —le dijo a su compañera.

—Alan es el dueño, los socios vienen más tarde. Pero el que manda y ordena es mi chico —susurró con tono cómplice y guiñándole un ojo. Era una broma, o más bien un deseo, pero Emma no lo sabía. Tampoco se animó a preguntar nada. Además, estaba confundida, ¿Alan era el dueño?, ¿socios, qué socios? ¿y Saúl?

Dos horas más tarde, el bar estaba lleno y más gente esperaba que alguna mesa se desocupara. La barra tenía varios taburetes, todos ocupados también e incluso había gente de pie. Emma miró hacia una de las mesas que le pertenecía, tenía algunas asignadas, eran tres las camareras y dos muchachos atendiendo la barra. Alan también estaba detrás del mostrador. A veces, lo veía conversando con algún cliente y otras deambulando por ahí, saludando a la gente y controlando todo. En su momento de descanso, se dedicó a mirarlo y se sintió orgullosa de sus logros. No había tenido tiempo de decirle que le gustaba lo que había conseguido, aunque... mejor

no le diría nada. Ella no era nadie en la vida de Alan. Sonrió al ver que uno de los muchachos de la mesa levantaba la mano para llamarla y se acercó a paso firme.

—Dime, ¿qué te traigo? —tuvo que inclinarse un poco para escuchar lo que el chico decía. La música y el bullicio no le permitían oír bien.

El escote de la camisa de Emma se abrió lo suficiente como para que Alan, sentado en una mesa alejada, y conversando con Roque, pudiese verlo. La falda se ajustaba a sus curvas provocando que él recordara aquella forma tan suya de caminar. Bufó y cerró los ojos apretando los párpados. Maldijo en silencio una vez más la estupidez de haberle ofrecido el trabajo. Pudo notar la sonrisa falsa que ella le dedicaba al cliente, era un muchacho que seguro estaba agradeciendo las vistas. El rostro de Emma estaba encendido, tal vez, por el calor o por la actividad misma de ir y venir, no podía adivinarlo, pero estaba hermosa. Le miró las piernas y negó con la cabeza.

Los pasos firmes de Emma le suministraban a su cadera un meneo lento y tortuoso para quien gustara de las curvas pronunciadas. El maquillaje de sus ojos le daba un aire de sensualidad que se incrementaba con el peinado, que no era más que una cola de caballo, pero tan tirante que dejaba cada rasgo expuesto y los de Emma eran sensuales, no perfectos, pero sí muy sexis para los ojos de los hombres. La camisa era sencilla, con rayas verticales celeste y blancas, no obstante, la talla era una menos de la que ella necesitaba o quería; el botón, ese que tapaba justo hasta donde los más atrevidos querían ver, se desprendía constantemente por estar demasiado tirante. Sus pechos eran grandes, ni el peso perdido los había disminuido de tamaño. Alan sabía qué tan fabulosos eran esos pechos desnudos, por eso no quería mirarlos, ni imaginarlos o recordarlos siquiera.

—¿Estás bien? —preguntó Roque, palmeándole la espalda.

—Sí, sí. Ya vuelvo —balbuceó y se alejó. ¡Qué mala idea había tenido, muy mala idea! Pateó las patas de una silla que se puso en su camino y soltó un apremiante: «¡Mierda!». Necesitaba tomar algo fresco, con un poco de alcohol, nada fuerte, pero sí adormecedor. Se preparó su trago preferido y volvió a la mesa. Nunca se imaginó que la encontraría justo ahí.

—¿Y tú de dónde saliste, bombón? —preguntó Roque. Las mujeres así de voluptuosas le parecían increíblemente atractivas. Emma se sintió intimidada. No supo si sonreír o decir algo para que ese hombre no se sobrepasara con ella.

—Compórtate —sentenció Alan, tomando asiento a su lado. Ella no lo había visto llegar. Aflojó los hombros sintiéndose segura y estaba por preguntarles si quería pedir algo, pero el hombre se le adelantó.

—Un monumento como tú en este lugar corre peligro —señaló Roque, pensando en Alan y su nueva inclinación a llevarse a cualquier mujer a la cama.

—¿Se te ofrece algo más? —preguntó Emma, no en buen tono.

—Si no estuviese en la acera de enfrente, me apetecerías tú.

—Mira... —comenzó a decir, envalentonada, quería ponerle un freno sin importar si el dueño estaba o no ahí.

—Tranquila, Emma, es inofensivo. Es muy, mejor dicho, demasiado homosexual —gruñó. No podía creer que Roque se hubiese desubicado de esa manera—. Ve, que te llaman de aquella mesa.

Ella se dispuso a cumplir la orden, no sin antes mirar al piropeador inoportuno y sonreír sin entender demasiado lo que había pasado.

—¿Y eso? ¿Demasiado homosexual? —interrogó Roque, nunca su amigo se había referido a él de esa manera, jamás.

—Es Emma —Suspiró al decirlo. No sabía qué esperar de Roque al enterarse de ese detalle.

—Emma... ¿Tú Emma? ¿Aquella Emma? —Fue reaccionando mientras la nombraba, no podía creerlo.

—La misma. Esa Emma.

—¡Ay, cariñito! Ahora te entiendo. ¿Pero no es mucha curva para tu cuerpecito? —dijo con sarcasmo, solo para molestarlo, mientras se divertía con el descubrimiento.

Alan no dijo nada. Ni falta hacía. Él sabía la verdad. Su cuerpo, delgado o no, había sido suficiente para todas esas curvas y no solo una vez.

Theo llegó justo a tiempo y su novio lo puso en antecedentes.

—¿Contrataste a esa arpía?! ¡Alan, por el amor de Dios! ¿Te volviste masoquista o buscas venganza?

—Nada de eso, la encontré en la calle y estaba buscando trabajo. Ella me ayudó aquella vez.

—A ver, pongamos las cosas en claro. ¿Todavía te gusta?

—No —sentenció. Se puso de pie y caminó hasta la barra. De pronto, y así sin más, estaba analizando la posibilidad de darse una oportunidad con Belén.

—Alan, ¿puedo hacerte una pregunta? —Emma se acercó dubitativa. Lo vio responder con un movimiento de cabeza afirmativo—. ¿Recuerdas que me gusta la fotografía? Bueno, el hecho es que sí, me gusta. No importa si lo recuerdas. Quisiera pedirte permiso para hacer algunas fotos aquí en mis momentos de descanso o cuando no estoy trabajando. La verdad es que me inspira el lugar.

—Mientras no dejes esperando a nadie por su bebida, no me importa.

—Gracias. —Emma escuchó un gruñido en vez de un de nada y dio media vuelta.

—¿Emma?

—Dime.

—No, nada —murmuró y se obligó a cerrar los ojos. Recordaba cuánto le gustaba que ella se girase de esa forma tan... No quería repetir costumbres y, así y todo, lo hacía. Era más fuerte que él.

Necesitaba distraerse, esa noche no tocaba la banda y estaba como loco por la ansiedad.



## Capítulo 10

Pasaron dos semanas. Emma solo trabajaba los días entre semana. Alan lo había dispuesto así porque todavía no estaba muy seguro de mostrarse ante ella. Se sentía expuesto y vulnerable cantando todas esas canciones que hablaban de sus sentimientos. Su esencia se ponía al descubierto en el escenario. Adoraba cantar y tocar la guitarra, era su pasión, un sueño cumplido, además de ver El nuevo 35 lleno casi todas las noches o tener la casa propia.

Alan había llegado más lejos de lo que jamás imaginó. Nunca pidió de más, le alcanzaba con lo que podía tener o le podían ofrecer. Jamás reparó en el detalle de haber superado tantos obstáculos, solo sorteaba las piedras del camino y seguía avanzando, pero sin bajar los brazos y acompañado de su tenacidad, la que le había dado ese plus que no esperaba. Roque y Theo sí lo reconocían y por ese motivo se asociaron con él. Tenían toda la confianza puesta en ese muchacho, y ofrecerle el dinero para renovar el bar era apostar a él y a un futuro promisorio para los tres.

Emma ya conocía a los socios de Alan y estaba contenta con el trabajo. Puso el coche en venta para poder acceder a uno más económico y quedarse con la diferencia de dinero, no quería aparentar lo que no era. No tenía una situación económica tan solvente como para conducir un automóvil de lujo, o mantenerlo. Su mente aprendió a vivir en su propia realidad, sus metas eran cortas y sensatas. No soñaba con grandes ostentaciones, ya no. No porque no le gustaran, sino porque sabía que no la hacían feliz, como había imaginado alguna vez.

Sonrió al ver la fotografía recién revelada, todavía tenía el mal hábito (por lo costoso) de utilizar negativos, cuando se podía permitir los cartuchos. Ahora que tenía las dos máquinas, una con rollos de los viejos y la otra digital, las utilizaba a ambas. La elección dependía del objeto a fotografiar y de su inspiración.

Alan era un hombre apuesto, más que antes, eso pensaba mirándolo en ese retrato robado. Podía ver en él una seguridad que antes no tenía, no obstante, podía distinguir una mirada que tampoco tenía. Algo le decía que Alan no era feliz, que algunos problemas o tristezas lo tenían así de cabizbajo.

Jamás asoció aquella despedida con la actualidad de Alan. Lo que ella sí asociaba con esa noche era lo mal que la miraba o le hablaba, incluso la indiferencia con la que a veces la trataba. Intentó que no le importase, necesitaba el trabajo y, además, le gustaba el lugar. Y le daba tiempo para poder hacer sus fotos recorriendo la ciudad, ¿qué más podía pedir? Se había propuesto, y estaba analizando la forma de hacerlo, comenzar a trabajar en fotografía social. No en eventos. Ella quería fotografiar personas para mostrarles lo que veían los demás en cada uno de ellos. ¡Era tan buena en eso! Su profesor le había dicho que tenía el don de retratar el alma de la gente y cargar de emoción a una simple foto de objetos inanimados. Le costó lo suyo asumir que podía, realmente, ser buena en algo. La costumbre de creerse inútil no se perdía con facilidad.

Se alisó la falda y se recogió el cabello. Tomó el sobre con algunas de las fotos que había tomado y se encaminó al trabajo. Ese fin de semana sí le tocaba ir al bar. Volvió a pensar en la posibilidad de preguntarle a Alan cómo es que se había convertido en dueño y dónde se suponía que estaba Saúl y, una vez más, se sintió tan lejos de él que no lograba animarse. Refunfuñó al recordar a Belén, ella no se sentía tan lejos de él, para nada. Cada vez que podía lo tocaba o besaba. No, no podía permitirse esos pensamientos. No quería ponerse a cavilar qué tan profundo eran sus sentimientos por Alan, prefería seguir pensando que estaban muertos.

Alan preparó los instrumentos y el banquillo en el que a veces se sentaba sobre el escenario. Estaba realmente nervioso y ansioso. La necesidad lo había obligado a convocar a Emma, una de las chicas estaba enferma. Maldijo al golpear los dedos e inspiró profundo para calmarse. Su parte necia intentaba convencerlo de que Emma no era nadie en su vida o, mejor dicho, que era solo un pasado doloroso, pero superado.

—¡Y una mierda, superado! —exclamó.

—¿Estás bien? —preguntó Belén, y lo ayudó con los preparativos.

—Sí, gracias.

—Ya sabes...

—Sí, ya lo sé —la interrumpió, riendo por la respuesta que ella siempre le daba—.

¿Belén?

—¿Sí? —La chica giró y Alan no sintió ni la más mínima emoción al verla volverse hacia él. No lo tentaron sus curvas o su rostro, los ojos no tenían esa chispa de inquietud y duda que tan hermosos hacían lucir otros ojos, unos más perspicaces, que miraban fijo y robaban suspiros.

—Nada. —Su análisis acababa de finalizar.

No podía tener nada con esa chica por muy interesada que ella estuviese. Si solo le proponía una noche de locura, más que eso no podía ni quería ofrecerle, luego deberían trabajar juntos y ser su jefe se volvería incómodo. Además, no le inspiraba ni una pizca de deseo y ahora, muy a su pesar, podía saber lo que era desear a alguien de verdad, con furia, con ganas que se acumulaban tanto que había vuelto a eso de masturbarse en la ducha porque sí, por tener el cuerpo adolorido y la urgencia apretando en su ropa interior. Una vez, más maldijo su mala idea de ofrecerle trabajo a Emma.

Levantó la mirada y la vio entrar, como si la hubiese convocado con su pensamiento. Ella lo divisó y levantó la mano para saludarlo. ¡Le gustaba tanto! Otra vez estaba cayendo en las redes de esa mujer. Pero no podía bajar los brazos en su empeño. Su terquedad debería servir, siempre lo hacía. Suspiró al verla acercarse con esa sonrisa que lo debilitaba y se obligó a no mirarla.

—Hola. Quiero darte esto. Son fotos que saqué y... no sé, imaginé que podrían gustarte. Sales en algunas, espero que no te moleste. Te las dejo aquí —agregó Emma al ver que él no le respondía, y puso el sobre sobre el teclado. Le hubiese querido preguntar qué banda venía, pero no parecía propenso a mantener una conversación con ella. Decidió, como todos los días, alejarse de él. La diferencia, esa vez, estaba en el dolor que cada vez se volvía más punzante.

El nuevo 35 estaba a tope. Emma no podía creer que hubiese tanta gente. Algunas mesas habían desaparecido y en cambio habían puesto unas más altas y pequeñas para que la gente apoyase sus vasos y bebidas. No había tantas sillas y entraba más público. Agradeció la buena idea que tuvo de llevar su cámara. Esperaba poder hacer buenas tomas de los músicos. Estaba tan entusiasmada buscando el ángulo perfecto que no vio que ya estaban tomando su lugar en el escenario.

Los primeros acordes la sorprendieron, pero al levantar la vista y verlo a Alan ahí, erguido, con su guitarra colgada al hombro, la mano sobre el micrófono, una sonrisa radiante y su voz retumbando alto y claro la dejó con la boca abierta. Entonces recordó aquel sueño que ella menospreció y sus ojos se llenaron de lágrimas de culpa, y de orgullo por él, por qué no reconocerlo.

Su corazón comenzó a latir al ritmo frenético de la música, sus ojos no querían mirar hacia otro lado, estaba maravillada. Alan brillaba en esa pequeña tarima.

—¿Estás bien? —le preguntó Roque al verla inmóvil.

—Sí. Un poco sorprendida. Sí sabía que Alan tocaba la guitarra, pero no que lo hacía aquí.

O no lo recordaba.

—Desde hace más de tres años tocan aquí. Llenan cada fin de semana. Se vuelven mejores en cada presentación.

En ese instante comenzó la primera canción y la piel de Emma se erizó. Su voz era ronca, fuerte y entraba en su cerebro apabullándolo. Negó con la cabeza y cerró los ojos. Le encantaba.

¡Cómo le gustaba escucharlo cantar!

Pero tenía que concentrarse y trabajar.

—Permiso, tengo que atender esa mesa —dijo, escabulléndose. Roque le dio el consentimiento y sonrió. Esa mujer estaba loca por Alan, se le notaba. Él lo notaba. Le daba un poco de miedo que volviese a perturbarlo, no quería verlo sufrir otra vez.

Emma taconeó a velocidad, sus pulmones pedían aire y sus piernas un poco de descanso. Era suficiente. La puerta del depósito estaba cerrada, suponía que nadie iría ahí. Su corazón parecía un tambor. Las canciones de Alan le sonaron demasiado íntimas, la música quería hacerlas sonar enardecidas, pero eran sentimentales. De pronto, se lo imaginó escribiendo su sentir y se llevó la mano al pecho. Sus ojos picaban. No podía ser, no quería imaginar que esas canciones hablaban de ellos.

Empujó la madera y entró, el espacio estaba bastante oscuro, ideal para ocultarse. Se apoyó en una pared y sintió las primeras lágrimas. Se las secó con rabia y ya no se permitió llorar por algo perdido.

—Mañana renuncias —se dijo—. No vas a volver a lastimarlo. Cinco minutos, solo cinco minutos de lástima son los que te permito —murmuró para sí, mientras se quitaba los tacones y masajeaba sus pies, apoyada contra una pared y cerrando los ojos ante el placer de calmar su molestia. Un gemido se le escapó cuando apoyó las plantas desnudas sobre el suelo fresco.

—¿Qué haces? —preguntó Alan, poniéndose las manos en los bolsillos, tuvo que reprimir una sonrisa. Además de un jadeo. Esa mujer le provocaba lo que ninguna otra. Por ejemplo: desnudarla ahí mismo y arremeter contra ella sin importarle quién los pudiese ver.

—¡Perdón! —exclamó, sobresaltada. Se puso los zapatos en un abrir y cerrar de ojos y giró sobre sus talones para irse. ¿Cuándo había dejado de cantar? Se quedó sin aire al verlo sudado y feliz, parecía feliz. ¿Eso producía la música en él?

—No me respondiste —masculló él. Su pecho se expandía en cada respiración, estaba agitado, sí, pero por haberla encontrado ahí, encerrada, sola, gimiendo en una oscuridad invitadora. Su sensibilidad estaba a flor de piel como cada vez que cantaba ese último tema donde contaba aquel rechazo tan doloroso. No sabía si ella lo había escuchado o no. Más de una vez fantaseó con cantarle «Amor dañino» a ella, para que supiese cuánto le dolió su desprecio.

—Solo pretendía tomarme unos minutos de descanso. No quiero que... yo no... Alan, solo necesitaba un instante.

—Entiendo.

Pero no, no entendía. La notaba más retraída desde hacía unos días, dudando cada vez que se dirigía a él. Suponía que era el resultado de su trato. Se odiaba por eso, pero necesitaba esa distancia. Tantas veces había querido preguntarle qué pasó con Miguel, con aquellas promesas que la convirtieron en una soñadora despiadada que había pisoteado su amor con una crueldad que todavía no olvidaba. Creía que la había perdonado, pero al volver a verla confirmó que no.

Emma suspiró resignada, tenía que pasar muy cerca de Alan para poder salir del depósito. Los brazos se rozaron sin querer. Él la tomó del codo y la presionó contra la pared, vio que sus ojos destilaban una luz cegadora, adoraba esa mirada de duda. ¡Cómo le gustaba esa mujer!

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. No obtuvo respuesta.

Los labios de Emma se entreabrieron y se le escapó un suspiro asustado. Quería besarlo, lo extrañaba, lo soñaba, lo deseaba.

—¿Escuchaste mis canciones? —le preguntó Alan, y su aliento chocó en el rostro de Emma.

—Sí, son hermosas. Me gustó verte en el escenario. Cantas muy bien —murmuró ella, y acercó su boca a la de él—. ¿Me besas?, por favor.

Alan dejó que ella apoyara sus labios en los de él. No, no quería besarla ni que lo hiciese ella. Su cuerpo pensaba diferente porque no se movió ni la rechazó. Sintió las manos femeninas atrapándole la cara. No se había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados. Era una sensación fantástica. El escalofrío que le recorrió la espalda no le gustó, o sí, le encantó, pero lo aterró. Lo desestimó, ganó más su desesperación y la urgencia al sentir cómo la lengua de Emma acariciaba sus labios. Llevó la mano a la nuca de ella y la besó con la boca abierta, devorándola con una angustia que le oprimía el pecho. El amor volvía a querer meterse en el medio, no podía permitirlo, no debía hacerlo.

«¿Cómo impedirlo?, ¿cómo negarme? ¿Cómo escapo de ella?».

Emma lo abrazó para pegarlo a su cuerpo, era cálido, fuerte y se acoplaba a su figura a la perfección, le gustaba. Su gemido se escuchó tan claro que se avergonzó. Una mano masculina presionó su trasero y ella enredó la pierna con la de él, dándole permiso, no podía parar. Lo necesitaba, era una sensación rara, le ardía el cuerpo. Abrió los ojos para verlo y se alejó un poco para tomar conciencia de lo que estaba pasando. No se arrepentía, ¡por Dios!, no. Cómo hacerlo si lo deseaba como nunca a nadie.

—Alan —suspiró al nombrarlo. Quería invitarlo a su casa, conversar, disculparse con él, arreglar las cosas, empezar de nuevo. Besarlo una y mil veces, hacer el amor, pero de verdad, no como aquellas dos oportunidades. Esta vez lo quería hacer sin arrebatos, lentamente, dejando la piel en cada roce, en cada caricia.

Él la miró a los ojos y levantó las manos negando con la cabeza.

—No, Emma. No vas a volverme loco otra vez, no te lo voy a permitir —casi gritó esas palabras, y la dejó sola. Se fue dando un portazo.

Emma parpadeó dos o tres veces para retener las lágrimas. Él tenía razón, no podía negarlo. Le encantaría poder explicarle todo lo que había vivido. Contarle cuántas cosas había aprendido en ese tiempo, hacerle saber que ahora entendía que la realidad era una y no se la podía forzar, que creía que los cambios eran paulatinos y estaba dispuesta a lograrlos con constancia y por sí misma.

«Perdiste la posibilidad. Lo perdiste a él, por idiota», se dijo, y con un disfraz de indiferencia se dispuso a terminar con su horario laboral.

Antes de irse a casa pudo ver a Alan subir la escalera hacia su ático con una escultural morena de piernas eternas y diez kilos menos que ella.

—Tal vez, eres la culpable de eso —le dijo alguien a su espalda y al darse la vuelta se encontró con Roque sentado cómodamente, tomando una cerveza. ¿Qué tanto podía saber ese hombre?, se preguntó. No tuvo tiempo de formular la pregunta en voz alta—. Siéntate, toma algo conmigo. Lo conozco desde hace años. A Alan digo. Sé todo de él. Y sé quién eres tú. No soy nadie para pedirte explicaciones, aunque sí lo soy para exigirte que no lo vuelvas a lastimar.

Emma lo miró a los ojos y vio sinceridad. Le caía bien. Lo veía tratarlo con cariño a Alan, no dudaba de su amistad. Sintió que debía explicarse porque las palabras estaban atragantándola desde hacía un par de horas. Exactamente, desde que Alan la abandonó a su suerte en aquel

depósito oscuro.

—No quiero lastimarlo, nunca quise hacerlo. No sé cuánto o qué te ha contado. Mira..., quizá, no te importe y no quiero que tomes como excusas mis palabras porque no lo son. Toda la vida soñé con algo y cuando ese algo estuvo al alcance de mi mano, apareció Alan. No supe elegir, lo sé. Hoy lo sé. Dicen que el amor es fuerte y que todo lo puede, que alcanza para luchar contra lo que sea, pero yo no tuve el valor de enfrentarlo, de dejarme llevar. No me animé. Preferí lo seguro.

—Emma, no voy a mentirte. No me caes mal, pero si tengo que elegir entre mi amigo y tú, sales perdiendo. —Ella sonrió como respuesta. Era una obviedad.

—Mañana hablaré con Alan. Nos debemos una charla que estamos evitando. Que *él* está evitando. Y después me voy. Deberían ir buscando un reemplazo. No puedo quedarme. Verlo me hizo mal, intenté acostumbrarme a su presencia en mi nueva vida, pero no pude. —Emma se puso de pie y de inmediato lo hizo Roque, alarmado. Lo último que quería él era que ella desapareciese otra vez. Temía por su amigo.

—No lo hagas, Emma. —Ella se enojó y sin darse cuenta elevó la voz

—Yo también sufrí, Roque. Y sufro, carajo. Un error no me convierte en el demonio, ni en una mujer de hielo. Nadie sabe, porque a nadie se lo dije, lo que amé y amo a ese hombre que lo único que hace es ignorarme o hablarme con malos modos.

Tomó sus cosas y salió corriendo, llevándose por delante a Theo en el camino.

—¡Emma! —gritó Roque, persiguiéndola, pero no logró alcanzarla. Abrazó a Theo y negó con la cabeza—. Creo que metí la pata, cariño. Dice que se va.

\*\*\*

Emma llegó a su casa llorando. No estaba enojada con Roque porque podía entenderlo. Era lógico que le dijese todas esas cosas si Alan le había contado lo que pasó. Lo molesto era que la creyesen tan fría como para no empatizar con ella, aunque más no sea, un instante. También había sufrido, ¡demonios si lo había hecho! Una madre como la suya se padecía a diario y desde pequeña; una vida idealizada por años, soñada cada maldita noche, imaginada como la solución a sus problemas se convertía en una meta mentirosa, pero imprescindible; la soledad en una situación precaria se volvía terrorífica; la falta de amor se convertía en una sombra que debía ocultarse con cualquier cosa, aunque fuese con una farsa. Ahora entendía todo, pero no antes. Debió llegar hasta la cima para comprobar desde allí arriba que abajo también se podía estar bien y a salvo.

«¡Acaso son todos perfectos!, ¿nadie equivoca el camino? ¿Todos saben vivir sin equivocarse?», murmuró, dejando sus pertenencias sobre el pequeño sofá que adornaba la esquina de su salón-comedor. Se secó las lágrimas otra vez y se encaminó a la ducha. Había aprendido, entre otras cosas, a no compadecerse más de sí misma. Ya encontraría otro trabajo. Tenía el dinero de la venta del coche y si era necesario vendería el pequeño también. Tenía también lo que Miguel le puso en la cuenta bancaria, todavía no lo había devuelto, lo haría una vez que tuviese un trabajo seguro. No era el caso, desde la mañana siguiente ya no tendría uno. Pensaba hablar con Alan, quisiese o no. Algo más encontraría.

No pretendía ni debía lastimar más a la única persona que la amó con sinceridad, eso sin tener en cuenta que también era la que ella había amado con todo su corazón. Tampoco quería reconocer que ese amor había despertado o renacido en esas últimas semanas. ¿Para qué? Ya era tarde, ya nada podía hacer.

Percibía el rencor en Alan, podía olerlo, verlo, sentirlo en cada mirada que le daba. No era una locura que el beso fuese intenso, tan intenso como ese resentimiento, como las ganas de mostrarle que con él no podría jugar más... tan intenso como para dejarla temblando, anhelando, sangrando por dentro por ese amor negado por ella misma y su mala elección de vida.

Alan cerró los ojos al sentir la tibia piel de la jovencita que lo acompañaba en su cama. Las manos de ella lo acariciaban sin pedir permiso, con los labios le humedecía el pecho, el cuello, el abdomen y lograba despertar su necesidad, sí. Eso deseaba con todo su ser: olvidar el beso y la urgencia de poseer a la mujer que todavía ocupaba sus sueños. Jadeó al sentir que su sexo se perdía en una boca de labios finos y apretó las sábanas. La muchacha no tuvo que trabajar mucho porque él había colaborado con su imaginación. Lamentablemente, cosa que esa chica nunca sabría, Alan pensó en alguien más para llegar al éxtasis que ella buscaba.

A las dos horas, la compañía sobraba. Supuso que su poca predisposición quedó clara porque la chica se despidió sin decir nada. La acompañó a la calle, guiándola por el pasillo que conducía a su casa y no pasaba por el bar ya cerrado. La despidió con un suave beso en los labios y suspiró aliviado.

Era horrible sentirse así. No quería utilizar a las mujeres que buscaban pasar un buen rato con él, pero inevitablemente, eso estaba haciendo desde hacía algunas semanas. En concreto, desde que Emma había vuelto a su vida, y a consecuencia de su propia estupidez, un detalle nada menor. Maldijo en voz alta y se acarició los labios recordando el beso. No quería aclarar nada al respecto con Emma, ella no merecía hacerlo, ¿o sí? No, suficiente con lo que le dijo. Había sido muy sincero.

No permitiría que lo volviese loco, lo dijo de verdad. Ya demasiado tenía con él mismo y sus ideas tontas de intentar revivir... «¡Revivir nada!», se repitió. Era una locura demasiado peligrosa probarse a sí mismo cuánto de aquel amor era real o si estaba engañándose por la inoportuna necesidad que ella le originaba.

Tomó el sobre que había dejado sobre la mesa y sacó las fotografías que Emma obtuvo. Le parecieron geniales, eran muy vívidas, tenían algo... como si desprendiesen energía. Era difícil de describir la sensación al verlas. Se encontró en unas cuantas y se le puso la piel de gallina. Por supuesto que se reconocía, pero veía algo diferente en su propia mirada: una melancolía que no advertía en su reflejo frente al espejo.

No quiso darle más vueltas al asunto, supuso que estaría vulnerable por el beso con Emma. Creyó oportuno acostarse a dormir y dejar la mente en blanco.

Se despertó sobresaltado con el ruido del timbre que sonaba insistente. Miró el reloj para verificar si había dormido. Ya era casi el mediodía. Como cada mañana de domingo no amanecía antes de esa hora. Por lo general, se acostaba demasiado tarde y en el caso de la noche anterior o, mejor dicho, madrugada retozó con una compañera sobre su propia cama haciendo más largo el día y más corto su descanso.

Se puso de pie a regañadientes y, sin hacer ninguna elección previa, se vistió con unos pantalones y una camiseta cualquiera. Abrió la puerta de entrada con el portero eléctrico, sin preguntar quién era, porque sabía de sobra que era Roque, y se dirigió al baño para adecentarse y lavarse los dientes. Lo que menos esperaba era encontrarse con Emma en su salón, observándolo todo con una expresión maravillada.

—Hola, Alan. Déjame decirte que este lugar es precioso —indicó, señalando el ático de paredes con ladrillos a la vista.

Era un espacio enorme que integraba todas las estancias de un apartamento. Una habitación

acristalada y llena de instrumentos y equipos de sonido le indicaba a Emma que esa podía ser una sala de ensayo; más allá una puerta cerrada; otra entreabierta daba cuenta de un dormitorio desordenado, suponía que sería el de Alan porque lo había visto salir de allí; un baño se dejaba ver más cerca de la entrada y donde ella estaba parada era un espacio de recepción con algunos adornos que, suponía, serían del antiguo bar y le daban al ático un toque *vintage* muy acogedor y vanguardista al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alan. No la esperaba, definitivamente, no.

—Te envié un mensaje de texto para avisarte que vendría. Supongo que no lo viste. —Él negó con la cabeza y se encaminó a la cocina. Necesitaba un café—. Ayer se lo dije a Roque, pero corresponde que lo hable contigo, fuiste quién me contrató.

Alan no quería escuchar más. Ella no podía volver a abandonarlo, otra vez, no. Era incapaz de reconocer que la quería a su lado, que le gustaba verla a su alrededor, que eso lo hacía sanar su corazón herido y saberla tan cambiada colaboraba con sus secretas intenciones de perdonarla. Era inconsciente de todo eso. Lo que sí podía apreciar era el cosquilleo de sus manos. Deseaba abrazarla y retenerla a su lado.

—¿Quieres café? —preguntó con intención de interrumpirla.

—Sí, gracias. Te acepto un café y un vaso con agua. —Alan se lo dejó sobre la mesa y le indicó que tomase asiento. Era una situación un poco incómoda, al menos, para él—. Esos instrumentos ¿son todos tuyos?

—No. El bajo, la batería y el teclado no. Las dos guitarras sí y el equipo ese grande también.

—Tienes un hermoso apartamento.

—Gracias —murmuró. Hubiese querido contarle que su remodelación había sido más costosa de lo pensado y tenía un crédito bancario que pagar. Tres años más de cuotas mensuales se lo recordaban cada mes—. Vi las fotos. Son muy buenas.

—Gracias. Hice algunos cursos y hasta una exposición que no salió muy bien. Ahora tengo una cámara que casi hace el trabajo por mí.

—No creo que eso sea cierto. Parece que tienes talento.

—¿Eso es un piropo? Gracias, me halaga mucho viniendo de ti.

—Emma...

—Es broma, Alan. Mira, no quiero molestarte más. Te noto inquieto cada vez que estamos juntos y no mereces estar así en tu propio espacio. Solo quería decirte que renuncio.

—¡No puedes! —exclamó Alan, y se arrepintió al instante. Debería haber dicho: no quiero, pero no podía exponerse y no quería tampoco. Ella se puso de pie dispuesta a irse y tuvo que inventar una excusa creíble—. Necesito reemplazarte, dame un par de semanas.

—Solo si no me miras más con esa cara de asco que, últimamente, me dedicas o dejas de gruñirme en vez de hablarme. Sé que te hice daño, Alan, y me arrepiento a diario. Yo misma me perjudiqué al dejarte ir por cumplir un sueño tonto. No te pido que me entiendas. No te pido nada en realidad, no creo tener el derecho ni tú la obligación. Sufrí mucho rechazándote. También te amé. Te... —Inspiró profundo para callar el *te amo* que tenía atragantado, temía que él se regocijase en ese pequeño triunfo. Sería una buena oportunidad de vengarse que ella no le dejaría al alcance de la mano. Lo miró a los ojos para ver lo que podía adivinar, pero era lo mismo de siempre, no podía ver nada en ellos. Estaban demasiado cerca y eso la ponía en alerta, su cuerpo le atraía como un imán—. ¿Me lo prometes?

—Lo intentaré —reconoció él. No podía despegar los ojos de esa boca que deseaba más que el café que se había enfriado ya. Suspiró y sintió que era el momento de defenderse o

explicarse—. ¡Te quise tanto, Emma! No tienes ni idea. Te soñé demasiadas noches. Me fui enamorando de una ilusión, no tienes la culpa de eso. Te fuiste metiendo en mí, enroscándote como una serpiente, apretando mi corazón, mientras yo creía que podía cambiarte y tampoco te responsabilizo por eso. Te culpo por rechazarme y decirme que me amabas en el mismo momento, fue como clavarme un puñal y retorcerlo para abrir más la herida.

—Tenía una meta, Alan, y sueños. Te interpusiste en mi camino desestabilizando mis ideas. No te esperaba, no te quería ahí, molestabas, me vulnerabas porque me hacías débil. No podía permitirme flaquear en ese momento. No podrás entenderme. Tenía una vida de fantasías vacías y quería llenarlas a costa de lo que fuese. Hoy sé que no era necesario. Pero tuve que aprender. Y no te enamoraste de una ilusión, contigo fui yo misma, sin tapujos, sin ocultarte nada. —Alan la miró en silencio—. Tienes esa forma de verme... Eres muy bueno mirándome mal.

—Entonces enséñame a mirarte bien.

—Si no quieres, no lo podrás hacer nunca. No puedo enseñarte nada. Viste en mí lo que ni siquiera yo sabía que poseía. Me obligaste a enfrentarme, a descubrirme, a analizar demasiadas cosas que hacía mal. ¿Sabes?, me retracto. No me miras mal, solo me ves, y eso incluye mis defectos, y son los que más llaman la atención. Me expones.

Alan vio las lágrimas encerradas en esos ojos que no lo abandonaban, ella parecía estar buscando auxilio y, sin meditarlo, extendió una mano para acariciarle la mejilla. Ella sonrió con ternura y entonces pudo escuchar el *crack* que hizo su armadura al romperse.

—Necesito un abrazo —susurró, dudosa.

—Solo si te quedas trabajando en el bar y nos damos la oportunidad de volver a empezar como los amigos que una vez fuimos.

Ella afirmó en el mismo instante que Alan se acercaba para pegarla a su cuerpo. ¡Menudo mentiroso estaba hecho! Jamás podría volver a ser aquel amigo. Era imposible. Sentía su corazón galopar descontrolado, sus manos la apretaban con fuerza, como si quisiese fundirla en su pecho y atraparla ahí para siempre. Tenía tanto miedo, estaba, realmente, asustado por todas las sensaciones que Emma le provocaba. No sabía hasta dónde permitirse acercarse a ella, pero lo pensaría después, cuando se fuese de su casa dejando su aroma, y volviendo a odiarla por eso.

Emma estaba eufórica. No sabía cuánto de perdón tenía ese abrazo, tampoco preguntaría. Demasiadas palabras le había dedicado y sus miradas ahora eran dulces, y tal vez, un poco intimidantes, no quería estropear el momento.

Disolvieron el abrazo sin alejarse. Alan contempló sus labios con demasiada hambre, ella pudo notarlo y lo deseaba también, como nada en el mundo. Pero de verdad, no quería volver a complicar las cosas.

—Será mejor que me vaya —balbuceó. Alan se había acercado un poco. Era innegable que estaba por besarla.

—Sí, creo que es lo mejor —dijo él, envolviendo las palabras en un suspiro.

No se podía permitir caer en esas redes otra vez. Ella lo había salvado y se lo agradecía. Se mantendría lo más alejado posible de esa tentación.



## Capítulo 11

Los días se sucedían y la relación, si bien no era todo lo fluida que alguna vez había sido, mejoraba. Emma no podía negar que Alan lo estaba intentando. Lo interesante era su nuevo acercamiento a Roque o, mejor dicho, el que ese hombre promovió con el correr de las semanas, sorprendiéndola para bien. Lo único que le molestaba un poco era la duda de saber si lo hacía por verdadero interés o para verificar que no se arrimaría a su amigo para lastimarlo, aunque, estaba más inclinada a pensar que, tanto Roque como Theo, querían saber si amaba a Alan. Ella se lo había gritado, los nervios le habían jugado una mala pasada aquella noche. Por supuesto que no le preguntaría nada al respecto ni hablaría con ellos sobre sus sentimientos, apenas los conocía. Se sentía muy cómoda con ambos, mejor con Roque porque era más simpático, hablador y estaba más presente en el bar.

Y su amor por Alan... estaba ahí, parecía tomar impulso y arremolinarse a la espera de explotar con furia un día. Lo veía, cada tanto (demasiado seguido para su corazón herido), subir de la mano de alguna esbelta mujer, y con lágrimas en los ojos huía hacia su pequeño refugio, como llamaba a su apartamento, y se lamía las heridas mirando fotos que le robaba mientras cantaba, tocaba algún instrumento, armaba sus deliciosos tragos o sonreía entre la gente. Su pecho dolía cuando sus pulsaciones se aceleraban al verlo acercarse con una de sus escasas sonrisas dibujada en esos labios tan hermosos. Cada vez que lo miraba, no podía dejar de reparar en la forma de la boca, era tan perfecta.

Siempre había soñado a lo grande y estaba cometiendo el mismo error: soñar con algo casi imposible. Alan, su perdón, sus caricias, sus besos y su cariño eran las cosas más inverosímiles con las que debía lidiar, no obstante, su mente parecía enfocada en lograrlas a todas, de a poco y una por vez, pero todas.

—¡No puedo creer que te dediques a eso, Roque! No tienes aspecto de tener un *sex shop* —exclamó Emma, al enterarse del rubro comercial de Roque.

Estaban sentados frente a la barra. Todavía no había gente que atender, era muy temprano para ser sábado, la gente comenzaba a llegar más tarde.

—¿Y qué aspecto es ese? —preguntó, jugando a hacerse el ofendido.

—No me hagas caso. Estoy prejuizando. No es algo con lo que esté familiarizada.

—Entonces, con más razón, deberías pasar por el negocio.

—Ya lo creo, ahora que sé que es tuyo y lo tengo tan cerquita. Pensándolo bien, a mi soledad le vendría bien un compañero a pilas. Y Theo, ¿qué hace? —La amistad nueva de Roque y Emma estaba basada en momentos compartidos y bromas. Tal vez, hablaban un poco de la historia de su niñez o juventud, pero nunca habían llegado a mantener una relación de intimidades y secretos, tampoco ahondaron demasiado en sus actividades actuales. Sin pensarlo, esa noche se estaba dando para avanzar un paso más.

—Mi amorcito es director de videos y cortos pornográficos de temática homosexual, preferiblemente de hombres. —Emma se tapó la boca antes de soltar la carcajada—. Vaya dos, ¿no?

—¿Qué pasa hoy que nadie trabaja? —gruñó Alan, parecía de mal humor. Y lo estaba.

Para él, Emma era un espectáculo de mujer que lo tentaba con su sola presencia y si esa

presencia estaba acompañada de risas, gestos extrovertidos y movimientos que exponían su cuerpo, en particular, sus pechos, más todavía. No restaba importancia a esa nueva relación que lo ponía nervioso o celoso (jamás lo reconocería). Ahora, Emma dedicaba su guiño de ojo a su amigo y esa sonrisa preciosa y cómplice que alguna vez le dirigió, también. Nada para él. Solo recibía miradas indecisas, sonrisas culposas y sus palabras tenían que ver con lo laboral, casi estrictamente.

—Claro que trabajamos, pero no hay nadie todavía. Estoy descubriendo la curiosa vida de tus amigos —respondió Emma, apoyando los codos en la barra y uniendo sus pechos en el proceso. La simple imagen dejó sin aire a Alan. A Roque tampoco le pasó desapercibida la pose de Emma, ni la reacción de Alan.

—¡Ay, mujer, si yo no fuese tan gay! —suspiró, su idea era molestar a Alan.

Emma le caía muy bien y, sin conocer todavía los pormenores, estaba seguro de que lo que había vivido la había cambiado por completo y se merecía una nueva oportunidad. Alan estaba loco por ella. Se le notaba en las miradas y en la insistencia a mostrarse con mujeres para darle celos, tontos, que solo lastimaban. Aunque, podía entenderlo si con eso él se curaba un poco.

«La revancha, a veces, trae consigo el alivio de los pesares, tal vez este es el caso», pensó.

—Vamos, ¡a trabajar! —gritó Alan, estaba celoso y rabioso.

Sus ojos se dirigían siempre al mismo punto: a Emma. Y su cuerpo respondía de una absurda manera: excitándose, dejándose provocar, poniéndose en alerta y esperando.

—Espera, Emma. Antes de que esto se llene de gente tengo una propuesta para ti. A ver qué te parece, Alan. ¿Te gustaría hacer fotos en el bar para poder exponerlas? Imaginé algunas de varios tamaños en el espacio que da a los baños. Alguna detrás de la barra, en la entrada... no sé, supongo que al verlas podremos pensar dónde ubicarlas.

\*\*\*

Desde esa misma noche, Emma se convirtió en la fotógrafa oficial de El nuevo 35. Cuando la banda estuvo sobre el escenario, su obturador no dejó de clipear. Sacó fotos a los tragos multicolores, a las botellas que estaban en exposición y a los cajones del depósito. Captó imágenes de los pies bailando, las manos entrelazadas de las parejas, los abrazos de los amantes, las risas contagiosas... Todo se volvía interesante bajo su lente.

—Alan, ¿me permitirías sacar algunas fotos de tus instrumentos y de ese espacio *vintage* que tienes? Me parece precioso y son recuerdos del antiguo bar, pueden servir —le preguntó Emma, mientras él preparaba alguna de sus mezclas. Ya no quedaba gente y ella misma había terminado su turno.

—Claro. ¿Me subes la guitarra?

—Por supuesto, solo déjame cambiarme y la busco.

—Puedes usar mi baño.

Y eso hizo. Se puso una falda informal y una camiseta, colocó su uniforme en una percha y comenzó a hacer su trabajo, intentando no distraerse con los efectos personales de Alan. Su perfume estaba ahí, su ropa, su cama, su aroma, su impronta vivía en cada rincón. Ese apartamento era un fiel reflejo de su dueño y Emma estaba maravillada con verlo manifestado en cada esquina.

—¿Cómo vas? —preguntó el propietario, y Emma se sobresaltó. El silencio que la rodeaba la tenía muy concentrada.

—Ya terminé, solo quiero volver a dejar todo como estaba. Aunque... ¿posarías para mí?

Alan sonrió un poco con picardía y otro poco con incomodidad. Jamás había posado para nadie y tampoco se creía capaz de hacerlo para Emma.

—Yo te voy diciendo lo que debes hacer, no es nada complicado y nos llevará pocos minutos.

En silencio, Alan fue acatando órdenes. Los destellos del *flash*, a veces, lo cegaban. Emma apuntaba y gatillaba, y él se enamoraba más de ella en esa actitud tan entregada, tan pasional.

—¿Te gusta sacar fotos? —preguntó curioso.

—Me encanta. Es lo que más me gusta en el mundo. Toca una nota, cualquiera, y mírate los dedos. —Alan sonrió e hizo lo que le pidió. Emma captó una mano de dedos firmes apretando las cuerdas tensas, la parte de atrás de la cabeza con el cabello despeinado y otra mano acariciando la guitarra, como si fuese una amante. Era una fotografía cortada, parcial, solo ella adivinaba hasta dónde mostrar o qué ocultar y el resultado era perfecto—. Creo que tengo suficiente para comenzar a trabajar. Me tardaré unos días en traerlas, tengo que entregar un encargo.

—¿Un encargo?

—Estoy haciendo fotografía social. No en eventos sino a bebés o parejas de novios, familias... En fin, lo que me pidan.

Alan solo movió la cabeza dándose por satisfecho con la respuesta y se acercó a la cocina a buscar un par de refrescos. Al volver con ellos la descubrió mirándolo como embobada y se detuvo al instante. Su cuerpo no se resistió a la tentación de tenerla cerca. Pudo reparar en las piernas desnudas y en los pies descalzos con un simple repaso, volvió a echar un vistazo a los ojos de ella y ahí seguían examinándolo.

—Emma.

—Lo siento. Ya me voy —susurró. Con torpeza, guardó sus cosas y en pocos segundos estaba rumbo a la escalera.

Alan la interceptó antes y, quitándole lo que tenía en las manos para dejarlo en el suelo, la apretó contra la pared. La tomó de la cadera haciendo chocar sus cuerpos y se acercó a sus labios para besarlos entre suspiros.

No podía creer que estuviese besándola, teniéndola entre sus brazos. Era la peor de las torturas y lo mejor que le había pasado en años. ¿Cómo podía sentir por Emma cosas tan ambiguas, tan opuestas?

Emma sintió que su cuerpo era una bola de energía a punto de explotar. Fue consciente de los dedos de Alan apretando su carne; del aliento tibio chocando en su rostro; de la presión que, en ese instante, ejercía un brazo envolviendo su cintura y unos dedos cerrándose en su nuca. Estaba atrapada. Sus propias manos buscaron qué tocar y se acomodaron en el cabello corto y alborotado del hombre que parecía estar hiperventilando mientras la devoraba con fiereza. Abrió los ojos, pudo sentir que él la miraba sin dejar de besarla. Estaba tan cerca que podía ver su reflejo en las pupilas de él. Y una nueva guerra de lenguas curiosas se libró entre jadeos.

De a poco la cordura volvía a instalarse entre ellos. Alan estaba inquieto e indeciso. Le besó la mejilla y le mordió, con suavidad, el lóbulo de la oreja, luego le acarició el cuello con la nariz. Era incapaz de alejarse, sin embargo, quería hacerlo. La piel de Emma, tan cerca de sus labios, era una invitación que no podía rechazar. Acarició el cuello femenino con su boca, sin besar, lo recorrió una y otra vez, disfrutando de la maravillosa sensación que le obligaba a cerrar los ojos y suspirar. Necesitaba despegarse de ella.

Emma percibió la vacilación en Alan y no podía aceptarla, no esta vez. Sus sentimientos estaban exacerbados por ese abrazo y las caricias que hablaban de cariño, de amor, de gustarse de verdad; no gritaban sexo duro y puro sin emociones como alguna vez había pasado. Imaginó,

envuelta en esa bella burbuja, que tenía algo por lo que valía la pena luchar. No podía consentir que el orgullo de ambos, el error del pasado y los enojos innecesarios los alejaran, nuevamente, de un amor que parecía real y duradero, un amor bueno y sano.

Bajó las manos por los hombros y llegó hasta el pecho de Alan, que subía y bajaba preso de exaltación. Apretó los puños tomándole la camiseta y, sin previo aviso, giró para que fuese él el que quedara contra la pared y ella apretando su cuerpo. Lo vio abrir los ojos con asombro, y le encantó sorprenderlo.

Parecía que actuaba con una seguridad aplastante, pero por dentro temblaba. No quería que la rechazase, no podría soportarlo. Con una calma que no sentía, le recorrió el torso con las palmas abiertas, varias veces, mientras respiraba, agitada, frente a sus labios. Él hacía lo mismo frente a los de ella, Emma sabía que Alan deseaba un beso, aunque también sabía que su mente estaba en una lucha interna contra ese deseo. Una de las veces que sus manos recorrieron el camino hasta la cinturilla del pantalón, se adentraron bajo la camiseta y tiraron de ella hacia arriba. Los brazos de Alan colaboraron subiendo, y cuando lo tuvo con la piel expuesta y los brazos arriba de la cabeza, lo tomó por las muñecas y le impidió moverse.

—Me encantas —susurró y lo besó. Apretándose contra él. Quería que la sintiese.

Alan estaba inmovilizado, un poco, por las manos de ella; y otro poco, por su necesidad de darle el mando. Que fuese ella la responsable de todo. Lo bueno y malo que pudiese pasar a partir de ese instante sería su culpa. ¿A quién quería engañar? Necesitaba sus besos, sus caricias, ese cuerpo prohibido y perfecto ante sus ojos. Su mente tenía la excusa perfecta para dejarlo entregarse al placer que añoraba sentir en brazos de Emma. Ella era caliente, besaba como una diosa y acariciaba con pasión. Le ardía el pecho. Tenía ganas de gritar y no sabía si de impotencia o alegría.

Abrió los ojos para cerciorarse de que de verdad era ella, su amada maldita, y sí, lo era y estaba despertando aquel amor nocivo que él había puesto a dormir. Lo peor de todo era que no parecía un buen despertar. La furia corría por sus venas acarreado ese amor y todo lo demás: el dolor, los recuerdos, la pasión y el miedo. Se sintió inútil. Alguna vez, había querido matar ese sentimiento con latigazos de odio que nunca tuvieron efecto, por eso se había dedicado, a conciencia, a adormecerlo, porque no creía que fuese capaz de erradicarlo de su corazón, y a la vista estaba. Volvió a cerrar los ojos, entregándose a sentir sin ver y ¡por Dios, cómo sentía!

—Quédate así —le pidió ella mientras se quitaba la camiseta y dejaba caer la falda al suelo. Quedó vestida solo con su conjunto de ropa interior.

—Déjame verte —rogó Alan. No había cuerpo femenino que lo provocase más con sus curvas que ese. Era voluptuosa, deseable, hermosa.

Emma hizo dos pasos hacia atrás, alejando las prendas que estaban en el suelo y se mostró ante él. Esa mirada era como una caricia divina que nunca volvió a sentir desde hacía casi tres años. No podía arrepentirse de sus decisiones y no lo hacía, aunque quisiese volver el tiempo atrás y aceptar el amor que Alan le había ofrecido. Él la hacía sentir única, importante, deseada, bonita, eso había pasado desde siempre y, aun así, no tuvo el valor de cambiar sus sueños viejos por unos más nuevos que le daban pánico. En aquel momento, el amor no había entrado en la ecuación de sus necesidades. Ya no pensaba lo mismo.

¿Acaso eso era justo para Alan? No, tal vez, no. Lo único que podía hacer desde ese mismo instante era dedicarse a mostrarle su amor, a rogar su perdón, a enseñarle a confiar en ella, a amarla otra vez. Con esa intención, volvió a acercarse, puso las manos sobre el cuerpo delgado de su amado y le mordió el labio inferior, quizá fue un poco ruda, por eso calmó el dolor con la lengua y, para distraerlo, le bajó el cierre del pantalón y lo dejó caer. Se pegó a él para sentirlo

piel a piel y le susurró al oído:

—Quiero que me hagas el amor, quiero que confirmemos juntos los motivos por los que debemos amarnos. Enamórame de nuevo, Alan —su mano subía y bajaba por el erguido sexo de él y la otra mantenía elevados los brazos masculinos.

—No me dejas mover —balbuceó él. Podía hacerlo, pero ella estaba al mando.

Emma se alejó y lo liberó mientras se quitaba el sostén. Sabía que sus pechos eran la perdición de Alan. Eran incontables las veces que lo había descubierto mirándoselos. Y esperó.

Alan se abalanzó contra ella para besarla, apretando los puños en ese trasero que lo enloquecía, la atrajo hacia él y puso sus pieles a arder con el contacto.

—No quiero enamorarte, no te alcanzó una vez. Te amé, Emma, y te odié en la misma medida.

El beso era rabioso, desgarrador. Alan, ante la vulnerabilidad que Emma le provocaba, volvió a sentirse traicionado, esta vez, por sus propios sentimientos.

Emma se apartó y lo miró a los ojos.

—Entonces ódiame, ámame a tu manera. Dame todo ese dolor que me pertenece, que quiero transformarlo en placer.

Alan inspiró profundo, tenía dudas, muchas, sabía que hacer el amor con Emma sería un antes y un después. Y hasta, quizá, saliese herido nuevamente, pero ¿cómo decirle que no a su urgencia?

Elevó las manos y le apretó los senos, los pellizcó, los devoró con la mirada. Emma solo respiraba atormentada por las sensaciones, no quería hacer ningún movimiento que lo alejase. Estaba siendo brusco, pero igual le gustaba.

Alan seguía en su limbo: adorando el cuerpo de Emma. Sonrió, imperceptiblemente, al darse cuenta de dónde estaban sus manos y apretó los enormes pechos para unirlos y encajar su rostro entre ellos, aspiró su aroma y sintió las manos de ella acariciando su cabello. Se recreó mordisqueando, pellizcando, rasguñando, succionando, nada era suficiente.

—¡No puedo! —exclamó. Le dolía desearla tanto, tenía miedo del después. Se alejó de ella rumbo a la cocina, después de abandonar los pantalones en el suelo. No estaba siendo él mismo, no se reconocía.

—Alan, ¿qué pasa?

—Te tengo miedo, Emma. Eso pasa. ¡Mis sentimientos hacia ti me quiebran, me atemorizan y no sé por qué actúo contigo con esta violencia física o verbal! —gritó.

—No me molesta que seas apasionado, Alan —murmuró acercándose, no dándose por vencida. Él había hablado de sentimientos, ya averiguaría cuáles eran en concreto.

Alan la tomó de la cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo otra vez. Jadeando con enojo la besó y le mordió el cuello.

—Parece como si necesitase hacerte doler para saciar mi angustia de haber sufrido por ti —masculló entre beso y beso. Su erección se frotaba contra ella, inquietándola. No quería que todo acabase ahí.

—Alan...

—No te vayas sin despedirte por la mañana —jadeó Alan en la boca de Emma, que ya había perdido su ropa interior y estaba siendo acariciada con una desesperación contagiosa.

—No me iré. Desayunaremos juntos.

\*\*\*

Emma despertó en una cama ajena que olía maravillosamente: a hombre, a sudor y sexo. Abrió los ojos y se encontró a Alan mirándola. Estaba boca abajo, con los brazos bajo la almohada, desnudo... Suspiró y sonrió. Una vez más la había hecho gritar de placer. Él, solo él.

—Qué guapo te ves al despertar —ronroneó, acariciándole la mejilla y él le guiñó un ojo.

—Gracias —agregó y se guardó las palabras que tenía atragantadas. Ella se veía radiante, exuberante. Quería volver a sentirla sobre su cuerpo y dejarse envolver por sus brazos. También había adorado la maravillosa sensación de poseerla observándola desde arriba, cuando sus caderas se acoplaban en busca del elixir que tantas veces había procurado encontrar bajo la ducha, masturbándose en su honor. Tenía miedo de endulzarle el oído, de contarle su verdad, de exponerle su alma. Y más miedo le daba preguntar si algún otro hombre había satisfecho su deseo o seguía siendo el único.

Claro que no tenía derecho alguno a querer que así fuese, tres años era mucho tiempo y él no había sido un santo, todo lo contrario. En sus sábanas había luchado mil batallas para olvidar el cuerpo que ahora despertaba a su lado, lánguido, desprovisto de toda prenda y tentador, como siempre lo soñó desde aquella primera vez que lo había acariciado.

Emma le sonrió y aceptó su silencio, era paciente. Reconocía el temor de Alan como algo válido, real y no lo culpaba de sus dudas, es más, lo entendía. Ella había sido la responsable de quebrar su confianza. Lucharía con todas las armas que tenía a su alcance para revertir la situación.

—Déjame mirarte —le pidió incorporándose y sentándose sobre sus piernas.

Comenzó a acariciarle la espalda, estaba muy concentrada archivando cada imagen en su memoria y disfrutando de ese instante impensado. Le mimó los hombros y luego los omóplatos. Alan era delgado, sus músculos eran firmes, pero no sobresalían, apenas se apreciaban. Apoyó los pulgares en la base del cuello y los deslizó por la columna mientras que sus dedos y palmas acariciaban la piel tibia, produciéndole una sensación de plenitud y una seguridad de estar en casa que nunca había sentido. Al llegar al trasero, él se removió bromeando y ella se lo acarició, notando los laterales hundidos.

—Tienes el culo flaco —le anunció entre risas y él se giró divertido.

—Estoy siendo evaluado, entonces. —Ella negó con la cabeza, no se animó a decirle que estaba siendo admirado, no evaluado.

Estiró las manos y le corrió todo el cabello hacia atrás. Quería ver el rostro de Alan al natural, quería corroborar si sus sueños la habían engañado. Y no, por el contrario. Los ojos seguían pareciendo maquillados y la miraban con esa intensidad que la inhibía por momentos, la nariz le parecía gorda todavía y los labios, definitivamente, podrían ser de mujer por su perfección. Entonces, él apretó su mandíbula y tragó saliva, la nuez de Adam se removió en su garganta y la masculinidad de esos movimientos la fulminaron. Suspiró y sonrió.

Alan tenía que seguir controlándose, pero esa mujer se lo estaba poniendo muy difícil. Ese cuerpo era la gloria así desnudo ante sus ojos. Las caricias suaves, apenas perceptibles, estaban volviéndolo loco y más si venían acompañadas de esa hermosa investigación visual. Entrecerró los ojos al sentir el pellizco en sus tetillas y ella sonrió con pillería. Apretó las manos en las piernas de Emma y jadeó.

—Quería ver cómo reaccionaban —susurró Emma, y siguió mimando la hermosa piel de Alan.

Emma podía contar sus costillas, en esa posición se veían con claridad y, ante el suspiro de él, el abdomen se hundió ensanchando el pecho. Lo acarició con la misma parsimonia con la que él la miraba. Lentamente, se recostó sobre la piel tibia y la besó tantas veces como se le antojó, hasta que tuvo sus labios frente a la deseable boca masculina.

Alan no soportó más, quería pegarla a su pecho, acunarla ahí para siempre, obligarla a declararle su amor eterno y encerrarla en su ático para que no pudiese abandonarlo jamás. Con una mano le acarició la espalda y con la otra el cabello alborotado. Podía notar su respiración errática, su corazón parecía un potro salvaje. Inspiró profundo ante el beso húmedo que ella le dio en su pecho y apretó su agarre. ¡Qué bien se sentía!

Emma sonrió ante el fuerte abrazo de su hombre y se sintió feliz por primera vez. ¡Qué estúpida había sido! Sus ojos se llenaron de lágrimas. Esas lágrimas querían llevarse su pasado, pero era imposible. Sus decisiones erradas no desaparecerían, aunque llorase una eternidad. Lo que no significaba que las próximas debían ser igual de malas.

—Perdón, Alan. A partir de hoy solo voy a hacerte feliz, te lo prometo.

Él la miró a los ojos cuando ella se incorporó y se quedó sin palabras al ver el llanto silencioso de Emma.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Emma, ¿qué pasa?

—No quiero ser una de esas patéticas lloronas arrepentidas, solo quiero enmendar mis errores.

—En su momento creíste que esas decisiones eran buenas, que ese era el mejor camino que podías tomar y lo seguiste con dedicación, con garra, con tenacidad. Eso habla bien de ti.

—No seas necio, Alan. Nunca estuviste de acuerdo con mis metas y mucho menos con la forma de llegar a ellas. No mientas ahora —dijo alejándose de él. Se recostó sobre su espalda y miró el techo. Tenía miedo de que lo poco que había logrado con Alan volviese a desaparecer entre enojos y altercados inútiles.

Alan giró para quedar sobre ella y puso su rostro muy cerca del de Emma.

—Sigo pensando que tu meta era una mierda y el camino hacia ella una mala elección. Lo que pondero es tu fuerza por llegar, tu lucha por lograrlo.

Se miraron en silencio, callando sus dudas, sus sentimientos y sus inseguridades.

—¿Sigues teniendo miedo? —le preguntó ella, acariciando sus mejillas.

—Sí. La verdad es que estoy aterrado —susurró, se dejó caer sobre su espalda y se tapó los ojos con el antebrazo.

—Ya no soy aquella Emma, Alan. Hoy quiero ser feliz conmigo misma y eso me acercó a ti, porque me haces bien. Soy mejor persona a tu lado. No voy a hacerte sufrir. Esa es mi nueva meta —dijo en broma. La tensión del momento era insoportable. No quería volver a llorar y mostrarse vulnerable. No por vergüenza u orgullo sino para no predisponer a Alan a nada que no quisiese hacer o decir.

Él la miró con una sonrisa preciosa en los labios, parecía haber bajado las defensas. Le acarició el labio inferior con el dedo y le dio un casto beso.

—¿Pelearás por mí con la misma fuerza? —Ella afirmó con la cabeza, estaba más que dispuesta a hacerlo. Alan valía el intento, lo amaba como nunca amó a nadie. Él le sonrió otra vez y le impidió decir nada más, acercándose para besarla. Estaba exhausto. No tenía ganas de seguir peleando con sus sentimientos. Se entregaría a ellos, con cuidado, eso sí, no obstante, dejaría de luchar. Ya no podía mantenerse distante y silencioso—. Te amo, Emma, pero necesito tiempo para aceptarlo.

## Capítulo 12

Esa noche de sexo, pasión y amor no se había vuelto a repetir. Emma seguía empeñada en reconquistar al hombre de su vida, ya no lo veía de otra manera. Su cuerpo se alborotaba, su corazón se volvía loco y su respiración se agitaba cada vez que él le dedicaba una simple mirada, ni hablar si le sonreía. No había sido una mujer de muchos amores, pero no podía desconocer el hecho de que sus sentimientos por Alan habían sobrevivido años de distancia y se habían fortalecido incluso en esa ausencia que ella misma había provocado.

Pasados unos diez días, ya tenía las fotos editadas e impresas y se las mostraría esa tarde al llegar a El nuevo 35. Le había enmarcado una, con las dimensiones justas para decorar un espacio de su apartamento. Había varias que podían adornar algún que otro rincón, pero no quería abrumarlo con tantos regalos.

—Hola, criatura sexi —bromeó Roque al verla pasar caminando por la puerta de su negocio—. ¿Vas con tiempo? ¿Qué llevas ahí?

—Hola, guapo. ¿Me harás una propuesta indecorosa? Esto es un regalo para tu socio. No te diré más —respondió entre risas, entrando al local. Se sorprendió al ver la cantidad de estanterías repletas de todo tipo de artilugios sexuales—. A esto le llamo yo variedad.

—Aquí hay algo que lleva tu nombre —susurró su nuevo amigo, tendiéndole una caja negra con frente transparente—. Obsequio de la casa.

—Roque, no sé...

—Hey, es un regalo y solo se dice gracias. Ya dirás otras cosas cuando se conozcan en la intimidad de tu cuarto.

Emma quería cambiar de tema, hablar de su intimidad no era de su agrado y mucho menos si en ella pululaba el amigo de su interlocutor. Porque tenía muchas ganas de contarle que ella prefería pasar la noche con Alan a tener sexo con un trozo de silicona, por más tentador que este fuese. No se negaba a utilizarlo, de seguro lo probaría, pero las ganas de tener a Alan entre sus piernas no mermarían ni un poco. Ahora que sabía que él la enviaba a disfrutar esos orgasmos que alguna vez le fueron negados... Todavía no podía creer que su cuerpo vibrara de esa manera en cada éxtasis que le provocaba.

—Gracias, entonces. ¿Sabes que alguna vez pensé que podía ser frígida o tener algún trastorno de ese tipo? —dijo y se arrepintió al instante. No entendía cómo podía haber soltado por su boca esas palabras. Se la cubrió con la mano y dio un paso hacia atrás, necesitaba huir.

Roque pudo notar su incomodidad, no quería perturbarla. Había oído muchas historias en los años que tenía el negocio. El rubro laboral al que se dedicaban con su pareja no solo se limitaba a la exploración sexual sino también a mejorar la vida íntima de los individuos y las parejas, además de solucionar ese tipo de «dificultades» que casi siempre se silenciaban. Se preguntaba si Alan estaría al tanto, ¿le habría hecho la misma confesión? ¿Habrían tenido inconvenientes? No debía inmiscuirse en eso, si él no le había dicho nada, guardaría silencio. ¿Dios, cómo se contendría de preguntar?

—No te ruborices, conmigo no. ¿Lo solucionaste? —Ella afirmó con su cabeza—. Bien, entonces, son buenas noticias. Aquí me tienes para lo que necesites.

—Gracias. ¿Sabes lo que tengo en el bolso? —preguntó, necesitaba cambiar de tema—.



Las fotos que me encargaste.

—¡Genial! Te tardaste más de lo que mi ansiedad soporta, mujer. No se las muestres a nadie hasta que no cierre y pueda ir al bar, ¿me lo prometes?

Emma afirmó y se encaminó hasta su trabajo. Las piernas todavía le temblaban con la declaración que había hecho sin querer. Era un tema que todavía le pesaba en su inconsciente y debía asumir que el miedo a padecer alguna enfermedad, o lo que fuese, la había perturbado más de lo debido. Años enteros de no obtener placer en una relación sexual precedían al descomunal orgasmo que había tenido con Alan aquella lejana vez; y luego, la despedida demasiado intensa que todavía recordaba como si hubiese pasado ayer. Tres años de sequía habían sucedido a semejante hallazgo. No podía decir que lo extrañaba, uno no puede acostumbrarse a una novedad si no la vuelve un hábito.

Distinto era desde hacía diez días, no podía pensar en otra cosa cada vez que se desnudaba para darse la ducha diaria y se miraba al espejo. Parecía seducirle su propia desnudez o el mismísimo aire rozando su piel, que se erizaba con la sola idea de ser acariciada por las manos de Alan, por las de nadie más. Eso no era bueno, porque si él no la perdonaba o aceptaba no quería otra piel contra la suya, no imaginaba que pudiese ser posible que un desconocido lograra tocar esas teclas que Alan supo encontrar.

Hablando de Alan... fue lo primero que vio al entrar al bar. Era noche de música y eso la ponía enardecida. Verlo en el escenario era sensacional. Alan brillaba mientras tocaba su guitarra o cantaba. La hechizaban esos saltos enloquecidos que daba al rasgar las cuerdas con un golpe duro. Cerró los ojos y negó con la cabeza mientras se sonreía, estaba loquita por ese hombre.

Alan levantó la vista como si ella lo llamara. Estaba esperando su entrada con ansias, como cada día. Ella iluminaba sus tardes, mal iba con la idea de mantenerse alejado para explorar sus sentimientos. Ya nada podía hacer con ellos más que aceptarlos y dejarse llevar. Con miedo, con dudas, pero se dejaría envolver por ese torbellino de pasión y ternura que Emma le inspiraba.

La vio levantar la mano a modo de saludo, parecía tímida y él sabía que no lo era. Le gustaba un poco esa actitud dubitativa que le mostraba, era inseguridad, y un poco de cosquillas le hacía en su interior la revancha. ¿Era sano eso? No, tal vez no, pero ¿cómo se convencía para no sentir las? Theo le había asegurado que debía darse tiempo, que las cosas se acomodaban en un nuevo lugar y eso parecía estar pasando, porque cada vez más creía en el arrepentimiento de Emma. En esa dedicación a enamorarla, a que volviese a gustar de ella, de toda ella, no solo de su cadera o sus pechos. De eso jamás había dejado de gustar.

—Hola, te traje un regalo —dijo, emocionada, al verlo acercarse.

—¿A ver? —Alan quedó maravillado con la imagen en blanco y negro, plasmada en papel, de sus dedos, su cabello y su guitarra. Un escalofrío le recorrió la espalda, sentía como si ella lo hubiese estado espiando, esa foto era su fiel reflejo—. ¡Guau!

—Guau, me gusta o no.

—Guau, me encanta —la interrumpió y le regaló una sonrisa preciosa. Emma se la devolvió con una inmensa felicidad haciendo cosquillas en su estómago.

—¡Qué bonita foto, jefe! —ronroneó Belén, y le acarició la espalda.

No era nada nuevo. Esa chica se tomaba demasiadas libertades con el cuerpo de Alan. Lo novedoso era la impotencia que Emma sentía y las ganas de arrancarle su hermosa cabellera de un tirón. La chica en cuestión se había tomado unos días de vacaciones y Emma no la había extrañado para nada. No le caía mal, solo que conocía las intenciones que tenía, y esas no eran de su agrado. Pretendía reconquistar a Alan y no quería un bellezón entorpeciendo sus propósitos.

—Gracias, la tomó Emma.

Alan la miró a los ojos al nombrarla y vio como fulminaba con los de ella a Belén. No lo tuvo muy claro desde el comienzo, pero se convenció al ver la seriedad del rostro cuando divisó la mano de la muchacha sobre su hombro y la cercanía que provocaba que algunas partes del cuerpo se rozaran, como los pequeños pechos femeninos y su propio costado. Una sonrisa ladina se instaló en su boca y su deseo respondió excitándolo sin previo aviso.

—¿Dónde lo colgarías? ¿Me ayudas a darle un lugar? —Emma afirmó con la cabeza. Belén le había robado el buen humor con su vuelta al trabajo. La vio que los seguía con total confianza y no quiso imaginar que también había retozado en la cama de «su chico», como lo había llamado más de una vez. Ahora pretendía que fuese «suyo», no de ella. Quería borrarle la idea gritándole un par de palabrotas, algo impropio de ella. En su vida había sentido esos celos tan irracionales. Claro que tampoco había estado tan enamorada nunca como para sentirlos—. Belén, por favor, ¿me acomodas los instrumentos? Dejé todo desordenado.

—Claro, Alan —respondió la nombrada y dio media vuelta, un poco contrariada, eso sí.

Una vez en el ático Alan dibujó una sonrisa plena y se plantó delante de Emma.

—¿Qué te molesta más: que me toque o que se lo permita? —le preguntó con provocación. A Emma le indignó la pregunta, la ponía en evidencia. No podía creer que Alan fuese tan cruel exponiéndola de esa manera. Bueno, a decir verdad, siempre había sido así de directo.

—Ambas —respondió. Si quería la verdad, era esa.

Alan se hizo el importante y afirmó con la cabeza, ella se estaba ganando un beso de esos que los dejaban sin aire. Además, le debía un agradecimiento bien dado por el hermoso regalo. Pero la haría desear o pedir, ya ella optaría qué hacer.

—¿Te parece en esta pared?

Emma no podía creer que se comportase de esa forma. ¿Qué buscaba? ¿Que ella diese el primer paso? No le temblaría el pulso al hacerlo. Lo miró de arriba abajo y suspiró, quería que notase su deseo. Alan tragó en seco, se ponía nervioso cuando ella iba de frente. La culpa era suya por provocarla, sin embargo, le encantaba.

—La imaginé aquí. —Emma señaló la pared en cuestión y tomó el cuadro. Lo presentó a la altura que le parecía y él le confirmó que ahí lo colgaría—. Bien. Si eso es todo, ¿ya te puedo besar? Necesito marcar mi territorio.

La inmovilidad de Alan le dio el permiso que pedía y lo abrazó enredando los dedos en el cabello alborotado. El beso era intenso y ruidoso, los suspiros y gemidos no dejaban dudas de cuánto les gustaba. El abrazo de él fue poderoso, unió los cuerpos de tal manera que ella pudo notar su erección. Le llamó la atención que estuviese en ese estado y elevó las cejas a modo de pregunta, apartando sus labios de los de él, sin dejar de acariciarle la nuca y el cabello.

—Me puse como loco al notar tus celos —respondió él sin dejar de mordisquearle los labios y el cuello.

—¿Y por qué no me besaste primero?

—Cobardía, dudas, ¿qué derecho tengo?

—Todo el derecho. Te lo otorgo, ¿firmo algo? —inquirió juguetona y le acarició la entrepierna haciéndolo temblar.

—Duerme conmigo esta noche —pidió él, alejándose. Tenían trabajo y la gente los había visto subir. No le gustaban los chismes. Había aprendido, por Saúl, que no eran buenos en el trabajo.

—¿En calidad de qué?

—No lo sé. ¿Necesitas un título para acostarte conmigo?

—No, si me prometes que no soy una más de tus conquistas.

Alan estaba por asegurar que no tenía conquistas, pero sería mentir. Suponía que ella llamaba así a las mujeres con las que subía a su casa cada tanto y se había encargado de restregárselas por las narices. Ahora se arrepentía, pero ya estaba hecho.

—Lo prometo —aseguró. Desde aquella noche no había más mujeres en su vida. Si Emma tenía que sentir celos de algo era de su propia mano o del juguete de silicona con forma de boca que Roque le había regalado—. Vamos a trabajar. No me gusta que se hable sobre lo que no se sabe.

Emma comprendió lo que quería decir, tampoco le gustaban los cotilleos. Aun así, un poquito le había molestado que no quisiese que se enterasen de su relación. ¿Acaso tenían una? Eso debería arreglar antes de seguir jugando con fuego, sin pedirle más compromiso que la verdad y una nueva oportunidad. No creía en el *felices para siempre*, lo que no significaba que no intentase lograrlo.

Para asegurarse que ese cuerpo espigado era de ella y debía mantenerlo alejado de cualquier otra buscona se apoyó en la pared de entrada al apartamento y le pidió un nuevo beso.

—Solo para que nos quedemos pensando en los que nos daremos más tarde —murmuró, seductora.

Alan le sonrió con una sensualidad que Emma no conocía y, apoyándose en ella, la besó con pasión. Las manos masculinas colaboraron apretando los fantásticos pechos de Emma con fuerza, los adoraría más tarde, pero si ella quería pensar en eso mientras trabajaba, la muestra no estaba de más. Emma odiaba gemir con un solo beso, la ponía al descubierto de cuánto le gustaban y si las manos entraban al juego su cuerpo se aflojaba y su mente dejaba de funcionar. Nunca había necesitado tener sexo con alguien, ahora sabía lo que era sentir esa urgencia. La culpa era de él.

—Vamos o no respondo por mis actos —jadeó Alan, y le dio un último beso apretando sus labios cerrados y tomándola de las mejillas—. Me encantas tú, Belén no me gusta nada.

Al bajar al salón recibieron la mirada inquisitiva de la muchacha. Emma solo elevó los hombros a modo de respuesta. No le debía ninguna explicación a esa buscona, ¿estaba tan celosa de esa muchacha! Le caía bien, lo que no le gustaba nada era la cercanía que provocaba con Alan.

—Por fin te encuentro —gritó Roque al verla, la música sonaba alta y era imposible no elevar la voz—. ¿A ver esas fotos?

—¿Qué fotos? —preguntó Alan y al notar que Emma sacaba un sobre con muchas de ellas se asombró—. ¿Por qué no me dijiste nada?

Los tres se pusieron a ojear las imágenes. Emma estaba nerviosa, la conformaba su trabajo, pero no sabía si a ellos les gustaría. Por las caras de ambos, parecía que sí, entonces sonrió con mucha alegría. Había hecho un trabajo minucioso, bien pensado. Alan solo la miró y le guiñó el ojo, ya sabía que era de pocas palabras y con ese gesto le alcanzó.

—¡Son fantásticas! No puedo hacer más que felicitarte —exclamó Roque y le dio un abrazo apretado que a su amigo no le divirtió nada. Sin motivos ni experiencia, Alan estaba estrenando eso de los celos inoportunos que lo perturbaban y lo ponían de mal humor—. Tengo otro encargo. Ya lo conversé con Theo. ¿Te animas a hacer fotos de desnudos? Quiero crear un calendario para vender en el negocio, pero fotos artísticas, nada burdo. Ya tengo los modelos, son algunos de los actores que trabajan para mi cariñito. ¿Qué me dices?

—Que no —susurró Alan, no le gustaba la idea.

—Nunca lo hice, Roque. ¿Me lo dejas pensar? —preguntó y, ante la afirmación de él, les dijo que tenía que trabajar. Ya hablaría con Alan al respecto. Estaba furiosa.

Le prometieron elegir algunas de las impresiones y decirle los tamaños en las que las querían, ya luego le pagarían por el trabajo completo. Emma estaba ansiosa por devolverle el

dinero a Miguel, por fin. Además, tenía ganas de saber algo de él, no lo había vuelto a ver. Era un buen hombre, tal vez no seguirían siendo amigos, no frecuentaban los mismos lugares y tenían gustos diferentes, pero se había ganado su cariño y agradecimiento por siempre.

—¿Y eso qué fue? —preguntó Roque a Alan en voz baja una vez que Emma se alejó. Alguna idea se le ocurría. ¿Qué pasaba entre esos dos?

—Que eres un desubicado, eso fue —gruñó Alan y lo dejó solo.

Roque soltó una carcajada demasiado sonora que su amigo escuchó y se giró levantando el dedo del medio. Sí, definitivamente, algo estaba pasando entre esos dos.

\*\*\*

—Mides cuarenta y dos besos —susurró Alan en el oído de Emma y esta se paralizó. Casi se le cae la bandeja de las manos. Estaba acomodando todo para irse, o quedarse en el apartamento de arriba, en la cama del hombre que la estaba seduciendo en ese instante con un beso fugaz en la nuca.

Alan había mirado, antes de hacer ningún movimiento, si alguien los veía. Por suerte para él, todos se habían ido. De solo pensar en que Emma dormiría con él su ansiedad estaba en el punto más alto de lo que podía ser capaz de soportar. Le acarició la cintura y la abrazó por detrás. No era propenso a ese tipo de demostraciones, pero estaba dispuesto a todo por ella. Ya estaba listo para perdonar y seguir hacia adelante. Su amor era demasiado fuerte y quería disfrutarlo, no negarlo ni ocultarlo.

—Me asustaste —susurró ella y acarició los brazos que la tenían apresada. Un abrazo como esos era impensado, jamás imaginó una escena tan preciosa como la que estaba viviendo. Cerró los ojos y suspiró apoyando la cabeza en el hombro de Alan.

—¿Te quedas? —Ella afirmó y él le besó la mejilla—. Entonces subamos. Mañana terminamos con esto.

Subieron la escalera tomados de la mano, riendo por tonterías. Emma le pidió permiso para darse una ducha rápida y él la esperó preparando algo sencillo para cenar. Era de madrugada, pero su organismo estaba acostumbrado a esos horarios.

Alan necesitaba y quería saber lo que había pasado en la vida de Emma cuando la perdió de vista. No era por cotillear ni por celos, era una curiosidad que no desaparecía. Ella, ahora, era una persona muy distinta a la que lo había abandonado a su suerte aquel lejano día, con indiferencia en su mirada, con palabras crudas, sin adornos, que dolieron como puñales clavándose en su pecho.

Emma se mostró predispuesta a contarle todo, pormenores incluidos. No habló sobre los miedos ocultos de Miguel porque no le correspondía. Acurrucada entre los brazos de Alan le contó sobre sus aprendizajes, sobre los errores cometidos, sobre todas esas tonterías que alguna vez tomó como las verdades máximas de la vida. Sobre esos maravillosos hijos que protegieron a un padre que parecía estar siendo atrapado por las garras de una arpía, así los veía, porque no estaban tan desacertados juzgándola.

En esos tres años aprendió a vivir de nuevo, era consciente. Su necesidad desapareció como por arte de magia, la realidad se impuso mostrándola como lo que era: una perdedora que se creía reina. La humildad jamás había sido practicada por Emma, hasta ahora. Incluso un sano orgullo propio se instaló en su conciencia, instruyéndola en eso de ganarse por sí misma las cosas que quería, por ejemplo, el dinero.

—Y en esto me convertí —murmuró al finalizar.

Estaban recostados en la cama, ella con una camiseta prestada, él con su ropa interior y nada más. Emma lo besó en los labios y se recostó sobre él, acariciándole la cara.

—Eres más hermosa aún —afirmó devolviéndole el beso y mimándole la espalda por debajo de la tela.

Él también había aprendido mucho de aquel rechazo lejano, tuvo mucho tiempo para pensar, claro que sí: entre otras cosas, aprendió que el amor no lo es todo; que la vida es difícil y cada uno hace lo que puede; que los amigos son la mejor familia; que amar puede ser una mierda si no se es correspondido, pero que igual es el sentimiento más hermoso que existe; que su terquedad no es infalible y que el tiempo pone cada cosa en su lugar. Emma estaba donde debía estar: en su casa, en su vida. Había vuelto a él y él la estaba aceptando. Era sanador creer que esta vez el amor alcanzaría porque había determinación de ambas partes para entregarse a él.

—Alan, quiero algo más de ti —comenzó a decir Emma, sin dejar de mirarlo a los ojos y tocarle la cara—. No solo sexo. Quiero tu compañía, tus pensamientos, tus sonrisas, que compartas tu vida conmigo. Solo si es lo que quieres. Nunca hice esto, pero creo que es mi turno para pedir una oportunidad de estar juntos. Yo también te amo, Alan. Es cierto que no lo dije cuando lo esperabas, estoy dispuesta a hacerlo ahora y gritarlo si es necesario para que lo escuchen en todos lados. Aunque, solo me importa que lo sepas tú y que lo creas de verdad.

—Esto es toda una declaración.

—Lo es. Y la hago con el corazón en la mano, para ofrecértelo, ¿lo aceptas? —A Emma le temblaba el cuerpo con una fuerza increíble. Por los nervios que no podía dominar, los ojos se le llenaron de lágrimas y no quería que él pensase que era una artimaña para convencerlo de nada, por eso intentó alejarse y recostarse sobre las sábanas.

Alan no lo permitió. Ella no podía decirle esas cosas y escapar. Le sonrió con dulzura, la notaba nerviosa y podía entenderla.

—No tengo otra opción, Emma —sentenció. «Me volviste a enredar con tus miradas y tus sonrisas. Esa forma tuya de hablarme y seducirme sin proponértelo me deja en tus manos», pensó, sin dejar de observarla y agregó lo que sentía—: Yo tomo tu corazón, tú en cambio me tienes a mí, completo.

—¿Entonces? Quiero que todos sepan que eres mi chico, mi pareja, que nos amamos y no me importa si quieren murmurar al respecto.

—Y quieres que Belén lo sepa primero.

—Bueno, no es una mala idea, ¿la podemos llamar ahora mismo por teléfono? —indagó entre risas y en un instante se vio atrapada por el cuerpo de Alan. Le encantaba tenerlo encima, sentirlo piel a piel.

—¿Qué vas a hacer con las fotos de desnudos que te propuso mi examigo? —preguntó inquieto, y la vio sonreír de lado. No le gustó esa sonrisa como respuesta, era demasiado sagaz.

—Me tienta la idea. Me parece un buen desafío. Aunque, necesito practicar y me servirías como modelo.

Emma corrió hasta el salón y buscó su cámara se sentó a horcajadas de Alan y comenzó a enfocarlo para sacar fotos. Él reía e intentaba taparse la cara o tomar la máquina, algunas de esas tomas habían quedado geniales. Se puso de pie en el colchón y siguió con su tarea. No tuvo mucha suerte manteniendo el equilibrio. Alan la tomó de los tobillos y la dejó caer sobre la cama, le robó la cámara y fue él quien apretó el obturador sin aceptar queja alguna.

A sabiendas de que había perdido su posición de fotógrafa, se quitó la camiseta y tomó el rol de fotografiada. Alan aceptó la invitación, ahora fue él el que se puso de pie y plasmó la

belleza de su mujer en varias imágenes. Al terminar apoyó la cámara sobre la mesa de noche y apretó el cuerpo de Emma con el suyo.

El beso fue intenso y elevó al extremo el deseo que uno tenía por el otro. Las caricias no se hicieron esperar. En dos segundos estaban sin ropa, sintiéndose y tentándose. La boca de Alan comenzó un descenso tortuoso por el cuello de Emma hasta llegar a los grandes pechos que adoraba apretar con sus manos para unirlos y hundir su cara allí. Desde esa posición miró a Emma y le guiñó el ojo.

—Ven a vivir conmigo.

## Capítulo 13

Dos semanas, tres días y cinco horas pasaron desde que Alan pronunció esa frase que la paralizó. «Ven a vivir conmigo», dijo mientras le besaba los senos, y sin más palabras descendió sobre su cuerpo; luego, y en silencio, con esos labios pecaminosos que adoraba mirar, le robó un orgasmo que fulminó su cuerpo y la dejó rendida por el resto del día.

¿O fue la propuesta lo que logró que su mente dejase de funcionar con inteligencia?

Desde entonces, Emma andaba a media máquina, porque no podía dejar de pensar en qué y cuándo responder.

La verdad era que Alan no había vuelto a hablar sobre el tema, ni siquiera con indirectas, pero ella sabía que lo había dicho muy seriamente y, más tarde o más temprano, volvería a pronunciar esas palabras. ¿Maravillosas o aterradoras? Todavía no lo averiguaba.

Jamás estuvo tan segura de sus sentimientos. Amaba a Alan, caminaba sobre las nubes desde que habían oficializado su relación. Cada vez que él se acercaba y la besaba en los labios, sin más intenciones que darle cariño y recibirlo; cuando le acariciaba la mejilla; le guiñaba un ojo desde el escenario; o le sonreía con intenciones de hacerle alguna travesura; incluso cuando le tocaba el trasero con disimulo su pecho se ensanchaba reventando el botón de su blusa. Entonces, disfrutaba de esos ojitos soñadores posándose en sus pechos y se mordía el labio para provocarlo. Era feliz, no sabía cuánto hacía que esperaba sentirse así.

Por fin había descubierto el motivo por el que él la llamaba cada vez que se iba, y adoraba ese motivo. Si cerraba los ojos, podía recordar esa tarde en el bar, cuando él volvió a decir:

—¿Emma?

—¿Sí?

—No, nada.

—¿Por qué siempre haces eso, Alan?

—Porque me gusta tener una nueva oportunidad de mirarte. Es una excusa.

¿Cómo no amarlo?

Tener una relación sincera, blanqueada con palabras verdaderas, le había hecho conocer a un nuevo hombre. Uno que sonreía con dulzura y hasta se le dibujaban arruguitas pequeñas en los ojos y a los costados de la nariz. Alan era más romántico de lo esperado y más cariñoso también. Abrazaba como oso y amaba como fiera. Y Emma no podía quererlo más, no obstante, estaba aterrorizada.

Esa tarde estaba más inquieta de lo normal y pensó en salir a pasear y tomar fotografías. Sus pasos la guiaron hasta el *sex shop* de Roque o, tal vez, su inconsciente. La conversación tuvo un solo tópico: la propuesta que había hecho Alan. Y, cansado por las excusas poco concluyentes, Roque le hizo la pregunta que ella no se animaba a responder frente a un espejo:

—¿Qué te asusta? —inquirió sin mirarla, y volvió a poner las cajas en la estantería. Le gustaba mantener el local tan pulcro como su aspecto y ese era día de limpieza.

—No lo sé. ¿Y si nos llevamos como perro y gato? —respondió Emma alcanzándole algunos artículos para no quedarse sin hacer nada, eso la ponía más nerviosa.

—¿Y si no? ¿Te parece pronto?

—No lo sé. ¿Qué opinas?

—Que sí, lo es, pero a quién le importa. El de ustedes es un amor a prueba de tiempo, ¿no te parece?

—No lo sé.

—¡Deja de decir no lo sé, mujer! ¡Me exasperas! —gritó entre carcajadas y le tomó la cara entre las manos.

—¿Puedo contarte algo? Espero no aburrirte —susurró al ver que afirmaba con la cabeza—. Cuando me fui a vivir con Miguel, ya sabes, ese hombre por el que abandoné a Alan, lo único que sabía era que quería encontrar un hombre con dinero para huir de la miseria en la que siempre había vivido. Cuando mi madre enfermó, todo se demoró y fue cuando mis ideas se hicieron bien claras y cada vez más firmes. Con los años, me convertí en una araña ponzoñosa, estaba preparada para atacar a mi presa ni bien la viera. Y eso hice con Miguel. Lo atrapé.

—No pareces tan mala mujer, Emma. Exageras.

—No digo que fuese mala, sino convenida. No tengo amigas porque fui siempre arrogante y miraba por encima del hombro, como si fuese más que los demás. Me mentía a mí misma, jamás me consideré mejor que nadie, ni buena siquiera para algo. Haber vivido con Miguel fue la experiencia más reveladora que viví.

—¿Cómo es eso? —preguntó Roque acomodándose para escuchar. Esa mujer era sorprendente y si fuese por su amigo no podría conocerla jamás, si apenas le había contado nada sobre ella.

—Como te dije, me mudé con él por conveniencia. Me parecía un buen hombre, pero no lo amaba ni esperaba hacerlo. Enseguida, conocí a sus hijos, tres, adultos todos. Los tres ya trabajaban en la empresa familiar y a medida que me conocían, fueron quitándole poder y la toma de decisiones a su padre, no por malos, sino para hacer que él, de a poco, fuese dejando el trabajo. Eso ya lo sabía yo, incluso el mismo Miguel. Ellos querían que se alejase de los problemas laborales, decían que estaba mayor y debía disfrutar la vida por fin. Al llegar yo y verme... Debo aclararte que mi aspecto era otro: más atrevido, quizá. Yo estaba convencida de que vestirme con prendas que mostraran...

—...la mercancía. Sí, nos contaron que así vestías —susurró refiriéndose a alguna conversación con Alan. Theo, en el silencio y la distancia de su posición asintió. Emma no lo había visto entrar.

—Bueno, si pueden imaginarme ataviada con ropa apretada, mostrando de más y siendo una perra mala, también imaginarán que los hijos me adivinaron. Como no estaba cómodo con que los hijos se pusiesen en mi contra comenzó una guerra con ellos. Siempre fue un hombre de armas tomar, un poderoso que dominaba sus cosas y negocios, su mundo, y de a poco se fue viendo sin ese poderío. Además, cargaba con otros temas de los que no hablaré. Yo le serví como excusa para protestarle a su vejez, a su sufrimiento o a su infelicidad, yo que sé. Pero quiso mostrarles a los hijos que todavía podía decidir en su vida y luchó por mi presencia en esa casa.

—Ay, me puedo imaginar el lío que se armó.

—No, no llegas a imaginarlo. Un buen día tomaron precauciones empresariales quitando a Miguel de los títulos de propiedad y demás, sin quitarle nada a él mismo, yo mucho no entiendo. La idea era dejarme incapacitada de heredar si a él se le ocurría casarse conmigo. Yo, mientras eso pasaba, gastaba con mi nueva tarjeta de crédito. Una asesora de vestuario me enseñó a vestir y mi «pareja» a comportarme. Fui cambiando de a poco mi apariencia. Aprendí a quererlo, no lo amé y mucho menos él a mí, pero lo pasamos bien. Con el tiempo, me compró un auto y lo puso a mi nombre, y me abrió una cuenta bancaria, ya era consciente de que no me dejaría nada, al fin y



al cabo.

—Ese Miguel es buena gente.

—Sí, lo es, y me hizo mejor persona a mí también. A pesar de los hijos, intentamos estar bien juntos. Hicimos viajes, fuimos a fiestas, nos conocimos de verdad y supimos respetarnos. Nos contamos intimidades que jamás le habíamos contado a nadie. Ahí comprendí el motivo por el que no intimábamos, no lo hicimos en los tres años que estuvimos juntos.

—Explícame eso. ¡Mujer, eres una bomba!

—Gracias, pero él no me quería para eso. Solo buscaba mi compañía, también me utilizó, a su manera lo hizo. ¡Me enojó tanto! Mi hizo dudar de mí, de mis ideas, de mi futuro... No me importaba no tener sexo, ya te conté que poco disfrutaba de él, pero no entendía, hasta que lo increpé. Él me hizo ver las cosas de otro modo. Comprendí que el dinero no lo es todo, lo supe por experiencia propia. Y, aunque logramos una relación hermosa, los hijos nos lo pusieron muy difícil. Ellos no conocen a su padre como lo conozco yo. Y por eso sé que ese hombre no soportaría alejarse de ellos, ni por mí ni por nadie.

—¿Qué los movía, el dinero o el amor?

—No lo sé y no lo sabré tampoco. Me consta que aman a su padre y él los adora. Yo era peligrosa según la mirada de ellos y no los culpo, de hecho, lo era. No se equivocaron conmigo. Yo no les guardo rencor. Pero habiendo visto lo que vi, sabiendo lo que supe y experimentado lo que experimenté tomé la decisión de irme. Me sentí buena persona. Me quise un poco, cada día más a partir de ese día.

—¿Y qué hiciste cuando te viste sola y sin dinero?

—Mientras estaba con él me dediqué a mi pasión: la fotografía, como ya pudieron comprobar. Miguel me organizó, pidiendo algunos favores, una exposición. No me fue muy bien, tampoco mal, y creí que podría volver a intentarlo, pero sin la mano poderosa de él fue imposible. Entonces, vendí las fotografías que tenía guardadas en negocios, por poco dinero, pero era algo. No me alcanzaba para vivir, por eso estoy aquí. Porque tuve que buscar trabajo, y ya saben el resto.

—No entiendo qué tiene que ver esto que nos cuentas con Alan y tu decisión de vivir con él —indagó Roque, estaba fascinado con tanta información.

—Que no quiero meter la pata, que no sé si me lo merezco, que no pretendo utilizarlo, que... No soy la misma, pero no quiero que él piense que puedo aceptar solo por conveniencia. Les juro que no se me cruza por la cabeza hacerlo —expresó Emma con las lágrimas a punto de derramarse. No procuraba dar lástima, pero era imposible no angustiarse ante sus miedos.

—De ninguna manera Alan piensa eso, solo quiere estar contigo. Te ama como nunca amó a nadie y no hace falta que nos lo cuente, lo vemos —sentenció Theo, con voz firme para que no le quedasen dudas.

—Mira, Emma, como lo veo yo, incluso Theo, que ya sabes que son nuestro mejor tema de conversación, deben intentarlo. No son unos niños, no te ofendas; se quieren; pasaron momentos feos estando separados; están solos en el mundo, los amigos no contamos para estas cosas, me refiero a familia que atender, me entiendes, no me hagas perder el hilo de lo que quiero decir... A lo que voy es a que no hay mucho que puedan perder y demasiado para ganar. Si te sirve de algo, mi muchacho volvió a sonreírle a la vida desde que estás en ella, es feliz por ti, gracias a ti. Y, por lo que adivino, tú lo eres también.

—Definitivamente —aseguró Emma, suspirando. La estaba convenciendo y más miedo tenía al sentirse atrapada en sus ganas de gritar un gran «sí».

—¿Entonces?

—Ya deja de hacer de casamentero, cariño, que los muchachos deben pensar por ellos mismos las cosas —le pidió Theo, con seriedad. Esa seriedad se fue al garete cuando la tomó a Emma por los hombros, asustándola en el proceso, la sacudió un poco, le besó la frente y le susurró—: Deja de pensar y toma el toro por los cuernos.

—Y toma, festejen con esto —agregó Roque, extendiéndole un paquete conteniendo un juguete de los que vendía.

—¿No te convendría vender los productos en vez de regalarlos? —Emma tomó lo que le daba negando con la cabeza. Eran adorables.

Todavía sonreía cuando se vio impulsada fuera del negocio con la excusa de que debían limpiar el piso. Dejaría de pensar en el pasado, su nueva vida necesitaba a una Emma decidida.

Volvió a mirar el reloj, no le quedó otra opción que ir al bar y ver a su chico. Aún no era su turno, quedaba una hora para que tuviese que trabajar.

\*\*\*

Alan volvió a mirar a Belén y luego cerró los ojos. Era una atrevida, siempre lo había sido, pero desde que se había enterado de su relación con Emma estaba peor.

—Te estoy viendo el culo, Belén —le gritó el muchacho que atendía la barra. No había clientes y estaban acomodando las mesas para la noche de Karaoke.

—No te lo estoy mostrando a ti —le respondió ella, y miró a los ojos a Alan.

Él sabía que ese movimiento de cadera era para él. Agradecía al cielo no haber caído en los brazos de ella. Trabajar juntos se hubiese vuelto un desastre.

—Hola —saludó Emma desde la puerta, y vio la escena completa. Los celos le hervían la sangre. Desde hacía días estaba tentada de mandar a Belén al demonio, sin embargo, creía que ser indiferente era más beneficioso para todos—. ¿Me extrañaste? Sé que sí.

Tal vez, una muestra, pequeña pero visible, de que Alan era propiedad ajena no estaría de más, también pensó, y se abrazó a él para dejarlo claro.

Alan se sintió incómodo ante la muestra de cariño excesiva de su novia frente a los empleados y, después de murmurar un *sí*, se alejó. Pudo percibir en ese mismo instante la furia en la mirada de Emma y el cuerpo se le tensó como las cuerdas de su guitarra.

La mujer que amaba era una bomba, sí, en todos los sentidos, y le encantaba verla explotar en todos ellos, además. Enojada, excitada, tranquila, contenta... de cualquier manera era un estallido digno de admirar, pero en la intimidad. Le tomó la mano y la guio en silencio hasta su apartamento.

Una vez allí, la miró a los ojos. Casi deja salir la risa contenida, pero no lo hizo al ver que ella ponía los brazos en su cintura y golpeaba la punta de su zapato esperando ansiosa.

—¿Qué? —indagó él. Le divertía provocarla. Era un gusto que no había perdido.

—¡Me esquivaste el beso, Alan!

—Sabes que no me gusta la exhibición delante de los empleados.

—¿Empleados o empleada?

—Ambos. Además, me gusta tener admiradoras, no me las espantes —dijo y ya no pudo resistir, soltó la carcajada y se acercó a ella para abrazarla.

—¡Ah, no! Reírte conmigo sí, pero a mi costa, no —refunfuñó ella y en el forcejeo perdió el paquete que tenía en la mano. Alan lo divisó en el suelo y elevó una ceja.

—¿Y eso?

—Un regalo. Pienso estrenarlo esta noche en mi cama, a solas —aseguró Emma con

determinación y, para hacerlo más creíble, puso cara de mala.

Alan sonrió con picardía, claro que no le creía. Se puso en cuclillas y tomó la caja, la abrió y decidió investigar el aparato rosado.

—Succionador... —leyó en voz alta y, al entender lo que era, inspiró profundo—, interesante. Ven aquí.

—No.

—Puedes gritar para que Belén se entere.

—Entonces, sí. Pero antes... —Emma estaba dispuesta a terminar con esa tortura diaria de pensar y repensar en la propuesta de convivencia, sin embargo y de pronto, toda la seguridad que tuvo los últimos minutos se esfumó, así nada más, como por arte de magia. Alan la miró de esa inquietante forma que lo hacía y apagó el aparato, se puso de pie con cara de preocupación y se acercó a ella.

—Me asustas. Sabes que lo de Belén fue una broma y si no quieres hacer nada ahora...

—No es eso, Alan. Escúchame. ¿Recuerdas...? Claro que lo recuerdas... Hace unos días me dijiste algo y yo no respondí. Quiero que hablemos sobre eso.

Alan inspiró profundo y se dejó caer en el sofá. No le gustaba nada el camino que estaba tomando la conversación.

Sabía que se había apresurado, lo sabía.

Aquella mañana, se había sentido tan completo, tan feliz, tan seguro de todo... No necesitaba ni tiempo ni espacio para confirmar que Emma era el amor de su vida. No tenía más dudas, lo quería todo con ella. ¿Qué más podría necesitar para averiguar si estaba preparado a vivir con ella? Con todo lo que habían pasado, con esa eterna distancia que dolió tanto y se sintió como una agonía tenía suficiente. *Ambos* tenían suficiente. No lo pensó demasiado al verla entre sus brazos, debajo de su propio cuerpo, disfrutando piel a piel entre risas y en confianza..., lo dejó salir, lo dijo sin rodeos. Y no se arrepentía. ¡Carajo!, no quería arrepentirse de ser sincero.

—Adelante, te escucho —murmuró, apoyando la espalda en el respaldo del sillón. La garganta le dolía, el nudo que se le había formado era bastante grande como para tragarlo de una sola vez.

—Me es difícil decirlo de otra manera —aseguró Emma, y se sentó a horcajadas de él para tomarle la cara entre las manos. Le acarició las mejillas y le acomodó el pelo hacia atrás—. Sí, solo te digo sí. ¿Alcanza?

Alan la miró sin entender, frunció el entrecejo y entrecerró los ojos. Al ver la sonrisa de ella comprendió todo y su corazón se disparó con un ajetreado galope. Dejó salir el aire retenido y se relajó.

—¿Solo sí? No hay condiciones, preguntas... dudas, miedos —murmuró y no estaba preguntando.

—Creo que irán surgiendo sobre la marcha. Los miedos sí, están. ¿Acaso no los tienes también?

—Muchos. Estoy aterrado, ya te lo dije cuando me besaste mientras me tenías acorralado en esa pared de allí. Pero no me importan. Me asustas, pero te amo más de lo que te temo.

—También me asustas. Me gustaría que me abrazaras para darme apoyo, fuerza... Estoy temblando, Alan.

Y él soltó la risa, un poco aliviado y un poco divertido.

—No sabes el pánico que me hiciste pasar. Trae aquí ese succionador de porquería que lo vamos a estrenar.

—Para eso me lo regaló Roque.

En una hora no podían hacer el amor, con juguete incluido, y conversar sobre la manera en la que harían la mudanza. Por eso, esa noche, ya tarde y con El nuevo 35 cerrado, compartiendo una botella de *champagne* del caro, se organizaron.

En menos de un mes, Emma abandonó su pequeño apartamento, del que no se deshizo porque lo utilizaría como espacio laboral. Allí montaría un estudio de fotografía y mantendría su cuarto oscuro, porque nunca se desprendería de su vieja cámara. Le devolvió el dinero a Miguel y, en el encuentro que organizaron con tal fin, se enteró de que había logrado que él siguiese su consejo de encontrarse con «ese» hombre fuera del país y hasta vio en fotos al supuesto enamorado secreto: un joven elegante y sonriente que miraba a su ex como si le fuera la vida en ello. Emma agradeció la confianza brindada asegurándole amistad sincera y Miguel prometió mantenerse en contacto para que así sucediese.

Alan cedió al pedido de ella: seguiría trabajando en el bar como camarera y fotógrafa oficial, y acordaron que la presencia de Belén no originaría peleas ni malentendidos, salvo que sirvan para despertar la necesidad del cuerpo y mentir una reconciliación, también con juguetes incluidos, mientras el bar tuviese pocos clientes.

Emma tuvo que prometerle a Alan no contar intimidades a los vecinos, porque eran chismosos y entrometidos, a no ser que quisiera quedarse a dormir en el *set* de filmación de vídeos pornográficos de uno de ellos. Además de jurar que las fotos de desnudos, solicitadas por el otro, se tomarían únicamente a modelos homosexuales y, preferentemente, en su presencia. En revancha, ella reclamó su propia sesión siendo él el modelo, posando desnudo.

## Capítulo 14

*Tiempo después.*

Emma cerró los ojos y al abrirlos, otra vez estaba él en toda su esencia. En el maravilloso y aniñado rostro de Alan había pasión, de esa que nace de las entrañas, que se goza y se vive con el alma expuesta. La tensión en los brazos y las manos desprendían poderío y masculinidad, el ímpetu con el que rasgaba las cuerdas, como si fuese lo único que necesita para subsistir era electrizante. Lo vio atrapar su labio inferior con los dientes, la mirada estaba brillante, desprendía una extraordinaria energía contagiosa. Entonces sucedió, y volvió a maravillarse y a sonreír embelesada, extasiada: Alan saltó con energía, al compás de la música, llevando la cabeza hacia adelante, como si fuese un látigo, despeinándolo en el proceso, una y otra vez; mientras el coro repetía: «Amor dañino. ¡Oh, oh, sí!, eres mi amor dañino».

Emma apretó el obturador, tantas veces que ni pudo contarlas y repasó luego las imágenes captadas.

Su hombre la sorprendía, la obnubilaba, la enamoraba cada día más.

Dejó de ojear las tomas logradas y levantó la mirada para encontrarse con la de él, que desde el escenario la escrutaba con intensidad. Alan le regaló una sonrisa pícaro de chico malo, un guiño de ojo y le tiró un beso al aire. Ella se lo devolvió y se acarició el vientre.

Había llegado el momento, no tenía pensado cómo sorprenderlo ni cuándo, no obstante, y sin analizar nada más decidió que ahí lo haría. En ese instante. Se puso de costado, con una mano en la cintura y la otra en la barriga lo miró a los ojos. Suponía que entendería, esperaba que lo hiciese.

Notó con claridad el segundo exacto en el que Alan comprendió lo que ella quería anunciarle y se le erizó la piel, el cuerpo entero vibró de felicidad ante el silencio abrupto de la guitarra.

Alan dejó caer los brazos, no era posible que ella estuviese... ¡No podía ser! ¿O sí? Su corazón galopaba a una velocidad que le daba miedo. ¿Acaso no podía dejar de sorprenderlo? Cada día era una maravilla junto a ella, su compañía, su cariño, su forma de compartir la vida, sus sonrisas y besos... La pareja que conformaban era perfecta, sin fisuras, y era feliz. Nada era comparable con la vida que estaba viviendo en ese momento, ¡y ahora salía con esto...! ¿Qué más podía pedir? o querer. Porque él nunca pidió nada, todo fue surgiendo y lo mantuvo gracias a su perseverancia, o terquedad, sí, no lo negaba.

La música fue menguando hasta desaparecer del todo una vez que el cantante dejó de cantar. Nadie comprendía nada, estaban anonadados, entonces siguieron la mirada de él. Querían saber por qué había enmudecido, y fue cuando Emma se convirtió en el centro de atención, con decenas de ojos clavadas en ella.

Emma sonrió más, si acaso podía, y elevó los hombros dando a entender que no podía hacer nada más, que las cosas eran así. Estaba esperando un hijo con el amor de su vida. Su primer hijo, pero no el único, eso habían decidido una lejana noche mientras ponían en claro las normas de convivencia y debían apurarse porque el reloj biológico no se detenía.

No pudo más que reír al escuchar algunos murmullos preguntando: «¿Está embarazada?».

Alan saltó del escenario, con la guitarra aún colgando de su hombro, se la recolocó en la espalda al llegar frente a su mujer y la apretó a su pecho. La elevó en el aire y giró con ella mientras reían a carcajadas. No fueron conscientes de los aplausos, solo se escuchaban ellos y sus risas.

—¡Dios mío, Emma! Dímelo.

—Un bebé, ¿puedes creerlo? Tendremos un bebé.

—No, no puedo creerlo.

—Tendrás que hacerlo, mi amor.

Emma se dejó abrazar y cerró los ojos. Había sido duro, difícil, hasta doloroso, pero lo había logrado. Entendió, por suerte más temprano que tarde, que sus acciones, aunque a veces desafortunadas, le habían dado una lección: aprendió por fin a amar, sin metas, sin razón, sin buscar nada más que la felicidad, sin analizar cada movimiento, sin propósitos, miedos o dudas..., sin pensar siquiera. Por fin, amaba más allá de toda lógica y veía en Alan todo lo que necesitaba y quería. Ya no le importaban el dinero o las apariencias.

La frivolidad con la que antes veía la vida había sido suplantada por la simpleza de un abrazo cuando, al acostarse, cada noche, sobre el tibio pecho del hombre que le hacía las veces de almohada, él la acercaba más hacia su cuerpo. Ese acto mundano, común y sencillo la hacía sentir millonaria y poderosa.

Volvió a mirar los ojos de Alan y al verlo sonreír se le ensanchó el pecho, el botón se desprendió y la mirada de él bajó.

—Te amo —susurró él, antes de besarla.





## SOBRE EL AUTOR



Escribe con un seudónimo. Ivonne Vivier no es su nombre real.  
Es argentina, nació en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente reside en Estados Unidos. Está casada y tiene tres hijos adolescentes.  
Como madre y esposa un día se encontró atrapada en la rutina diaria y se animó a volcar su tiempo a la escritura.  
Desde entonces disfruta y aprende dándole vida y sentimientos a sus personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano, y lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una pasión y una necesidad.



Nota de la autora:

*Si te ha gustado la novela / libro me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido (Smashwords, iBooks, Amazon, etc.) o en cualquiera de mis redes sociales. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.*

*¡Muchas gracias!*

Su página de autor



Su Facebook

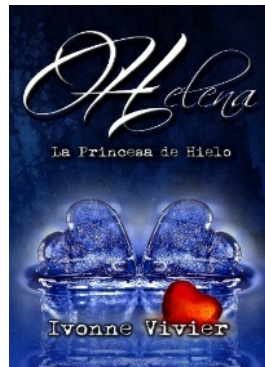


## LOS LIBROS DE IVONNE VIVIER

[Helena la princesa de hielo](#) - [Aceptando el presente \(libro 1\)](#) - [Aceptando el presente \(libro 2\)](#) - [Aceptando el presente \(Bilogía completa\)](#) Solo en papel - [Un inesperado segundo amor](#) - [Ven... te cuento.](#) - [Protegiendo tu sonrisa](#) - [Yo quería ser actriz, no puta](#) – [Besos de café y cerveza](#)



## MIS OTROS LIBROS Y SUS SINOPSIS.



Ella es Helena, una empresaria aguerrida, autoritaria y calculadora, la princesa del mercado de la industria tecnológica que mantiene su compañía en un segundo puesto bien ganado. Lo tiene casi todo y le alcanza. Solo una cosa le quita el sueño, ser la reina. Pero también Helena es la mujer que pocos conocen y que tiene un pasado doloroso que la convirtió en la persona fría y distante que ven cuando la miran, alimentando así su mote público, la Princesa de hielo. Para llevar a cabo su proyecto anhelado, la Princesa necesita encontrar un profesional que la ayude a hacerlo realidad.

Él es Alex, un desarrollador de sistemas exitoso, un hombre seguro de sí mismo, decidido, demasiado racional, muy atrevido y el mejor en lo suyo. Sobreviviente y luchador incansable de una vida que apenas si le sonrío.

Él le promete a ella cumplir ese sueño y más... mucho más.

Son diferentes, incompatibles y apasionados. No se toleran, y por mucho que lo intenten, no pueden permanecer alejados.

No se hubiesen elegido jamás, sin embargo, el destino los cruzó sin darles la posibilidad de huir.



Tras diez años de estar separados, Julian y Vanina se reencuentran buscando el renacer de una vieja y hermosa amistad y creyendo que solo quedan cenizas de un viejo amor.

Julian está casado, y Vanina convive con su novio, sin embargo, la atracción entre ellos es instantánea.

La vida de ambos se pone cuesta arriba cuando la pasión se vuelve más fuerte que la razón, y el cuerpo, que la mente.

¿Julian aceptará su presente?

¿Vanina admitirá su realidad?

Ambos deberán elegir si luchan contra lo que sienten o se dejan llevar a pesar de las consecuencias.



Maite, una divorciada de cuarenta y un años, organizada, pulcra, exigente y valiente, arrastra un pasado con pérdidas irreparables incluyendo al amor de su vida.

Luca es un empresario viudo de cuarenta y siete años, quien no comprende el porqué la vida lo expuso a él y a sus dos hijos a semejante dolor. Todavía no es capaz de dejar ir a la mujer que le enseñó a amar, aquella a la que vio sufrir demasiado y por la que aún no se anima a continuar con su vida.

Maite se deslumbró con la elegancia de Luca y toda su inmejorable apariencia cuando se tomó cinco minutos para admirarlo. Luca, comenzó a replantarse sus pensamientos en el mismo instante en que vio a Maite pasearse frente a él.

Ambos se dejarán llevar por sus emociones dejando atrás el pasado. Asustados y desconcertados se darán el permiso de conocerse y enamorarse, a pesar de que Piero, el hijo de él, no acepte la relación.

Lo que comienza como un bonito romance, se irá complicando cada vez más.

Maite y Luca tendrán que descubrir si ese inesperado segundo amor es tan profundo como parece y si es posible salvarlo de una realidad que no se puede evitar o, por el contrario, deben dejarlo pasar y seguir cada uno con su vida.



Una recopilación de 11 historias cortas, algunas cargadas de romanticismo y otras solo de sensualidad, aunque todas sazonada con una pizca de picante.

El condimento necesario para dejar en la mente del lector el saborcito de la fantasía.



Ivonne Vivier

La casualidad pone a Rodrigo frente a Mariel o a Mariel frente Rodrigo. Siempre, para todo hay diferentes puntos de vista.

Para él conocerla significó algo tan desconocido como interesante.

Para ella solo una arrogante molestia que alejar.

El tiempo y la insistencia de Rodrigo pudieron con la negativa de Mariel.

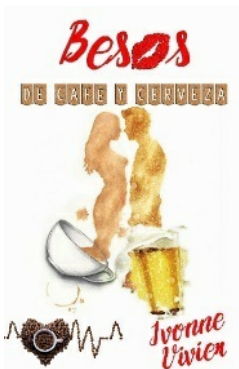
El amor debe ser, entre otras cosas, sano, paciente, fuerte, inteligente y saber sobreponerse, además de aguantar e imponerse durante las tormentas. ¿Tendrán Mariel y Rodrigo lo necesario para mantener el amor?



Sonya es una joven tímida, dueña de una belleza y sensualidad indiscutibles con la que intenta lidiar desde pequeña, además de con su vida por momentos miserable. Cuando se ve catapultada en un santiamén a la fama por su nueva profesión de actriz, encuentra desafíos y una exposición que nunca imaginó. Se ve envuelta en actividades desconocidas y atrapantes de las que no sabe cómo salir ilesa.

Por desgracia, vuelve a confirmar que su belleza no es un regalo, sino una trampa que le abrió muchas puertas, sí, aunque algunas deberían de haberse quedado cerradas.

Los cambios de su vida se fueron sucediendo sin proponérselos, salvo el más drástico, con el que dejará a todos sorprendidos y preguntándose qué ha pasado.



«¡Mírame! —le ordenó con voz ronca y ella obedeció. Matías no controló su cuerpo ni su jadeo y ella se agitó ante esa orden que jamás dudó de cumplir.

Los dos quedaron atónitos antes sus reacciones».

Sabrina es una sensible mujer de veintisiete años con una vida simple y una personalidad insegura. Es vulnerable y tímida, por ese mismo motivo, cuenta con un escaso, aunque memorable, historial amoroso.

Matías es un hombre con ideas algo antiguas y machistas con las que lucha a diario, y una juventud cargada de demasiadas experiencias. Por esa razón no puede creer que una mirada vergonzosa y un par de mejillas sonrojadas lo desestabilicen a tal punto de hacerle replantear alguno de sus más arraigados valores.

«Las hermanas de los amigos son intocables».